LIBRO dot.com

Cartas Selectas

Alejandro Dumas



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Cartas Selectas

Tomo I

Bayona 5 de octubre, por la noche

Bayona 5 de octubre de 1846

Madrid 9 de octubre de 1846

Madrid, 10 de Octubre de 1846

Madrid 11, por la mañana

Madrid, 12 por la noche

Madrid, 13 de octubre

Bayona 5 de octubre, por la noche

Señora:

Antes de mi partida, me habéis exigido palabra de escribiros, no una carta, sino tres o cuatro volúmenes de ellas. Tenéis razón; conocéis mi carácter ardiente y decidido, tratándose de las cosas más importantes, indolente cuando de las leyes se trata, amigo de dar; pero jamás amigo de dar poco.

Ofrecí, y ya lo veis; a mi llegada a Bayona, comienzo a cumplir mi promesa.

No quiero pareceros modesto, señora; así que no me propongo disimular que las cartas que os dirija desde hoy, deben ver la luz pública. Confieso con la indiscreta franqueza, que según el carácter de aquellos que me rodean, me proporciona en unos tan buenos amigos, como encarnizados enemigos en otros; confieso, digo, que las escribo en esta convicción; pero ella, creedme, no alterará cosa alguna en la forma de mis epístolas. El público, en los 15 años que llevo con él de relaciones, no me ha abandonado en las diferentes sendas que he recorrido, y a veces trazado; me ha seguido por medio de este vasto laberinto de la literatura, desierto, siempre árido para los unos, selva siempre virgen para los otros. Todavía esta vez espero que me acompañará con su benevolencia ordinaria en el camino familiar y caprichoso por donde le hago señal de que me siga, y en el que ahora entro por primera vez.

Por otra parte, el público no perderá nada: un viaje como el que yo emprendo ahora, sin trazar ningún itinerario, sin seguir plan alguno, un viaje sometido, en España, a las exigencias de los caminos, en Argel, al capricho de los vientos; un viaje semejante no puede menos de hallarse maravillosamente a gusto en la libertad epistolar, libertad casi sin límites que permite descender a los pormenores más vulgares, elevarse a las más altas consideraciones.

En fin, si no encontrase más atractivo que el de arrojar mi pensamiento en un nuevo molde, hacer pasar mi estilo por un nuevo crisol, hacer que broten chispas de alguna nueva faceta de esta piedra que saco de la mina de mi talento, diamante o estrás, y cuyo valor, el tiempo incorruptible lapidario, ha de fijar un día; si no encontrase más que este atractivo, digo, cedería a él; la imaginación, vos lo sabéis, es en mí hija del capricho, si ya no es el capricho mismo. Déjome pues llevar del viento que me impele y escribo...

Y os escribo a vos, señora, porque a la vez tenéis un genio grave y festivo, serio e infantil, que a un tiempo os lleva tras lo correcto y lo caprichoso, lo elevado y lo sencillo; porque vuestra posición en el mundo os permite, no precisamente hablar de todo, mas si entender todo aquello de que se os habla; porque costumbres, literatura, política, artes, y hasta las mismas ciencias, diré, todo os es familiar; porque en fin, queréis que os lo diga, o más bien os lo repita, pues creo habéroslo dicho infinitas veces, porque el elemento principal, el que más parte tiene en este capricho mío, en estas cartas, es la conversación espiritual, huéspeda de nuestros salones, que con dificultad se halla más allá de las fronteras de Francia, y que hará que mis palabras, aquí, sean, no las de un escrito, sí las de una conversación. Verdad es que el público será tercero en la nuestra, mas esto no hará que ella varíe en lo más mínimo; siempre he advertido en mí,

hablando, más viveza, más imaginación que de costumbre, cuando he adivinado algún curioso indiscreto de pie, y con el oído aplicado detrás de la puerta.

Queda un solo punto, señora. Vos huís toda publicidad, y con razón, porque la publicidad en nuestros días, es muchas veces la injuria. La injuria para los hombres no es más que un accidente; la injuria entre los hombres se rechaza y se venga. Pero la injuria para la mujer es más que un accidente, es una desgracia, porque aún deshonrando a aquel que la dirige, mancha siempre a aquella a quien va dirigida. Cuanto más blanco es un traje, más visible es en él la menor salpicadura del lodo de las calles.

Voy pues a haceros una proposición; hay en esa hermosa Italia que tanto amáis, tres mujeres benditas, que tres divinos poetas han hecho célebres. Llámanse estas mujeres, Beatriz, Laura y Fiametta. Escoged cualquiera de estos tres nombres, y no temáis que por esto vaya yo a creerme Dante, Petrarca o Boccacio; vos podéis tener como Beatriz una estrella en la frente, como Laura una aureola que rodee vuestra cabeza, o como Fiametta una llama en el seno; pero estad tranquila, mi orgullo no sufrirá creciente alteración por eso.

En vuestra próxima carta, me haréis conocer el nombre; ¿no es así? ¿bajo el que queréis que os escriba?...

¿Tengo aún alguna cosa del mismo género que deciros? no, creo que no.

Ahora bien, ya escrito el prefacio, permitid que os manifieste con qué condiciones parto, con qué motivo os dejo, y con qué intenciones volveré probablemente.

Hay un hombre de alta inteligencia, cuyo talento ha resistido diez años de academia, cuya urbanidad ha sobrellevado quince de debates parlamentarios y cuya benevolencia en fin, no ha desaparecido ante cinco o seis carteras ministeriales. Este hombre político ha comenzado por ser literato y, cosa rara entre los hombres políticos, no se ha vuelto, a fuerza de no hacer más que leyes, envidioso, enemigo de los que todavía hacen libros. Siempre que uno de aquellos pensamientos que sobre el árbol eterno del arte hacen que abra su cáliz una flor, o que madure un fruto, le ha sido propuesto, se ha apresurado a ponerlo en práctica, cediendo a un primer movimiento, al contrario de aquel hombre político, que jamás cedía a él; ¿sabéis por qué? porque era bueno ese primer movimiento.

Este hombre tuvo un día la idea de ver por sus propios ojos esa tierra abrasada del África, que tanta sangre fecundiza, que tantos grandes hechos hacen inmortal, que tantos opuestos intereses atacan y defienden. Partió, y a su vuelta, como hombre que me tiene en alguna estima quiso, asombrado de la grandeza del espectáculo que acababa de ver, que yo a mi vez viese y admirase lo que él había visto y admirado.

¿Y por qué lo quiso? os preguntará vuestro banquero.

Porque, en ciertas almas, y estas almas son las que más fuerte, sincera y profundamente sienten, existe una invencible necesidad de hacer participar a los otros de las impresiones que ellas han recibido. Les parece que sería un egoísmo estrecho y vulgar, guardar para sí únicamente aquellos grandes asombros del pensamiento, aquellos sublimes saltos del corazón que toda organización superior siente ante las maravillas del poder de Dios o las maravillas del poder del hombre. Buckingham dejó caer un diamante magnífico en la plaza en que Ana de

Austria le había confesado que le amaba. Quería que otro fuese dichoso en el lugar mismo en que él lo había sido.

Una mañana, pues, recibí del ministro viajero, del ministro académico, del ministro literato, una invitación para que fuese a almorzar con él; haría dos años que yo no le había visto; esto no había consistido en otra cosa sino en que ambos estábamos continuamente ocupados; sin este motivo, a riesgo de lo que pudiesen decir mis amigos, los republicanos, los liberales, los progresistas, los furreristas y los humanitarios, declaro que le vería con mucha frecuencia.

Aquella invitación, no era sino un medio, un pretexto para que nos hallásemos frente a frente en una mesa, que no fue tan pronto seguramente convertida en bufete. En cuanto al objeto de ella, este no era otro que proponerme dos cosas, la primera asistir al matrimonio del duque de Montpensier en España; la segunda, visitar el reino de Argel.

Con reconocimiento hubiera aceptado cualquiera de las dos cosas, cuánto más las dos juntas.

Acepté pues, vuestro banquero os dirá que esta era una especulación bien poco razonable, porque dejaba a Bálsamo a medio publicar y a medio edificar mi teatro.

¿Qué queréis, señora?... yo soy así, y vuestro banquero mismo con dificultad podría corregirme. Es muy cierto que yo doy a luz la idea que se desarrolla en mi cabeza; pero también lo es que apenas se desarrolla, esta hija ambiciosa de mi pensamiento, en vez de salir de él como Minerva, se establece, toma asiento en él, se aferra allí, se apodera de todo mi ánimo, de mi corazón, de mi alma, de toda mi persona, en fin, y de esclava dócil que debiera ser, transformándose en señora absoluta, me obliga a hacer alguno de esos graciosos desatinos que los sabios critican, que los locos aplauden, y que las mujeres suelen compensar.

Tomé luego mi resolución; abandoné a Bálsamo y momentáneamente al menos, mi teatro.

No sin intención, señora, como vos habréis ya advertido, hago que vaya precedido el sustantivo teatro, del pronombre posesivo mío.

En buena lógica, hubiera debido decir nuestro, lo sé; mas, ¿qué queréis? yo soy como aquellos imbéciles padres que no pueden perder la costumbre de decir mi hijo, aunque el niño haya sido criado por una nodriza y educado por un profesor.

Y a propósito de esto, permitidme hacer una ligera digresión con respecto a este pobre teatro, acerca del que se han dicho tantas necedades, las cuales, espero que no perjudicarán a las que nuevamente se digan. Lo que voy a contaros, nadie lo ha sabido a fondo hasta hoy; es el secreto de su nacimiento, el misterio de su encarnación; escuchadme pues algunos momentos; enseguida volveremos a Bayona, y esta noche sin falta, a menos que la Mala se rompa, partiremos para Madrid. ¿Os acordáis, señora, de la primera representación de los Mosqueteros, no de los Mosqueteros de la reina, que jamás ha tenido tales mosqueteros, sino de los mosqueteros del rey?... En el teatro del Ambigú tenía lugar, y S. A. el duque de Montpensier asistía a ella.

Al contrario de mis hermanos los autores dramáticos que en el momento supremo se hacen juzgar por contumacia, ocultándose detrás de los bastidores, o detrás del telón de embocadura, y que ni aun se atreven a asomar un poco la cabeza, ora un aplauso los solicite, ora un silbido los inquiete, yo hago frente en el salón mismo a los silbidos y a los aplausos, y esto, no diré precisamente con indiferencia, mas con una calma tan perfecta que me ha sucedido, habiendo

dado hospitalidad en mi palco a algún viajero desconocido extraviado en los corredores, dejar a este desconocido viajero al fin del espectáculo, o más bien dejarme él, sin sospechar siquiera que había pasado la noche con el autor mismo de la pieza que había aplaudido o silbado.

Hallábame yo en un palco enfrente de su alteza, a quien jamás había tenido el honor de hablar, y me divertía en seguir, cosa bien permitida a un autor, en seguir en el joven rostro regio, todavía sometido a las impresiones rápidas de la juventud, las diferentes emociones buenas o malas que hacían asomar la sonrisa a sus labios, o pasar una nube por su frente.

¿Habéis, señora, estado alguna vez, preocupándoos de un solo objeto, sin fijaros en ninguno de los que le rodean; sepultada en una contemplación tal, que vuestros ojos cesan de ver, vuestros oídos de oír, hasta el punto de desaparecer cuanto os rodea, excepto el objeto privilegiado de vuestras miradas? ¡Sí!... sin duda; comprenderéis como la vista de aquel regio mancebo, al despertar en mí todo un mundo de recuerdos, me sumergía en semejante contemplación.

Ha existido. ¡Ah! ¡ya ha pasado largo tiempo! un hombre a quien yo amaba, como puede uno amar a la vez a su padre y a su hijo, es decir, con el más respetuoso y el más profundo de los amores. ¿Cómo este hombre había adquirido casi en el momento tan suprema influencia sobre mí? Lo ignoro; hubiese dado mi vida por salvar la suya, he aquí todo lo que sé.

Él también me amaba algún tanto, estoy seguro de ello; sin este afecto, me hubiese concedido todo lo que yo le pedía. Es verdad que yo no le pedía sino aquellas cosas que hacen que el que concede quede obligado del que ruega.

Dios solo sabe cuantas limosnas misteriosas y santas he hecho a nombre suyo. Hay en este instante, un corazón que late y que estaría helado, una boca que reza y que estaría muda, si nosotros no nos hubiésemos encontrado en el mismo camino y si, solo, yo no hubiese gritado perdón cuando todos gritaban justicia.

Hay desgraciados que no creen en nada, ¡hombres enervados que dudan eternamente de la fuerza! y eunucos de corazón que buscan la razón de los sentimientos viriles, y que calumnian todo sentimiento viril que no comprenden. Estos hombres han descubierto, unos que la persona de quien hablo me pasaba una pensión de doscientos francos, otros que de una sola vez me había hecho don de ¡cincuenta mil escudos! y, Dios me perdone, ellos han escrito esto en alguna parte, ¡yo no sé en dónde! lo que de él he recibido durante su vida ¡ay! demasiado corta, señora, os lo voy a decir: he recibido una figura de bronce, la noche de la representación de Calígula y el día después de sus bodas un paquete de plumas.

Es verdad que esta figura de bronce era un original de Barye, y que con este paquete de plumas he escrito mi Gabriela de Belle-Isle.

Hamlet tenía razón en decir:

-Man delights not me!

Si merecen el nombre de hombres los que semejantes infamias escriben, no me agrada el hombre.

He aquí qué recuerdos se agitaban en mí, fijaban mis ojos sobre el príncipe. Éste otro príncipe, era su hermano.

De repente, vi al duque de Montpensier palidecer, vi que retrocedía... quise conocer la causa de la sensación penosa que acababa de experimentar; aparté la vista del palco, la fijé en el teatro, y una sola mirada bastó para que todo lo comprendiese.

El artista que ejecutaba el papel de Athos, en vez de la gota de sangre que debía, en el momento en que cae la cabeza de Carlos I, filtrar a través de los tablones del cadalso y salpicar su frente, mostraba al público una mancha sangrienta que le cubría la mitad del rostro.

Esta era la causa del movimiento de repulsión que yo había advertido en el joven príncipe.

Imposible me sería deciros, señora, cuán penosa impresión sentí al ver aquel movimiento que S. A. no había podido reprimir. Las muestras de desaprobación más unánimes, seguramente me hubieran preocupado menos.

Lancéme fuera de mi palco; corrí al suyo; pregunté por el doctor Pasquier, que estaba junto a él, salió: «Pasquier, le dije, anunciad al príncipe que mañana el cuadro del cadalso habrá desaparecido.»

¿Qué os diré, o más bien qué diré a esas gentes de que ha poco os hablaba? Hay en las organizaciones menos comunes una simpática, una instintiva inteligencia que les hace alzar en alto la cadena entera de un pensamiento, de manera que la extremidad del último eslabón quede rozando su frente. El príncipe, que jamás me había visto en las Tullerías, donde yo sólo una vez había entrado, el 29 de julio de 1830, el príncipe recordó entonces la manera desinteresada con que yo amaba a su hermano. Comprendió mi sentimiento al ver rotas con una muerte fatal y prematura aquellas relaciones que yo hubiera podido enlazar quizás a algunas de aquellas que le sobrevivieron; había oído el grito de dolor y el adiós que yo le había dado con toda la Francia; después me había visto alejar, renunciar a toda influencia, entrar, pronto a luchar de nuevo, en este reino del arte, donde mi ambición es también la de ser príncipe.

Deseó conocerme; el doctor Pasquier fue nuestro intermediario; ocho días después, me encontraba en Vincennes, hablando con el duque de Montpensier y olvidando, por primera vez, durante algunos minutos, que el duque de Orleans, aquel príncipe tan eminentemente, artista, ya no existía.

El resultado de esta conversación, fue un privilegio de teatro prometido por el conde Duchâtel a la persona que yo señalase.

Durante las representaciones de los Mosqueteros, había yo hecho relaciones con Mr. Hostein. Había podido apreciar sus facultades administrativas, sus estudios literarios, y sobre todo su ambición de llevar al centro de las clases populares, una literatura que pudiese instruirlas y moralizarlas.

Propuse a Mr. Hostein tomase a su cargo la dirección del nuevo teatro que debía luego edificarse. Mr. Hostein aceptó.

Lo demás, lo sabéis, señora, habéis visto venir a tierra el Hotel Foulon, y pronto veréis, bajo el hábil cincel de Klagmann, salir de aquellas ruinas la elegante fachada que reasumirá en piedra

mi inmutable pensamiento. El edificio está fundado sobre el arte antiguo, la tragedia y la comedia, es decir, sobre Eschilo y Aristófanes. Estos dos genios primitivos sostienen a Shakespeare. Corneille, Moliere, Racine, Calderón, Goethe y Schiller, Ofelia, Hamlet, Fausto y Margarita, representan en medio de la fachada, el arte cristiano, como las dos cariátides de abajo representan el arte antiguo. Y el genio del espíritu humano señala con el dedo el cielo al hombre, cuyo rostro sublime, según Ovidio, se hizo para mirar al cielo.

Esta fachada explica todos nuestros proyectos literarios, señora; nuestro teatro, que ciertas conveniencias han hecho nombrar: teatro histórico, sería con más justicia nombrado teatro europeo. Porque no solamente la Francia reinará en él como soberana, sino que toda la Europa estará, como los antiguos señores feudales, que venían a rendir homenaje a la torre del Louvre, obligada a ser su tributaria. A falta de aquellos grandes maestros, Corneille, Racine, Moliere que duermen en su tumba regia de la calle de Richelieu, tendremos aquellos poderosos genios, ¡Shakespeare, Calderón, Schiller! y Hamlet, Otelo, Ricardo III, El médico de su honra, Fausto, Voetz de Berlichingen, don Carlos y los Piccolomini, nos ayudarán, escoltados de las obras contemporáneas, a consolarnos de la forzosa ausencia del Cid, de Andrómaca, y del Misántropo.

He aquí nuestro prospecto de granito, señora; si alguno miente aquí, ciertamente no soy yo.

Ahora, señora, permitid que me traslade, no a Bayona, sino a San Germán. Abandonando la antigua ciudad hospitalaria, para ir a casa del ministro, yo no sabía aún el día en que debía partir. A mi vuelta, mi partida había quedado aplazada para el día siguiente. No había tiempo que perder.

Veinticuatro horas, en todas las posiciones, y sobre todo en aquella en que me hallaba entonces, son una demasiado corta introducción para un viaje de tres o cuatro meses.

Por otra parte, yo contaba partir en buena compañía.

-El viaje solo, a pie, con el bastón en la mano, es bueno para el estudiante descuidado, para el poeta soñador; desgraciadamente ya he pasado de esa edad en que el huésped de las universidades mezcla en un camino real sus cantos alegres con los groseros votos de los pasajeros; y si soy poeta, soy poeta activo, hombre de lucha y combate al principio, sin ilusiones hasta después de conseguida la victoria.

Seis meses haría que la idea de un viaje a España, bullía en mi cabeza. Una noche, en que estábamos reunidos Giraud, Boulanger, Maquet mi hijo y yo, en el espacio comprendido al extremo de mi jardín, entre mi gabinete destinado al trabajo en el verano y la habitación que ocupan mis monos en invierno, dejábamos perderse nuestra mirada en ese inmenso horizonte que abraza desde Luciennes hasta Montmorency, seis leguas del más encantador país que hay en el mundo; y como está tan en el natural del hombre, desear siempre lo contrario de lo que posee, nuestro pensamiento comenzó a vagar, no ya por aquel fresco valle, a las orillas de aquel anchuroso río que corre tan crecido, por aquellos collados cubiertos de verdes y umbrosos árboles, sitio por las sierras pedregosas de España, a las orillas de sus ríos agotados, y por sus llanuras áridas y arenosas. Entonces, en un momento de entusiasmo, hicimos, animándonos a imitación de los horacios de Mr. David, el juramento de ir a España juntos los seis.

Después, naturalmente, los sucesos se habían precipitado, contrariando nuestro propósito, y yo había completamente olvidado el juramento y casi la España, cuando una mañana, tres meses después de aquella noche, llamaron a mi puerta para preguntarme si estaba pronto, Giraud y

Desbarolles, en traje de viaje. Encontráronme rodando aquella roca de Sísifo que todos los días impelida por mí, vuelve a caer sobre mí mismo; levanté la vista del papel, dejé un instante la pluma sobre mi bufete, los ofrecí algunas recomendaciones, los abracé suspirando envidiando esa libertad de mis primeros días que ellos han conservado y que yo he perdido. Por fin, los acompañé hasta la puerta, los seguí con la vista hasta que doblaron la calle, y volví a subir pensativo, insensible a las caricias de mi perro, sordo a los gritos de mi papagayo; aproximé mi sillón a la mesa eterna a que estoy encadenado, tomé mi pluma, fijé otra vez en el papel mis ojos; poco después las ideas volvieron a bullir en mi cabeza, la mano recobró su actividad y José Bálsamo, empezado hacía ocho días, continuó en su obra de regeneración: sin contar que el teatro salido de entre la tierra con asombro del pueblo parisiense, que había recibido no sé por donde, la noticia de su muerte casi al mismo tiempo que yo se las había dado de su nacimiento, comenzaba a brotar como un inmenso hongo en medio de los escombros del Hotel Foulon.

Y ved como, gracias a uno de esos caprichos que han hecho por medio de opuestos elementos del acaso un Dios casi tan poderoso como el destino, un suceso inesperado me hace abandonar mi novela y mi teatro para arrojarme a esa España deseada, ya elevada por mí al rango de esos países fantásticos que uno no visita mas que cuando se llama Giraud o Gulliver, Desbarolles o Aroun-al-Raschild.

Vos me conocéis, señora; sabéis que soy hombre de prontas resoluciones. Las decisiones más importantes de mi vida, jamás me han tenido vacilante diez minutos. Al subir la escalera de San Germán, había encontrado a mi hijo, y le había propuesto partir conmigo, lo que él había aceptado. Así que volví a casa, escribí a Maquet y a Boulanger para hacerles la misma proposición.

Un criado llevó ambas cartas a su destino; la una a Chaton, la otra a la calle del Oeste. Debo confesar que les había dado la forma de una circular; no había tenido tiempo ni un para variar las frases. Además, iban dirigidas a dos hombres que ocupan un mismo lugar en mi memoria y en mi corazón.

Estaban concebidas en estos términos, y no ofrecían más variación, que la que el lector notará a primera vista, sin que yo me tome el trabajo de indicársela.

«Querido amigo, mañana por la noche parto para el reino de Argel y para España; ¿quieres/queréis venir conmigo?

«En caso de decir que sí, no tienes/tenéis más que proveerte/proveeros de un baúl de camino, lo demás queda a mi cargo.

DUMAS.»

Mi criado encontró a Maquet en la isleta de Chaton, sentado sobre la yerba de Mr. Aligre y pescándole sus peces al gobierno. Escribía y pescaba a un tiempo, y como en aquel momento, componía una de esas bellas páginas que vos conocéis, se había completamente olvidado de los tres o cuatro aparejos de destrucción de que se hallaba rodeado, de modo que en vez de atraer sus sedales a las carpas a la orilla, las carpas eran las que se los llevaban por entre las aguas a su capricho.

Pablo llegó a tiempo; más adelante os daré la biografía de Pablo, señora; Pablo llegó a tiempo para impedir que una soberbia caña que iba descendiendo al río con la rapidez de una flecha, descendiese en efecto, arrastrada por una carpa, que tenía sin duda urgentes negocios que evacuar en el Havre.

Maquet volvió a componer su malparada caña, cerró su chistera, abrió, la carta y juntamente los ojos, leyó y releyó las seis líneas que la componían, recogió sus avíos, y tomó el camino de Chaton para ocuparse inmediatamente en buscar un baúl para sus efectos. Había aceptado.

Probablemente antes que Maquet llegase al extremo de la isla, la carpa estaría ya en Meulan; tan deprisa la harían caminar sus asuntos; había almorzado al paso el trigo que le había ofrecido Maquet, y probablemente el anzuelo, que a título de digestivo, se había apropiado.

Pablo tomó por el camino de hierro, abandonado un momento por su excursión pedestre a lo interior, y llegó a la calle del Oeste, número 16. Allí encontró a Boulanger, delirando delante de una ancha tela blanca; era su cuadro de exposición para el año de gracia 1847, debía representar la adoración de los reyes magos.

De repente Boulanger vio una forma negra pintarse sobre aquella tela blanca; al momento, creyó que era el rey etíope Melchor, que tenía la atención de ir a colocarse en su cuadro él mismo en persona.

No era Melchor, era Pablo.

Pero Pablo llevaba una carta mía, y así fue tan bien recibido como si en su cabeza llevase la corona de Sabá.

Boulanger dejó, en un lado su paleta, colocó en su boca el pincel, virgen todavía por aquella vez, tomó la carta de manos de Pablo, la abrió, se frotó los ojos para saber si estaba despierto, interrogó a Melchor, se aseguró de que la proposición era seria y se dejó caer, para reflexionar sobre el sillón en donde había dejado su paleta.

Al cabo de cinco minutos, dio fin a sus reflexiones y púsose a buscar con la vista, por todo el cuarto, una maleta, un baúl de camino, que pudiera muy bien estar oculto tras de alguna tela olvidada.

Al día siguiente, todos estábamos en el patio de las diligencias de Laffitte y Caillard.

¿Sabéis el cuadro que presenta el patio de diligencias a las seis de la noche?... ¿no es así?... Desaugiers compuso una copla acerca de él, que vos no conocéis, porque acababais de nacer cuando ya el pobre Desaugiers había muerto.

Cada uno de nosotros tenía que dar algún adiós. Palabras apenas articuladas se perdían en el aire, como aquellas del primer corro del infierno de que habla Dante; multitud de brazos se veían asomar por las ventanillas de los coches, cruzábanse nuevos adioses cada vez que a la voz del impaciente conductor, uno de nosotros se acercaba a la diligencia. Cada cual daba sus recomendaciones, que eran seguidas de infinitas protestas y promesas. En medio de aquel movimiento, las seis sonaron, los brazos más obstinados tuvieron que desenlazarse; las lágrimas, los suspiros se aumentaron; yo di el ejemplo lanzándome en lo interior; Boulanger me siguió, después Alejandro y por último Maquet, recomendando que se le escribiese a Burgos, a Madrid, a Granada, a Córdoba, a Sevilla y Cádiz; para el resto del viaje, él daría más adelante las instrucciones necesarias.

Pablo, como no tenía adioses que dar ni recibir, se había instalado hacía largo tiempo junto al conductor.

Un cuarto de hora después, una máquina fuerte hábilmente organizada, nos hacía levantar blandamente sobre el asiento que ocupábamos, y nos volvía a dejar caer sobre él con violencia.

Inmediatamente, la locomotiva dejó oír su agria respiración, la inmensa máquina se conmovió, se oyó la rechinante trepidación del hierro; las linternas pasaron a nuestra izquierda y derecha rápidamente como las antorchas que llevan los brujos la noche del sábado, y dejando sobre nuestro camino una luenga huella de fuego, rodábamos hacia Orleans.

Bayona 5 de octubre de 1846

Es tanto lo que os he hablado de mí en mi última carta que apenas he podido dedicar en ella algunas líneas a mis compañeros. Permitidme, pues, deciros dos palabras de ellos. Giraud os lo dará a conocer bajo el aspecto físico; la parte moral la conoceréis más adelante.

Luis Boulanger es ese admirable pintor que conocéis, siempre accesible a lo bello, bajo cualquier punto de vista que se presente, admirando casi en un grado igual, la forma con Rafael, el color con Rubens, la fantasía con Goya. Para él todo lo grande es grande, y al contrario de esos pobres espíritus, cuyo oficio estéril es humillarse sin cesar, él se deja tomar sin combate, se inclina ante las obras de los hombres, se arrodilla ante las obras de Dios, admira o adora. Hombre de estudios, educado en su taller, habiendo pasado su vida en el culto del arte, no tiene ninguno de los hábitos violentos necesarios a un viajero. Nunca irá montado a caballo, jamás ha tocado un arma de fuego; y no obstante, señora, estoy seguro de que le veréis si se presenta ocasión en el curso de este viaje, montar como un picador y disparar el fusil como un escopetero.

Respecto de Maquet, mi amigo y colaborador, le conocéis menos, señora, siendo Maquet, a mi entender, el hombre que acaso trabaja más en el mundo; sale pocas veces, se manifiesta poco y habla poco; tiene a la par un talento severo y pintoresco, en el cual al estudio de las lenguas antiguas, se ha juntado la ciencia, sin perjudicar a la originalidad. En él la voluntad es suprema, y todos los movimientos instintivos de su persona, después de haberse anunciado por un primer resplandor, se repliegan, casi avergonzados de lo que él cree, una debilidad indigna del hombre, a la prisión de su corazón, como esos pobres niños a quienes el maestro sorprende haciendo novillos, y a quienes hace desapiadadamente entrar en la clase, con la palmeta en la mano. Ese estoicismo le comunica una especie de severidad moral y física que, unida a las ideas exageradas de lealtad, constituyen los dos únicos defectos que le conozco. Por lo demás, está familiarizado con todos los ejercicios de cuerpo, y es apto para todo aquello que necesita perseverancia, sangre fría y valor.

¿Qué os diré de mi hijo, a quien vuestro cariño echa a perder tan obstinadamente, y quien si no os llama su hermana os llamaría madre? Él nació a esa hora dudosa en que no es de día ni de noche: así es que, para mí, el conjunto de antítesis que forman su carácter extravagante, es un compuesto de luz y de sombra, es perezoso y activo, glotón y sobrio, pródigo y económico, desconfiado y crédulo, malicioso y cándido, indolente y generoso, es corto de lengua y largo de manos, se burla de mí con toda su alma, y me ama de todo corazón. Por último, siempre está pronto a robarme mi bolsillo, como Valerio, o a batirse por mí como el Cid.

Además, posee el entusiasmo más loco, más extraordinario, y más obstinado que he visto en un joven de veintiún años, y que, semejante a una llama mal contenida, resplandece incesantemente en el delirio como en la agitación, en la calma como en el peligro, en la risa como en las lágrimas.

Por lo demás, monta diestramente a caballo, tira bien la espada, el fusil y la pistola, y ejecuta perfectamente cuantos bailes se han introducido en Francia después de la muerte de la inglesa y de la agonía de la gavota.

De vez en cuando reñimos, y como el hijo pródigo, toma su legítima y abandona la casa paterna; siempre que esto sucede compro una ternera y la engordo, seguro de que antes de un mes volverá él a comer su parte.

Verdad es, que malas lenguas dicen que es por la ternera y no por mí por lo que vuelve, pero yo bien sé lo que hay en esto.

Pasemos ahora a hablar de Pablo. Puesto que queréis no solo seguirnos en la carta, sino también vernos donde vamos y como estamos, con los ojos de la memoria, preciso, es pues, que os hable de Pablo.

Pablo es un ser a parte, señora, y que merece una mención muy particular. En primer lugar, Pablo no se llama Pablo, se llama Pedro; miento, no se llama Pedro, sino Agua de Benjuí; esta triple denominación designa a un solo individuo, negro de piel, abisinio de nacimiento, cosmopolita de vocación.

¿Cómo esta gota de olor, puede haber nacido en la pendiente de los montes Samea, entre las orillas del lago Dembea y las fuentes del río azul? Esto es lo que le costaría trabajo decir a él mismo, y por consiguiente lo que yo no os diré. Sabréis solamente que una mañana un gentleman-traveller, que venía de la India por el golfo de Aden, y que, después de haber subido por el río Anaso pasaba por Emfras y Gondar, vio al joven Agua de Benjuí en esta última ciudad se le antojó y lo compró por una botella de ron.

Agua de Benjuí le siguió, aunque lloró tres días a su padre, a su madre y a su casa; después, la variedad de los objetos le distrajo, la distracción produjo en él el olvido, y al cabo de ocho días, esto es, al llegar a las fuentes del río Rabad, casi estaba consolado.

El inglés bajó por el río Rabad desde Abon-Harad, donde se une con el río Azul, hasta Halfay, donde el río Azul desemboca en el Bahr-El-Abiad, y dos meses después estaban en el Cairo.

Agua de Benjuí permaneció seis años con su gentleman-traveller; durante estos seis años, recorrió la Italia, y aprendió algo de italiano; la Francia y aprendió algo de francés; la España y aprendió algo de español, y la Inglaterra y aprendió algo de inglés. Agua de Benjuí se encontraba perfectamente con esa vida nómada que le recordaba la de sus antepasados, los reyes pastores. Así pues, nunca hubiera dejado él a su inglés, pero es el caso que su inglés fue quien le abandonó a él. El pobre hombre había visto todo, la Europa, el Asia, el África, la América y aun la Nueva Zelandia; no le quedaba ya nada que ver en este mundo, resolvió visitar el otro. Una mañana, que no había llamado a la hora acostumbrada, Agua de Benjuí entró en su habitación; el inglés se había ahorcado con el cordón de la campanilla. He aquí porque la campanilla no había sonado.

Agua de Benjuí hubiera podido hacer economías mientras sirvió a su inglés, porque su inglés era generoso. Pero Agua de Benjuí no es económico. Verdadero hijo de Ecuador, ama todo lo que brilla al sol. Estopa o diamante, vidrio o esmeralda, cobre u oro, poco le importa. Gastó, pues, mientras tuvo dinero, mezclando con sus compras algunos sorbos de ron, porque Agua de Benjuí es muy aficionado al ron, y si nunca vuelve al pie de los montes Samen, sobre las riberas del lago de Embea, cerca de las fuentes del río Azul, es capaz de vender a su hijo al mismo precio que su padre le vendió a él.

Cuando Agua de Benjuí se desprendió de su último escudo, comprendió que era tiempo de buscar un nuevo acomodo. Lo buscó, y, como tiene buen ojo, la sonrisa cándida y los dientes blancos, no estuvo mucho en la calle.

Su nuevo amo fue un coronel francés que le llevó a Argelia, donde Agua de Benjuí, estaba por decirlo así, entre su familia. Los árabes de África, cuya lengua habla con toda la pureza de las razas primitivas, le miraron como un hermano de color algo más subido, y nada más. Agua de Benjuí pasó en Argelia cinco años dichosos, durante los cuales tocado por la gracia del señor se hizo bautizar con el nombre de Pedro, para reservarse sin duda la facultad de negar tres veces a Dios, como hizo su santo patrón.

Desgraciadamente para Agua de Benjuí, se dio de baja a su coronel, el cual pasó a Francia para reclamar contra esta medida; mas, a pesar de sus reclamaciones, se cumplió la ordenanza, y se vio reducido al medio sueldo. Esta reducción produjo otra en su criado, y Pablo se encontró en la calle.

No hay para qué decir que no había ahorrado más con el coronel, que con su inglés; pero había hecho un buen conocimiento. Este conocimiento era Chevet. Chevet me le recomendó como un precioso ayuda de cámara, que hablaba cuatro lenguas, sin contar la suya, que es así bueno a pie como a caballo, y que no tenía más que un defecto, que era perder cuanto se le confiaba.

Tratábase solamente de no confiarle nada, y entonces era la perla de los criados. En cuanto a su decidida afición al ron, no me dijo Chevet ni una palabra, adivinando sin duda que pronto lo echaría yo de ver.

Pero se equivocaba Chevet. Yo veía de vez en cuando que los ojos saltones de Agua de Benjuí eran amarillos en lugar de ser blancos, yo observaba claramente que apoyaba de un modo más notable su dedo meñique en la costura de su pantalón, y que mezclaba confusamente el inglés, el francés, el español y el italiano; pero sé que los negros tienen un temperamento muy bilioso; esta pausa enteramente militar parecía un último homenaje rendido a su coronel; yo comprendía, en fin, que cuando se habla cuatro lenguas, sin contar la nativa, nada tiene de extraño decir yes por sí y no por non; y continué en no confiar nada a Agua de Benjuí, sino la llave de la bodega, que, contra su costumbre, nunca había perdido.

Sin embargo, una vez que salí a una cacería, en la que debía pasar una semana, y de la cual volví al día siguiente, entré sin ser esperado, y como de costumbre cuando entré llamé a Pablo.

¡Ah! es necesario, deciros, puesto que ya sabéis como Agua de Benjuí se había llamado Pedro, el modo como ahora se llamaba Pablo.

Tenía yo en la casa un jardinero llamado Pedro, que rabiaba de ver que un negrillo llevaba su mismo nombre. Propúsele que se llamase le otro modo, ofreciéndole en cambio de un nombre las sílabas más eufónicas del calendario. Pero lo rehusó obstinadamente, invocando su antigüedad en la casa, y la superioridad que debía darle naturalmente sobre el nuevo criado, su título de hombre de piel blanca. Referí el caso delante de Pablo, quien contestó que habiendo cambiado ya una vez de nombre, le importaba poco cambiarlo la segunda, deseando únicamente no perder en el cambio, y rogándome que eligiese en la jerarquía celeste, un patrón tan distinguido como el que él mismo había escogido. Yo no sabía que hubiera un apóstol igual al otro; y pareciome que el cuchillo valía tanto, como la llave, y que San Pablo no era inferior a San Pedro; por lo cual propuse a Agua de Benjuí que se llamase Pablo, proposición que aceptó.

Mediante esta concesión, se restableció la paz entre Pedro y Pablo.

Al entrar en casa, de vuelta de la cacería, llamé, pues, a Pablo.

Pablo no respondió.

Abrí la puerta de su habitación, temiendo encontrarle ahorcado, como su antiguo amo.

Pero pronto me aseguré. Pablo había adoptado no la posición perpendicular, sino la horizontal.

Estaba tendido en su cama, tan inmóvil como un leño. Creí al principio que estaba muerto, no de suicidio, sino de muerte natural. Le llamé y no contestó; le tiré de un brazo y no se movió; le levanté por las espaldas como Pierrot levanta a Arlequín, y ninguna articulación se encogió; le puse de pie y vacilaron sus piernas; le apoyé contra la pared y se mantuvo en esta posición.

Sin embargo, durante esta última prueba, había yo notado que Pablo hacía esfuerzos para hablar, y esto, me aseguró de que vivía. En efecto, poco a poco fue abriendo sus grandes ojos, movió los labios y dijo:

¿Por qué se me levanta?

Y sosteniendo a Pablo llamé a Pedro.

Pedro entró.

-¿Está loco Pablo? le pregunté.

-No, señor, está borracho.

Y se marchó.

Yo sabía que Pedro guardaba algún rencor a Pablo desde que le hice la fatal proposición de variar de nombre, por lo cual rara vez hacía caso de los frecuentes chismes que contra él inventaba. Pero ahora la acusación me pareció tan probable que iluminó mi espíritu. No obstante, acordándome de que hay cierto país en que no se castiga al acusado sin la confesión del culpable, me volví hacia Pablo, y sosteniéndole siempre contra la pared:

-Pablo, le pregunté; ¿es cierto que estáis borracho?

Pero Pablo había cerrado ya la boca y los ojos. Pablo no contestó, se había dormido.

Esta soñolencia me pareció más convincente que todas las confesiones del mundo. Llamé al cochero, le dije que echase a Pablo en su cama y que me avisara cuando Pablo despertase.

Veinticuatro horas después, entró el cochero en mi habitación y me anunció que Pablo acababa de abrir los ojos.

Bajé la escalera, procurando dar a mi semblante el aire más severo, y anuncié a Pablo que ya no estaba a mi servicio.

Pasados diez minutos, oí espantosos gritos.

Pablo, cuya sensibilidad se había sobre excitado con esta noticia, Pablo tenía ataques de nervios, Pablo gritaba con todas sus fuerzas que él no había dejado a su primer amo, sino porque se había ahorcado, y al segundo porque le habían dado de baja; que no conocía más que dos casos que fuesen de restitución, y que mientras yo no estuviese dado de baja o ahorcado, no me abandonaría jamás.

No hay nadie que se rinda más pronto que yo a las buenas razones, y aquellas me parecieron excelentes. Hice jurar a Pablo que no bebería ya, le exigí la restitución de la llave de la bodega, y todo volvió al orden acostumbrado.

No hay necesidad de decir que Pablo quebranta de vez en cuando su juramento; pero como sé las causas de su letargo, no me inquieto ya; y como detesto los ataques de nervios no me atrevo a despedirle.

Ya comprenderéis, señora, que en el momento de partir para el África, me dí el parabién por mi conducta. Sí, en la confusión de lenguas que yo había notado con tanta frecuencia, Pablo no hubiera olvidado la suya, iba a serme sumamente útil como intérprete.

He ahí, es, porque Pablo, y no otro había sido elegido para acompañarnos. No era ya al neófito Pablo o Pedro, el que iba conmigo, sino el árabe Agua de Benjuí.

Vos nos dejasteis, señora, experimentando las primeras dilaciones del camino de hierro, el 3 de octubre, a eso de las seis y media de la noche, justamente en el momento en que nuestros aposentadores Giraud, y Desbarolles, que habían partido hacía tres meses, habiendo recorrido el principado de Cataluña, la Mancha, y la Andalucía, llamarían según todas las probabilidades, postrados de fatiga y sofocados de sudor, a la puerta de alguna venta de Castilla la Vieja, que se guardarían muy bien de abrirles.

Cuando se va, por un camino de hierro, muy blando, cuando es de noche, cuando esta noche está huérfana de luna y de estrellas, y finalmente cuando está uno amenazado de otras cinco noches de diligencia, lo mejor que puede hacerse es dormir. Por consecuencia, nos dormimos.

De repente, la falta completa de movimiento nos despertó.

Cuando un carruaje que sigue los carriles de un camino de hierro deja de rodar, pueden suponerse dos cosas; o que el carruaje ha llegado a una estación o que en el carruaje ha ocurrido

algún accidente. Sacamos nuestras cuatro cabezas por las dos portezuelas, y no vimos ninguna estación ni a derecha ni a izquierda; por lo cual sospechamos algún accidente.

En todo caso, era un accidente de poca monta, puesto que no se oía ningún grito, ni se sentía ningún movimiento; solo se oía abrir los coches, y se principiaba a entrever una infinidad de sombras que se agitaban en la oscuridad.

Estas sombras eran, no las de los viajeros, como hubiera podido suceder en el valle de Fleury o en Fampoux, sino los viajeros mismos, que se aprovechaban de tan feliz accidente para desentumecerse las piernas en los dos lados del carril-woay.

Nosotros bajamos también y nos informamos del sitio en que nos hallábamos, y de las causas de este alto, olvidado en el programa.

Estábamos un poco más allá de Beaugency; la caldera se había soltado, el agua había apagado el fuego, y la locomotiva se había muerto de hidropesía.

Era preciso esperar la que no podía faltar de Blois, en cuanto se viese en Blois que no llegábamos.

Esperamos cerca de dos lloras, al cabo de las cuales observamos un punto rojizo que avanzaba arrojando llamas como el ojo de un cíclope; y que crecía a medida que se acercaba a nosotros. Bien pronto vimos la respiración anhelante del monstruo, vimos el surco de fuego que dejaba tras sí, pasando delante de nosotros rápido y rugiente como el león de la escritura, y deteniéndose dócil y sumiso al presentar su freno de hierro.

Subimos al coche, se ató en la trasera de nuestro carruaje la locomotiva muerta y seguimos nuestro camino. A las seis de la mañana estábamos en Tours.

A eso de las tres de la tarde atravesamos a Chatellerault. Dios os libre de Chatellerault, señora, si es que no sois aficionada a corta-plumas; verdad es que si lo sois, en cinco minutos podéis hacer de ellos la colección más completa del mundo. Desgraciadamente, hay que detenerse casi un cuarto de hora en Chatellerault. Bloqueados en nuestra diligencia por toda una población de mujeres, de las cuales la más joven podía tener siete años y la más vieja ochenta, y que nos asaltaban, en todos los tonos del diapasón, con sus mercancías, tuvimos que llamar al conductor para que nos ayudase a salir, esperando ganar las puertas de la ciudad por una lucha. Pero sea que nuestro plan estuviese mal concebido, sea que este temerario proyecto fuese impracticable realmente, apenas echamos pie a tierra cuando nos vimos dispersados, perseguidos, rodeados, vencidos; y después de una defensa más o menos heroica tuvimos que rendirnos a discreción. En vez de reunirnos en masa al salir de la ciudad, como habíamos acordado, la diligencia nos recogió esparcidos acá y allá, ni más ni menos que hace una chalupa de socorro con los infelices náufragos; cada cual llevaba, para vergüenza suya, el uno un par de navajas de afeitar, el otro una podadera, este un par de tijeras, aquel un bisturí. Alejandro especialmente había comprado un cuchillo, puñal de mango de nácar con guarnición de cobre, imitando plata, de la longitud más gigantesca. Le habían pedido un luis, y creyendo él aceptar al punto ofreció cinco francos, y se le dieron.

Acordaos de esta circunstancia, señora, si pasáis alguna vez por Chatellerault, porque no es indiferente.

En cuanto a nosotros, pensamos que, o los habitantes de Chatellerault tenían furiosas disposiciones para el comercio, o que era la Providencia quien, bajo la figura de una cuchillera, nos enviaba a vil precio los cuchillos, arma destinada sin duda, a cumplir milagros semejantes a los que ilustraron Joyense, Balisarde y Durandale.

Difícil me será, señora particularizarme con nada de lo que vimos en el camino de Chatellerault a Angulema. Todo lo que sé es que subimos de noche las escaleras de esta última ciudad, cuya posición en lo interior de las tierras, ha hecho que se la elija, excluyendo a Brest, a Cherburg o a Marsella, para establecer en ella una escuela de marina. De la escuela de Angulema, es de donde probablemente salía el capitán de la Salamandra.

No sé absolutamente a qué hora llegamos a Burdeos; lo que puedo decíros es que habíamos perdido cuatro horas en Beaugency, resultando de aquí que el último coche que partió para Bayona salía de Burdeos por una puerta, mientras que nosotros entrábamos por otra.

Había un retraso de veinticuatro horas, porque no salía ningún carruaje antes del día siguiente. Estábamos ya en el 5; el casamiento del príncipe se verificaba el diez: la frontera distaba aún cincuenta leguas, y no había que perder un minuto si queríamos llegar.

Yo compré por mil y cien francos, un coche de camino que bien valdría cinco; al contrario de Alejandro que se había hecho por cinco francos, con un cuchillo que valdría veinticuatro. Verdad es que el cochero me explicó, que yo hacía una magnífica especulación, atendiendo a que los coches franceses eran muy estimados en España, a que yo revendería indudablemente el mío en Madrid, por tres veces más de lo que me había costado.

Yo tengo poca confianza, no en lo que me dicen los señores cocheros, sino en mi genio para la especulación. Sin embargo, no había que vacilar; la posta era el único medio de locomoción que pudiera trasportarme en veinticuatro horas de Burdeos a Bayona, y llegando a Bayona al otro día de madrugada, había una probabilidad de encontrar asiento en la Mala de Madrid, hice pues, enganchar y partimos.

Eran las cuatro de la tarde: no me quedaba, pues, más que una hora de día para estudiar el cambio de paisaje. España, me habían dicho, principiaba al salir de Burdeos, y, en efecto, vimos ponerse el sol, sobre vastas llanuras, que se parecen mucho a las de la Mancha de que habla Cervantes, en esa Ilíada cómica, que ha quedado como la de Homero, sin igual, y que se llama don Quijote.

En efecto, cuando despertamos hacia Roquefort, nos hallábamos en un país completamente nuevo. Si las Landas en vez de estar en Francia estuviesen a dos mil leguas de la Francia, tendríamos cincuenta descripciones de las Landas, y serían conocidas como las llamas de las Pampas, como el valle del Nilo, como las riveras del Bósforo. Desgraciadamente, las Landas están entre Burdeos y Mont-de-Marsan, lo cual hace que se pase todos los días por ellas sin visitarlas nunca.

Al salir el sol, las Landas presentaban un espectáculo maravilloso. Teníamos a derecha e izquierda inmensas llanuras, salpicadas de arbustos leonados como la piel de un tigre gigantesco: en el horizonte oriental todo era blanco, la luz caía resplandeciente; en el horizonte occidental, por el contrario, lo oscuridad recogía sus últimas sombras y se retiraba lentamente, dejando tras de sí los pliegues sombríos de su manto salpicado aún de algunas estrellas.

Enfrente de nosotros, esto es, al mediodía, estaba limitada la vista por una elevación firme y nerviosa: eran los montes Pirineos que destacaban su argentado perfil en el azul del cielo español.

Todo esto, llanura arenosa, arbustos leonados, horizontes, sombríos o ardientes, todo esto tornaba a la vida, tan joven, tan lozano como en el primer día de la creación. Las alondras subían perpendicularmente al cielo, y cantaban en su ascensión. Rebaños de carneros marchaban conducidos por pastores que levantaban bandadas de perdices rojas, las cuales, después de un vuelo ruidoso y azorado, iban a caer a quinientos pasos del sitio de donde habían partido. En fin, la codorniz invisible y obstinadamente oculta en la yerba, hacía oír su voz estridente y clara, de la cual el chirrido metálico de las cigarras parecía formar el bajo continuo.

En el relevo de Roquefort, notamos que el tiro también había variado de naturaleza. A los tercos y relinchantes caballos blancos del Perche, a los perezosos caballos normandos, cruzados con daneses, habían sustituido pequeños caballos flacos de cola y de crin flotante, poniendo en el coche, para el cual no han sido hechos, los restos de esa sangre árabe que sus padres derramaron en sus venas, cuando los moros que bajaron de los Pirineos, atravesaban la Guiena para conquistar la Francia, como habían conquistado la España. Ganamos en este cambio diez minutos por legua. Con razón se dice, que la raza se conoce siempre, en cualquier parte que esté, y por poco tiempo que sea.

No he visto nada tan encantador, señora, como la salida de Mont-de-Marsan. Yo creo que los últimos grandes árboles de Francia, están allí. Dadles un adiós si alguna vez pasáis bajo su sombra, porque no encontraréis otros semejantes, ni en España, ni en Argelia. A los dos lados de un camino unido como un tapete de billar, se tocan por la copa y forman un hermoso arco de verdura; a derecha e izquierda del camino, se extienden inmensos bosques de pinos, de los cuales cada tronco herido por el hierro, como los árboles del bosque encantado del Taso, derrama, no arroyos de sangre, sino una fuente plateada que no es otra cosa que su sangre; pero la sangre de los pinos, sabéis ya que es la resina, y el árbol herido, como el hombre, muere a veces por tener sus fuerzas agotadas.

Después de los grandes árboles de Mont-de-Marsan, os recomiendo el puente de San Andrés de Cubsac. Saludad también al Dordoña, que en este sitio tiene cosa de un cuarto de legua de ancho. Veréis aún un buen número de ríos, con piedras, arena, lentiscos, mirtos, adelfas aún en su lecho, pero apenas los encontraréis cuando llevan agua.

En cuanto a puentes veréis de más; verdad es que si deseáis no caer con ellos al agua, tendréis que pasar por otro lado.

Llegamos a Bayona a eso del mediodía. La manera encantadora de que habíamos hecho el viaje de Burdeos, nos había decidido, mucho más que las doradas promesas de mi cochero, a continuar nuestro camino en posta. Corrí, pues, así que me apeé a casa de Mr. Leroy, vuestro cónsul en Bayona, a fin de rogarle viese nuestro pasaporte, y nos ayudase por todos los medios posibles a partir sin retraso. Encontré en él un hombre excelente, dispuesto a hacernos toda clase de servicios, pero que me dijo dos cosas que destruían nuestro hermoso proyecto: la primera, que todo carruaje francés pagaba mil ochocientos francos de entrada en España, y la segunda, que, a causa del tránsito de los príncipes, no encontraríamos caballos de posta.

No había pues, que pensar ya en este modo de locomoción. Corrí a la Mala: cuatro asientos quedaban en el interior, que, por lo demás, no contenía más que cuatro asientos. Los pagué, y volví al hotel a anunciar a mis compañeros estas nuevas disposiciones de viaje.

La dificultad estaba en echar todo, nuestro equipaje en un carruaje destinado a transportar solamente cartas, y en el cual las personas son ya un suplemento. Nada llevábamos de más, sino las escopetas y cuchillos de caza, que el peso admitido en Francia a cada viajero. Pero, por fortuna, los correos españoles son de mejor compostura que los correos franceses, y después de diez minutos de conversación, acompañada de gestos animados y expresivos, se arregló el negocio a satisfacción de todo el mundo.

Tres cosas me obligan ahora a terminar mi carta, señora. La primera su extensión; la segunda la hora de la posta, y la tercera los gritos de mi correo, que llama a su viajero.

Tendré el honor de escribiros luego que me sea posible; probablemente no será hasta mi llegada a Madrid.

Madrid 9 de octubre de 1846

Saliendo de Burgos, suponiendo que queráis salir de Burgos, tendréis que pasar un puente, tendido, señora, no sé sobre que río, porque, no habiendo visto río alguno, mal pudiera preguntarle su nombre; el caso es que atravesaréis un puente, yo no puedo deciros más.

Al llegar a la mitad de este puente, volved la cabeza, y fijad los ojos en la reina de Castilla la Vieja. Veréis su más hermosa puerta monumento del renacimiento, edificado en honor de Carlos V, que os ofrecerá a la vista las estatuas de Nuño Rasura, de Laín Calvo, de Fernán González, de Carlos I, del Cid y de Diego Porcellos.

Enseguida, veréis a vuestra derecha, y a la de la puerta, elevarse como dos saetas de piedra las torres de esa admirable catedral que parece colocada en el camino del viajero para iniciarle en las maravillas que va a visitar.

Por último, abrazaréis de un solo golpe de vista la ciudad colocada como un anfiteatro y sepultando una postrer mirada en las llanuras y florecientes valles que acabáis de atravesar, daréis un adiós a los arroyos saltadores, a las frescas sombras, a las montañas pintorescas de Guipúzcoa; porque vais a atravesar los rojizos arenales, los pardos matorrales y los horizontes sin fin de Castilla la Vieja, donde os hará lanzar una exclamación de alegría o de asombro, la encina raquítica o el olivo achaparrado que por casualidad encontraréis a vuestro paso.

La primer cosa notable que hallamos en nuestro camino fue el castillo de Lerma, donde murió desterrado el famoso duque de este nombre, célebre por el favor de que gozaba en la Corte de Felipe III y por la profunda desgracia que le persiguió.

Los bienes, y por consecuencia el castillo que se ve en el camino y que formaba parte de sus bienes, fueron embargados después de su muerte por una suma de ciento catorce mil escudos; desde entonces nadie ha vuelto a ocuparse de esta propiedad que poco a poco fue quedando convertida en ruinas. Hoy los techos desplomados yacen a nivel del suelo, y a través de las ventanas sin cristales se ve la inmensidad del cielo

Mr. Faure, uno de nuestros viajeros, que se había constituido en nuestro intérprete o cicerone, nos dio todos estos detalles, añadiendo que cinco años antes, en el mismo lugar en que nos hallábamos había sido detenido por unos ladrones, que sin respeto hacia los recuerdos que los rodeaban, habían establecido su domicilio en el antiguo castillo de Lerma.

A medida que íbamos avanzando, veíamos, engañados por un efecto óptico, venir hacia nosotros las azuladas cimas de Somosierra, otro paso no menos temible que el famoso de Lerma, en donde había sido detenido nuestro amigo Faure. Serían las cinco de la tarde cuando comenzábamos trabajosamente a subir las primeras pendientes.

Una de esas montañas que se elevan a la izquierda del camino que conduce desde Aranda a Madrid, fue tomada, a los ojos de Napoleón, por la caballería polaca. Esta montaña presenta el declive de un tejado ordinario.

Para atravesar este paso, nuestros efectos tuvieron que ser transportados por doce mulas.

Por la mañana, al despertar, vimos en el horizonte de un vasto desierto algunos puntos blancos que se destacaban en una bruma morada; era Madrid.

Una hora después, entrábamos en la capital de las Españas, por la puerta de Alcalá, la más hermosa de sus puertas, y echábamos pie a tierra en el patio de la casa de postas.

No bastaba haber llegado, era preciso buscar un alojamiento, y un alojamiento en semejante época y en tal circunstancia, no era cosa fácil de hallar.

Pero, dirá vuestro banquero, quien no prevé el caso, ¿quién no escribe antes?...

-Vos tendréis la bondad de decir a vuestro banquero que nuestra partida fue de un día para otro, por consecuencia no habíamos tenido tiempo de tomar semejantes precauciones.

Después añadiréis, y de esto se acordará bien él, porque en ello ha consistido el que los fondos hayan bajado tres francos; después añadiréis, repito, que los periódicos habían anunciado que la España entera estaba en revolución, que los caminos estaban infestados de guerrillas, y que en las mismas calles de Madrid se peleaba de una manera terrible; por lo cual, raciocinamos del modo siguiente: Si esto pasa, fácilmente encontraremos posada en las casas de los que pelean, pues no puede a un tiempo nadie batirse en la calle y habitar en su casa. Ahora bien, la España disfrutaba de la más completa paz, habíamos andado ciento cincuenta leguas, desde Bayona a Madrid, sin que ninguna facción nos saliese al paso, ni un mal ladrón siquiera, henos ya en las calles de Madrid, en su soledad matinal, cubiertos de teatros improvisados que habían sido edificados para las fiestas en que nosotros teníamos que tomar parte; no nos quedaba otro recurso que meternos bajo un tablado.

Esto era tan magnífico como cruel.

Dejamos nuestro bagaje, y partimos; posadas, casas de pupilo, todo lo recorrimos, hasta muchas de las que no lo eran. Todo en vano. A cada desengaño que recibíamos, nos interrogábamos con la vista, después con las orejas bajas seguíamos en nuestra investigación.

Ya habíamos perdido hasta la última esperanza, que solo en el último momento se pierde, cuando por casualidad alcé los ojos y leí sobre una puerta todavía cerrada estas palabras:

Monier, librero francés.

Lancé un grito de alegría. Era imposible que un compatriota nos negase la hospitalidad o dejase de ayudarnos a buscarla.

Busqué con la vista otra puerta que no fuese la del almacén y hallé una encima de la que se leían estas tres palabras: casa de baños.

Precisamente lo que nos hacía falta.

Abrí una pequeña verja, que hizo resonar una campanilla. Entré; seguí un largo pasillo, a cuyo fin se veía un patio cubierto de cristales. Alrededor de este cuarto había varias puertas que daban a la sala de los baños. Un pequeño entresuelo las dominaba.

Dos mujeres y cinco gatos se calentaban a un brasero.

Pregunté por Mr. Monier; pero sin duda mi aspecto no agradó a los comensales de aquella casa, porque las mujeres se pusieron a gruñir y los gatos a bufar.

A este doble ruido, una ventana del entresuelo se abrió; una cabeza cubierta con un gorro y un tronco adornado con una camisa, aparecieron en una ventana.

-¿Qué se ofrece? preguntó la cabeza.

Me apresuraré a deciros, señora, que esta cabeza, cuya fisonomía me es tan importante hacer constar ahora, estaba dotada del aspecto más benévolo.

-Somos yo y mis compañeros, contesté, querido Mr. Monier, que hace dos horas buscamos posada. Si no queréis proporcionárnosla, nos veremos obligados a comprar una tienda a algún general carlista en retirada, y a acamparnos delante de la puerta de Alcalá.

Mr. Monier me oía abriendo los ojos a cada instante más y más; indudablemente procuraba reconocerme.

-Perdonad, me dijo, pero habéis pronunciado ni nombre y no os conozco.

-Sin duda que sí, cuando sé como os llamáis.

-¡Ya! mi nombre está sobre mi puerta...

-También el mío.

-¡Cómo! ¡sobre mi puerta!

-Yo al menos lo he leído.

-¿Cómo os llamáis?

-Alejandro Dumas.

Mr. Monier dio un grito, se dio un golpe en la frente y desapareció.

Un momento después, aparecía en calzoncillos en una de las puertas de aquel pequeño patio convertido ahora en recibimiento.

-¡Cómo! ¡Alejandro Dumas! ¡el nuestro! ¡nuestro Alejandro Dumas! decía.

-Yo no conozco más que uno, y os respondo de que no solamente es vuestro, sino enteramente vuestro.

Y le tendí la mano.

-¡Pardiez! dijo estrechándomela cordialmente; y decís que venís a pedirme... ¿qué?...

-Hospitalidad.

-Mi casa es vuestra.

-Perdonad, mi querido Mr. Monier, no vengo solo.

-¡Ah! venís...

-Con mi hijo.

-¡Bien! donde hay sitio para uno...

-Es que somos más de dos.

-¡Ah! ¡ah!

-¿Traéis algún amigo?

Hice con la cabeza una señal afirmativa.

-¡Diablo! exclamó Mr. Monier rascándose detrás de la oreja, ¡bien! se procurará que haya también para vuestro amigo.

-Es que...

-¿Qué?... ¿más todavía?

-Mi amigo... tiene un amigo.

-Entonces... ¡sois cuatro!

-Y un criado.

Mr. Monier se dejó caer sobre una silla.

-Entonces... no sé cómo...

-Veamos, ¿no tenéis por ahí algún cuarto, dónde puedan colocarse dos camas?

-Hay dos.

-¿Ocupados por quién?

-Por dos franceses.

-¿Sus nombres?

-MM. Blanchard y Girardet.

-Son dos amigos míos, no tendrán inconveniente...

-Pero su cuarto es reducido... tanto, que apenas hay lugar para ellos mismos.

-¿Y no tenéis más habitaciones?

-Una grande al lado.

-¿Muy grande?

-¡Oh! ¡inmensa! cabéis los cuatro y aún seis.

-¡Bravo!

-Sí, pero es su taller...

-Será ahora el nuestro. No creo que sea preciso llamarse Corregio para decir: ¡soy pintor! ¡también yo soy pintor! veamos, ¿qué os resta todavía?...

-¡Poca cosa! algunas piezas abuhardilladas, algún tejado y algunas madrigueras de ratones.

-Magnífico, estaremos allí como dentro de unos quesos de Holanda, visitemos las localidades.

Corrí a la puerta, donde con ansiedad era esperado.

-Venid, señores, dije, hemos encontrado un palacio. Fui seguido inmediatamente entre mil vivas de mis compañeros.

-¡Silencio, señores, silencio! os lo suplico, estamos en una casa decente; no hagamos porque nos pongan a la puerta antes de entrar.

-Alejandro entró saludando como un caballero de Callot, Boulanger le siguió, Maquet venía detrás.

-Pablo iba el último, con los dedos metidos entre las costuras del pantalón, lo que indicaba siempre que se había perdido de vista un instante y que se había aprovechado de aquel momento para violar las leyes de su antigua religión.

Yo le miré de soslayo; él sonrió lo más agradablemente que pudo. Pablo tiene un vino encantador y un ron adorable.

Mr. Monier subió el primero. Encontramos a Blanchard y a Girardet en su taller; estaban trabajando.

Los dos habían sido enviados oficialmente con otro compañero, monsieur Gisuain, para pintar las principales escenas del grande acontecimiento que iba a tener lugar.

Cuando me vieron entrar lanzaron gritos de alegría, que se aumentaron cuando distinguieron detrás de mí a Boulanger, a mi hijo, y a Maquet.

-¿Veis bien? dije a Mr. Monier volviendo la cabeza.

La proposición hecha por mí en el piso bajo, se renovó en el principal donde se recibió con entusiasmo. Blanchard y Girardet tomaron un pedazo de blanco de España y tiraron una linea equivalente al tercio de la librería.

En este tercio de su taller estaba su gabinete al cual daba la puerta de su habitación, que como se veía, era muy cómoda.

Los otros dos tercios, nos estaban designados.

En el mismo instante se quitaron los muebles.

Una gran mesa de abeto rojo y dos sillas, se trasladaron más allá de su línea blanca; siendo al punto de propiedad de los antiguos habitadores.

Mr. Monier nos prometió darnos dos mesas y cuatro sillas iguales a las que se habían sacado de nuestro cuarto.

Un gran canapé de paja y una cómoda de nogal se hicieron propiedad común, conviniéndose en que ya juntos, ya separados, todos nos serviríamos de ella con la mayor armonía.

Terminado ese primer arreglo, pasamos de la habitación común a las particulares; encargando a Agua de Benjuí fuese a buscar las maletas y los cajones, e hiciese llevar al taller los objetos que estaban destinados, juntamente con las dos mesas de abeto y las dos sillas de paja prometidas para adornarle.

Después de un cuarto de hora, la visita estaba hecha, y nos hallábamos instalados. Maquet y yo habíamos descubierto una habitación, en latitudes bastante aproximadas a la habitación común. Boulanger y mi hijo, habían descubierto otra, bajo un meridiano más distante.

Estas habitaciones, adornadas solamente de cuatro paredes blancas, pintadas de cal, debían, por el cuidado de Mr. Monier, amueblarse antes de dos horas con una cama, una mesa y cuatro sillas.

Mientras se tomaban estas disposiciones, nuestro excelente huésped se volvía loco de alegría; francés era feliz con recibir en su casa toda una colonia francesa; ¡y qué colonia! dos pintores oficiales, y un convidado al casamiento real.

Evacuados estos diversos puntos, hecho un reconocimiento de los diferentes corredores y de las diversas puertas que conducían al centro común, nos acordamos de la inscripción colocada encima de la puerta de la entrada: Casa de Baños, y nos precipitamos hacia el pequeño atrium, donde había tenido lugar la escena que acabo de contaros.

No hay cosa mejor que un baño cuando se acaba de andar sesenta leguas por un camino de hierro, ciento cuarenta en diligencia, y doscientas en silla de posta, y cuando se puede, por las cuatro puertas de las cuatro habitaciones abiertas, dar gracias unidos al Señor por el bienestar y el reposo que nos proporciona.

Habíamos deseado detener a monsieur Monier para que respondiese a las mil preguntas que teníamos en la lengua. Pero Mr. Monier había desaparecido, y andaba recorriendo los almacenes de muebles de Madrid, así que tuvimos que contentarnos con nuestra conversación que, debemos decirlo, señora, no por esto fue menos animada.

En efecto, todo era nuevo para nosotros. Esas poblaciones graves y silenciosas, que nos veían pasar con la inmovilidad de un cortejo de sombras; esas mujeres bellas bajo sus harapos; esos hombres arrogantes bajo sus andrajos; esos niños envueltos ya en esos trapos caídos de la capa paternal, todo nos indicaba no solamente otro pueblo sino también otro siglo.

Boulanger estaba admirado; él había encontrado desde Bayona a cada paso modelos que aposentaban gratis, lo cual era una economía de tiempo y de dinero a la vez; de tiempo, porque había necesidad de buscarlos; de dinero, porque no se les pagaba nada.

Mr. Monier entró, al salir nosotros del baño.

-Todo está corriente, dijo frotándose las manos.

-¿Cómo?

-Sí, ya podéis subir. Las mesas son de aplomo, como que tienen tres pies por lo menos, las camas son cubiertas, o poco menos, y las sillas resistirán si tenéis la atención de sentaros solos en cada una de ellas.

-Sois un grande hombre, monsieur Monier.

Mr. Monier se inclinó modestamente.

Subimos. Nuestra primera mirada fue para el taller. ¡Cosa admirable! El mismo Agua de Benjuí estaba atascado. Abrió las cajas, y descargó las escopetas, sacándoles las balas; los brazos se me cayeron.

-Está bien, dejad eso, le dije; cuidad de las maletas.

-Las maletas están en las habitaciones de esos señores.

-Bien, dadme las llaves.

-Están abiertas.

Yo no sabía como explicar esta actividad. Esta actividad me inquietaba siempre en Pablo; cuando él se entregaba a este exceso de prevenciones, generalmente había cometido alguna falta que quería él le perdonase.

Sospeché que faltaba alguna cosa en el total de los equipajes, y que lo hacía con el fin de disimular la desaparición de algún objeto por lo que Pablo había diseminado las maletas, los sacos de noche, los portacapas y los cajones.

Yo tenía una lista. Pablo me vio meter la mano en el bolsillo y sacar esta lista; redobló la actividad, acercándose, siempre ocupado en su arreglo, a la puerta del corredor.

-Pablo, le dije; vamos a hacer el inventario de los equipajes.

Pablo, hablando en términos de pintura, tiene tres tonos muy distintos; su tono ordinario es la tinta de China, pero según las circunstancias, se pone encendido o pálido; cuando se pone encendido, su color pasa al bronce florentino; cuando pálido pasa al gris de ratón.

Agua de Benjuí pasó al gris de ratón de lo cual conocí que la pérdida era importante.

Esta era una razón más para hacer el inventario. Persistí en ello obstinadamente, aunque Pablo hizo todo lo posible para quitármelo de la cabeza.

Faltaba el cajón de los cartuchos.

Esto era muy grave. Poseíamos en todo siete escopetas, entre las cuales había una carabina de dos cañones; sólo dos de estas escopetas eran de sistema ordinario; las otras cuatro eran escopetas Lefaucheux, esto es, se cargaban con dos cartuchos y por la culata.

Fuera de unos sesenta cartuchos que habían quedado por casualidad en los huecos de las cajas de los fusiles, la Santa-Bárbara estaba, pues, completamente vacía.

Verdad es, que se nos había dicho que quedaban muy pocos ladrones en España; cincuenta o sesenta a lo más.

¡Dichoso país en que se sabe el número de ladrones!

Pero quedaban en África gran cantidad de perdices, chacales, hienas y aun algunas panteras, y nosotros contábamos con salir a cazar todo esto.

En cuanto a los leones, apenas habrá en toda la Argelia tantos como ladrones en España. Gerard los ha destruido todos.

Agua de Benjuí recibió la orden de hacer las diligencias más activas. Agua de Benjuí fingió hacerlas. A los dos o tres días, cuando él vea subir en nosotros el barómetro de la tempestad al

bello fijo, nos confesará con una sonrisa esmaltada de treinta y dos dientes que el cajón de los cartuchos se ha olvidado en la aduana de Irún o de Bayona, y que se acuerda de ello perfectamente.

Mientras que Pablo buscaba los cartuchos; nosotros tomamos posesión y organizamos este admirable desorden, del cual el gabinete de un literato y el taller de un pintor dan la idea más completa.

Terminada esta primera e importante parte de la instalación, tratamos de la comida.

No os admiréis, señora, de verme hablar de vez en cuando, de este punto del cual es preciso que hablen, al menos una vez, al día los hombres más materiales o los más espirituales.

Vos que habitáis en París, señora, y que al través de los cristales de vuestro coche, veis, cuando salís, a los dos lados de vuestro camino, cafés con más pinturas, restaurans con suculentas muestras que excitan vuestro apetito, os admiraréis cuando sepáis que hay un país en que se le inquieta a uno sobre el modo de comer; y os diréis: entrad en casa de un restaurador, o mandad por un ave trufada, una empanada de hígado gordo y una langosta a casa de un comerciante de comestibles; en rigor con esto hay bastante para comer.

¡Oh! sí, señora, se come con esto y muy bien; pero desgraciadamente, las empanadas de hígado gordo, vienen de Estrasburgo, las langostas de Brest; y las aves trufadas de Perigord, resultando de estas diferentes distancias, que tengo el honor de indicaros, que cuando estos comestibles, enteramente franceses, llegan a Madrid, ya están algo deteriorados; lo cual hace que haya que mezclarlo con otra especie de alimentos.

Pasadas dos o tres lloras de investigaciones, he aquí el modo como arreglamos nuestras comidas.

En Madrid, el cocinero y la cocinera, exceptuando en las grandes casas, se suele suprimir. No había, pues, que pensar en buscar cocinero ni cocinera.

En Madrid, los que quieren comer, entiéndase los extranjeros, van al mercado o mandan a él a sus criados, después ellos guisan o asan por sí y ante sí los objetos, que han comprado para su consumo.

Afortunadamente, desde mi infancia soy cazador, como sabéis, señora, y aún debo añadir que cazador bastante hábil. A la edad de diez o doce años me escapaba a veces de la casa, paterna iba a decir pero ¡ay de mí! yo no he tenido jamás casa paterna, puesto que mi padre murió tres años después de mi nacimiento; sea pues, la casa materna, de la cual, como iba diciendo, me escapaba para cazar furtivamente en medio de esos grandes bosques, bajo cuya sombra había nacido. Entonces, durante uno, dos, ocho días algunas veces, andaba errante de aldea en aldea sin otro recurso que mi fusil, persiguiendo alguna liebre, algún conejo, algún perdigón, el vino y el pan; después con este pan y este vino comía otra parte de mi casa; la tercera parte se destinaba invariablemente a mi madre y la ponía a sus pies, como Hipólito ponía la suya a los pies de Teseo para templar su cólera.

Esta semejanza de mi destino con el del hijo de Antíope ha perjudicado tal vez a mi educación intelectual, pero ha perfeccionado singularmente mi educación culinaria. De aquí resulta, señora, que muchas personas después de haber leído mis libros han disputado el valor de

ellos, y que ningún glotón después de haber probado mis salsas ha puesto en duda el valor de mis salsas.

Fui, pues, elegido por unanimidad, cocinero de la embajada francesa en Madrid, y Pablo elevado al grado de proveedor.

La sociedad debía comprar un gran cesto a fin de que Pablo perdiese los menos huevos, zanahorias, costillas y jamones posibles.

Estas precauciones se tomaron en favor del desayuno.

El desayuno debía componerse siempre de dos o tres platos, calientes o fríos, y de cuatro jícaras de chocolate por cabeza.

Bueno es deciros, señora, que los españoles toman chocolate en dedales de coser.

En cuanto a la comida, Mr. Monier nos había indicado un restaurador italiano llamado Lardy, en cuya casa debíamos encontrar una comida honorable.

En Italia, donde se come mal, los buenos restauradores son franceses: en España, donde no se come mal del todo, los buenos restauradores son italianos.

Adiós, señora, preciso es terminar esta carta para ir al mercado y a la embajada de Francia.

Madrid, 10 de Octubre de 1846

¿Adiviná is, señora, lo que he referido de mi doble excursión al mercado y a la embajada?

¡He vuelto a anudar relaciones con Giraud y Desbarolles!

A la mitad de la calle Mayor, en el momento en que yo soñaba, no quiero deciros con quien, señora, pero, en fin, en el momento de mi sueño encantador, sentí que mi coche se detenía de repente y por una sacudida.

Al mismo tiempo vi aparecer por cada una de las portezuelas dos cabezas atezadas y barbudas.

Cuando yo sueño, sueño bien, es decir, olvido completamente la realidad en provecho del sueño. Desperté, pues, sobresaltado, y a la vista de estas dos cabezas formidables, clavadas en los cuerpos vestidos a la española, me creí en medio de algún bosque espeso o de alguna profunda garganta, detenido por bandidos.

Busqué instintivamente mis pistolas. Yo tengo magníficas pistolas de seis tiros, señora; pero no había creído deber llevarlas para ir al mercado y a la embajada. No las encontré, pues.

Aprestábame en consecuencia a rechazar la agresión, con las simples fuerzas corporales que Dios me ha dado, cuando vi una de aquellas cabezas que, riendo, me enseñaba treinta y dos dientes blancos, y la otra dos dientes amarillos.

Entonces les miré con más intención.

-¡Giraud! ¡Desbarolles! grité.

Perdóneme mi amigo Giraud; pero le había reconocido, sobre todo, por sus treinta dientes ausentes y por los dos presentes.

En efecto, además de la capa de hollín extendida sobre el rostro de los dos viajeros, a causa del sol de Cataluña y Andalucía, se había verificado un gran cambio en su aspecto; un cambio singular.

Giraud, que había partido sin cabellos, volvía con una melena de león. Desbarolles, que había partido con magníficos cabellos, volvía casi calvo.

El viaje había obrado en sentido inverso sobre el cuero cabelludo de los dos viajeros. Entrego el hecho a la ciencia de los médicos y a la investigación de los perfumistas y vendedores de pomada.

Lancé un grito de alegría, abrí la portezuela, y dos segundos después, Giraud y Desbarolles estaban instalados en el coche.

Venían de hacer un maravilloso viaje, a pie siempre; un viaje de artista, en toda la extensión de la palabra, con el cartón en bandolera, el lápiz en la mano y la escopeta terciada a la espalda, durmiendo donde podían, comiendo como podían, pero riendo, cantando por todo el camino. En Sevilla habían tenido noticia de las bodas y las fiestas, hacia doce días. Al punto habían salido con dirección a Madrid, y andando en doce días ciento cuarenta leguas francesas, acababan de llegar.

Antes de partir para Sevilla, habían comprado un infeliz galgo. Durante los tres primeros días los precedió el galgo; el cuarto y el quinto marchó al lado de ellos, y, en fin el sexto se quedó detrás.

El galgo estaba desfallecido.

Al día siguiente, en el momento de salir el pobre animal intentó enderezarse sobre sus patas huesosas; pero esto era superior a sus fuerzas.

Entonces Giraud le tomó en sus brazos y le llevó así durante seis horas; seis horas y tres minutos después de la salida, el galgo expiraba sobre el pecho de Giraud

Enterráronle en un barranco. Aquel día Giraud y Desbarolles no anduvieron más que doce leguas; pero se desquitaron al siguiente andando dieciocho.

En breve llegaron, y a su llegada supieron que yo también estaba en Madrid. Salieron al punto en busca mía, y por una afortunada casualidad, habían venido a dar de narices en mi coche.

Mis primeras palabras después de abrazarles, fueron: ¿venís a Argelia conmigo, es cierto?

Los dos se miraron. Hacía ya un mes que debían estar en Francia.

Desbarolles exhaló un suspiro.

Giraud levantó las manos al cielo, murmurando:

-¡Pobre familia mía!

Preciso es deciros que Giraud tiene una buena, encantadora y excelente esposa que le ha lado ese adorable niño rubio que habéis admirado en la exposición, jugando con un perro, con otro galgo, muerto también, pero no de fatiga, sino de indigestión.

Explora las islas Marquesas con un joven hermano de veinticuatro años y una anciana madre de setenta, los tres seres privilegiados de su corazón, que componen la familia de Giraud.

Es, pues, muy natural que de vez en cuando piense Giraud en su familia. Solamente que las emociones que hace nacer en él este pensamiento se manifiestan de un modo diverso, según la hora en que este pensamiento le ocurre, y las circunstancias en que se encuentre.

Así, por la mañana Giraud no se acuerda de su familia de la misma manera que por la tarde; esto depende de que por la mañana está en ayunas, y de que por la tarde ha comido.

Porque, como todo el mundo sabe, nada hace variar más el aspecto de las cosas que el verlas con un estómago vacío o con un estómago lleno.

Giraud está, pues, abatido cuando piensa en su familia por la mañana, y adorable cuando piensa en su familia por la tarde.

En cuanto a Desbarolles, yo no sé si tiene familia, si piensa en su familia, y si este pensamiento le distrae; pero lo que sé, es que la distracción del otro que se mordía el dedo por la rebanada, no se parecía en nada a la distracción de Desbarolles.

Esta digresión sobre Giraud y Desbarolles me ha impedido deciros, señora, que después que el uno hubo lanzado su suspiro y el otro acabado su frase, ambos aceptaron la proposición que les hice.

Nuestra gente estaba reunida, como lo habíamos pensado, o más bien soñado el día de aquel famoso juramento de que en mi primera os hablé, y precisamente nos encontrábamos en España a tiempo todavía para recorrer juntos la mitad de ella.

Ahora, me veo en la precisión de trazaros el retrato de Giraud y de Desbarolles, como lo he hecho con Boulanger, Maquet y mi hijo.

Giraud es el autor, del Permiso por diez horas, como Delacroix es el autor del Giavur, y Scheffer de la Francisca de Rimini. Además del Permiso por diez horas, que vos habéis visto en grabado, en litografía, en las cajas de tabaco, en el teatro mismo, Giraud ha hecho mil cosas excelentes, cuadros de historia, retratos etc. Giraud no es un pintor, es la pintura misma. Cuando dibuja no tiene necesidad de tal o cual objeto para tal uso destinado; falta el lápiz, pues bien, dibuja con un carbón, con cualquier cosa. Lo que sobre todo le distingue es un espíritu caricaturesco, que con facilidad halla el lado ridículo de los objetos. Su mirada es como esos espejos que exageran y hacen deformes todas las fisonomías. Giraud haría la caricatura del

Apolo de Belvedere de la Venus de Médicis. Si Narciso viviese en los tiempos de Giraud, o Giraud en los de Narciso, en vez de morir éste de languidez contemplándose, hubiera muerto de risa mirando su caricatura.

En cuanto a Desbarolles, es más difícil trazar su retrato, aunque forme más tipo que el de Giraud. Desbarolles es un misto de artista, de viajero, pero de artista y de viajero parisién.

Él maneja las armas, el lápiz, la pluma... es, señora, un hombre universal.

Es distraído además, muy distraído. Si está de pie, no oye lo que se le dice, y si lo oye lo olvida. Si sentado, la cosa es ya más grave: Desbarolles, esté donde quiera, va poco a poco entregándose en brazos del sueño. Ello si, Desbarolles ha estudiado el modo de dar a su sueño, siempre silencioso y tranquilo, una cierta dignidad, hagámosle esta justicia, que hace que, excepto Giraud, los demás respeten su sueño; porque Giraud, señora, no parece sino que tiene en sí algo que se despierta cuando Desbarolles se duerme. Así que esto último sucede, Giraud se aproxima, le pone el pulgar sobre la nariz y apoya hasta que la nariz desaparece, enteramente sepultada entre el mostacho. Ordinariamente cuando la nariz ha llegado a este punto de compresión, Desbarolles despierta, pronto a reñir con el insolente que se toma tales libertades con un órgano a quien él constantemente ha prohibido el tabaco para conservarle su elegancia nativa. Mas así que reconoce a Giraud, sonríe con aquella buena y angelical sonrisa que no he visto en otros labios que los suyos, veinte años hace que se tratan ambos; Giraud habrá hecho un millón de veces la consabida operación, un millón de veces también se ha sonreído Desbarolles de la manera bondadosa que os he dicho.

Cuando los encontré, ambos habían adoptado el traje español, o lo que es lo mismo, sombrero calañés, chaquetilla bordada con alamares, faja encarnada, calzón corto, botín y capa andaluza. Pero lo habían adoptado, no por el entusiasmo que les inspirase este traje nacional, sino por circunstancias particulares que es oportuno mencionar aquí.

A su partida de Francia, Giraud y Desbarolles habían traído en su baúl dos levitas, dos pantalones y dos sombreros gibus. Los pantalones y las levitas, habían conservado su forma y todavía honraban a su sastre francés, a pesar de no hallarse ya en muy buen estado; pero los sombreros, esos productos mal seguros de nuestra civilización moderna, no habían podido soportar el sol africano de Barcelona y Murcia, y se habían completamente desviado de la línea derecha para inclinarse hacia adelante. En Francia hubiese sido evitado al momento este mal, corregido este vicio, pero los sombrereros españoles habían en vano agotado sus recursos, sus fuerzas para hacer variar de situación a aquellos sombreros rebeldes. De manera que cuando salían Giraud y Desbarolles juntos parecían dos granaderos rusos, marchando a la carga.

Un día Desbarolles tuvo una idea, que era; puesto que los sombrereros nada alcanzaban, los sombreros podían llevarse a casa de un relojero.

Esta idea obtuvo un éxito completo. El relojero enderezó con la ayuda de un resorte de péndola el gibus, y Desbarolles con gran asombro de Giraud, volvió a casa con un sombrero perpendicular. Este estado de cosas duró tres días en la disposición más satisfactoria, pero al tercero, mientras Desbarolles dormía, el resorte se dilató con el mismo ruido que hace un cuclillo cuando se dispone a cantar. Desbarolles se encontraba por consiguiente con un sombrero de escape.

Estas diferentes vicisitudes de sus vestidos y sombreros, determinaron a ambos amigos a adoptar el traje andaluz, en que habían aparecido a mis ojos y, subsidiariamente a los de la colonia francesa.

Cuando ésta hubo manifestado a los recién venidos la satisfacción que experimentaba, viéndose reunida a ellos, pidioles noticias acerca del mercado y la embajada.

Pablo respondió a la primera pregunta, enseñando su cesta y mostrando, curiosamente colocados sobre una alfombra de hojas de lechuga, una docena de huevos, seis perdices, dos liebres y un jamón de Granada.

Preciso es ya deciros, señora, que si en España no se come o si se come mal, es porque se quiere y nada más. La tierra, esta madre fecunda casi por todas partes, es prodigiosa en España; las más bellas legumbres arrojan aquí, sin cultivo los frutos más sabrosos. En todos tiempos, no hay más que bajarse para coger fresas, perdidas entre las flores, y durante seis meses, con sólo alzarse sobre la punta de los pies, pueden cogerse naranjas, que balancean por cima de las cabezas de los que pasan, despidiendo rico perfume, granadas que reventándose, hacen llover sobre la frente del viajero una granizada de rubíes.

Para los cazadores, España es la tierra prometida. Estas vastas llanuras, estos arenales áridos ofrecen un inviolable asilo a las perdices, cuyos huevos no destruye el segador de prados, y a las liebres cuyos hijos perdona el labrador. La caza mayor, tal como el ciervo, el gamo, el jabalí, que deserta de día en día de nuestros bosques, encuentra un refugio seguro en las sierras que salpican la España en todos sentidos, y donde vive bajo la protección de los bandidos, propietarios naturales de todas las sierras.

Aquí las liebres, principal ornamento de nuestras comidas, están proscritas de la mayor parte de las mesas; la razón no es otra sino que han dado en decir que minan las tumbas y se comen los cadáveres. De manera que en España las liebres mueren de vejez, mirando a los españoles como devoran conejos.

No es esto sólo: yo no sé que tributo pagan las perdices a los cocineros para haber obtenido de ellos que en vez de servirlas asadas, a la tártara o en salmorejo, se les eche esa abominable salsa de vinagre, que no tiene otro objeto que hacer ver al hombre inexperimentado en la cocina, que la perdiz, que disputa el reino de la pitanza al faisán, es un animal un poco menos comestible todavía que el mochuelo y el cuervo.

Viendo estos grandes errores, había yo creído que una gran empresa me estaba encomendada; la de rehabilitar a la liebre y a la perdiz.

La colonia francesa estaba decidida, muy decidida, a ayudarme en esta obra de justicia y humanidad, porque parecía demasiado satisfecha del mercado.

Una sola inquietud le quedaba, que era respecto a la embajada. Yo la hice desaparecer por fin: aunque abrumado de preocupaciones políticas como embajador, y de deberes de etiqueta como huésped, Mr. Bresson, que había sido prevenido de mi llegada por el conde de Salvandy, había dado órdenes para que fuese yo conducido a su presencia luego que me presentase en el hotel.

La orden fue ejecutada.

Yo no conocía a Mr. Bresson. Es un hombre alto de fisonomía grave y fría, de cabeza erguida, como se gusta siempre de ver en todos aquellos que habiéndose hecho lo que son, tienen derecho para llevarla así.

La firmeza de Mr. Bresson en el negocio del matrimonio, había sido admirable. Ni las amenazas de lord Palmerston, ni la predicción de los periódicos, ni la venta inmobiliaria de Mr. Bulwer pudieron intimidarle.

Debo deciros, señora, que Mr. Bulwer, cuya intención era cambiar de habitación, y hacerse con muebles nuevos, vendía los viejos para hacer creer que se mudaba, no de una calle a otra, sino de uno a otro reino.

Mr. Bresson me recibió de una manera sumamente satisfactoria; repitiéndome las palabras del príncipe, y tuvo la bondad de asegurarme desde un principio que tenía en verme un placer grande, pues lo había deseado mucho. Invitome para que fuese a comer con S. A. aquel mismo día; mis amigos fueron también invitados para que asistiesen a la reunión de la noche.

Despidiéndome de Mr. Bresson, a quien dejé encantado, lo confieso, y satisfecho de su modo de recibirme, de una de esas buenas acogidas de que yo sabía que él era poco pródigo, pregunté por la habitación de Glucksberg, de Talleyrand y de Guitaut.

Había abandonado a París tan pronto que no había tenido tiempo de pedir al señor duque de Cazes, uno de mis primeros patronos literarios, jamás lo olvidaré; digo que no había tenido tiempo de pedir al señor duque de Cazes sus encargos para su hijo. Yo había conocido a Glucksberg muy niño, justamente en la época en que Boulanger hacía su retrato, y tenía deseos de volverle a ver para hablar con él de su padre, a quien él mismo no había visto hacía mucho tiempo. Vos lo sabéis mejor que nadie, señora, pocas veces tengo lugar para visitar a las personas a quienes amo, pero cuando esto sucede no pueden ya hacerme salir de su casa. Estuve, pues, una hora en la de Glucksberg.

En cuanto a Talleyrand, tenía también grandes deseos de verle, aunque no hacía tanto tiempo que le había visitado como a Glucksberg. Yo había conocido a Talleyrand en Italia, donde él estaba agregado a la embajada de Florencia. Os le presenté en uno de los pasajes de París, y vos sabéis, señora, si nunca ha animado un espíritu tan encantador, una figura tan espiritual. Talleyrand, es un verdadero agregado de embajada, y especialmente de embajada española. Así que, quede entre nosotros, Talleyrand es bien recibido en Madrid por su modo particular de representar a la Francia. Resulta de esta gran representación individual una palidez, que contrasta admirablemente con los ojos azules y los cabellos rubios del joven diplomático. Glucksberg representa la parte seria, y Talleyrand la parte interesante.

Guitaut es el cuñado de madama Bresson y desciende de aquel bravo y buen Guitaut tan amante de la reina Ana de Austria. Guitaut, hablo del antiguo Guitaut, fue el brazo de hierro elegido para tirar por la valona a ese príncipe de Condè, que hacía temblar a toda la pequeña corte del Palais-Royal. Guitaut, en fin, fue quien, en nombre de la reina, fue a buscar a Luis XIII a casa de madamoiselle de Lafayette, al convento de las señoras de la Visitación, y que le llevó a dormir al Louvre, justamente nueve meses antes del nacimiento de Luis XIV. Guitaut, según me ha asegurado un día un augusto personaje que está muy al corriente de las anécdotas de la monarquía, había dejado memorias que la familia quemó a instancias de Luis XVIII. Si la familia de Guitaut no hubiese quemado estas memorias, tal vez hubiéramos sabido un secreto muchísimo más importante que el de la máscara de Hierro.

Guitaut, el joven, es un hermoso y arrogante mozo de veintidós años, que conoce el valor del nombre que lleva, y que está dispuesto a dedicarse también a una reina, estoy seguro de ello, si una reina necesitase de sus servicios.

Aviso a las jóvenes reinas de Europa.

Yo volvía pues, encantado de mi expedición, había visto un mercado bien surtido, una embajada como no existe en ninguna parte y en el camino había recogido a dos amigos a quienes daba al otro extremo de la Península.

Olvidábaseme decir que además de mi convite particular para comer, y del convite general para la noche, llevaba billetes para todas las funciones reales, y tenía un balcón para la gran corrida de toros, que debía verificarse por espacio de tres o cuatro días en la plaza Mayor.

Contáronsenos maravillas de esta corrida que debía presentar todas las condiciones de esplendor y de originalidad que sólo se ven en los nacimientos y bodas de los infantes. Hacía dieciséis años que no había en Madrid una corrida igual. Sin embargo, los aficionados sacuden la cabeza y hacen gestos de duda. Como soy bastante curioso, me he informado de lo que quería decir esta noble denegación, y he sabido que les parecía demasiado grande el espacio de la plaza Mayor.

En efecto, señora, parece que cuanto más grande es la plaza de toros, menos encarnizada es la lucha puesto que queda un gran espacio para la huida. Estamos, pues, amenazados de no ver matar en los cuatro días que estas funciones deben durar, mas que dos o trescientos caballos, y herir mas que a diez o doce hombres. En un circo ordinario, se podía contar con el doble.

Ahora comprenderéis los gestos y movimientos desdeñosos de cabeza de los verdaderos aficionados a la tauromaquia.

Por lo demás, ya sabemos en que divertirnos mañana; mañana hay corrida fuera de la puerta de Alcalá, esto es, en el circo ordinario, y todo Madrid siente con anterioridad una impaciencia febril.

Y si me permitís decíroslo, señora, nosotros la sentimos también como si fuésemos verdaderos madrileños.

Mientras tanto hemos visitado el puente de Toledo; peregrinación que habíamos votado, oyendo cantar a Alejandro en el camino.

Cuando pasa mi Manola
por el puente de Toledo
con su mantilla cruzada
y su rumbo sandunguero,
ni la reina que la iguale
en lo airoso ni en lo bello

¡Ay! señora; el puente de Toledo siempre está allí; pero no está allí Sabina, y en vano hemos buscado a la bella Manola, que había enloquecido al pobre Castibelza.

Hay otra cosa además que tampoco hemos encontrado y es el Manzanares: con todo no sería malo que se le oyese una vez siquiera como hacen los ríos. Entre nosotros, cuando se ejercen funciones públicas, no se sale de casa sin decir a donde se va.

Yo, que ejerzo funciones públicas, señora, doy el ejemplo, y os anuncio en alta voz, a fin de que vuestro huésped lo oiga, que os dejo para ir a comer a la embajada.

Todos nuestros compañeros van comer a casa de Lardi, dirigidos por Teófilo Gautier, a quien han encontrado errante por estas calles, y que ha pretendido conocer mejor la España que los mismos españoles.

En consecuencia, les ha pronosticado que comerán muy mal.

Madrid 11, por la mañana

Por fin, señora, ya ha pasado la terrible emoción que nos había prometido la corrida de toros. Uno de nosotros ha palidecido, otro se ha puesto malo a su vista; los otros cuatro han permanecido firmes y como pegados a sus asientos como aquellos antiguos romanos que, los galos vencedores, tomaron por los dioses del capitolio.

Allí he visto a nuestro joven príncipe; ha estado afectuoso como siempre, y no ha cesado de dirigir a todos palabras llenas de amabilidad. Mis amigos se admiraban de que un príncipe tan joven tuviese ya esa encantadora flexibilidad de palabras, que halla luego lo que a cada uno conviene decir. Sólo la felicidad inspira tan temprano ese tino, ese particular talento, y el duque de Montpensier, me parecía ayer tarde el príncipe más dichoso del mundo.

Yo os describiría de buena gana estas fiestas, señora, si algunos periódicos no hubiesen anunciado que yo partía como historiógrafo oficial de S. A. Podéis leer todas esas bellas cosas en una carta que mi amigo Achard acaba de comunicar a la Época. Porque debo deciros, señora, que en España hay tantos parisienses como españoles; además, salís aquí en un hermoso día, y al ver tantas mantillas, tantos ojos negros como nunca habréis visto indudablemente, al oír ese leve silbido de los abanicos que agita eternamente el aire de Castilla, creeríais hallaros en Francia.

Después de mi visita a la embajada, mis dos primeras visitas fueron a dos buenos amigos míos que vos conocéis de nombre. El uno de ellos es el cortés Roca de Togores, que será ministro algún día; el otro el duque de Osuna, que lo hubiera sido ya probablemente si hubiera querido serlo.

Roca de Togores es uno de los primeros poetas y de los hombres más espirituales de España. La España tiene el buen gusto de creer que sus poetas no son buenos solamente por escribir poesías, y que sus hombres de talento no lo son sólo por decir palabras escogidas y elegantes. Roca de Togores ha correspondido a esta confianza, haciéndose uno de los hombres más populares de España.

El duque de Osuna es uno de esos pocos señores que quedan ya en las sociedades modernas. Trece o catorce veces grande de España, adornado con más condecoraciones de las que puede soportar su pecho, es el último de su raza y representa las tres casas gigantescas que han venido a unirse en la suya; Lerma, Benavente e Infantado. Sus abuelos, en ciento cinco años no han

cesado de seguir las huellas del trono, y algunas veces se han sentado sobre el mismo trono. Como el Ruy Gómez de Silva del Hernani, tiene a sus pies a todos los duques, y toca con la frente a todos los reyes, sus rentas son inmensas, tanto que dicen que ignora el número a que ascienden. Sus propiedades cubren la España y Flandes. Tiene en los Países Bajos, los más bellos castillos, y en España fortalezas donde, suponiéndole rebelde, como es estimado y respetado, podría durante un año con sólo armar a sus criados, hacer frente a todos los ejércitos españoles. Por último, es señor de infinidad de llanuras, de cadenas de montañas, de bosques; y en estos bosques, escuchad bien esto; es señor, ¿lo creeréis? señor de bandidos, porque de siete bandidos es propietario, digámoslo así, no capitán como vos habréis creído.

He aquí como Osuna ha adquirido esta singular propiedad.

Cuando, hace tres o cuatro años, quedó destruido el robo en España, unos sesenta ladrones escaparon de la destrucción; treinta o cuarenta se refugiaron en las gargantas impenetrables de la Sierra, ocho o diez entre Castro de Río y Alcandete, y el resto entre los bosques de la Alamina, pertenecientes al duque de Osuna.

Por algún tiempo, los guardas de Osuna, estuvieron atormentando a los bandidos, y estos, gente poco sufrida, a los guardas; hubo tiros, balas perdidas entre los árboles, pero también se hallaron otras en el pecho de los cadáveres. Este estado era intolerable; sobrevino un armisticio, que quedó establecido bajo las bases siguientes.

-Habrá treguas entre los ladrones y los guardas.

-Los guardas no inquietaron a los ladrones; estos por su parte no detendrán a ningún viajero, notoriamente conocido como pariente, amigo o portero del señor duque de Osuna.

-El cura de la aldea situada en medio del bosque, tendrá la misión de confesar, administrar y enterrar a aquellos ladrones que naturalmente o por accidente, pasasen la otra vida.

En virtud de este convenio, el cura confesó, administró y enterró a un buen grado a los ladrones que, de diez que eran, quedaron reducidos definitivamente a siete.

Un día, o más bien una noche, estando los ladrones en acecho vieron venir hacia ellos a la marquesa de Santa C...

Permitidme que os diga de paso, señora, que la marquesa de Santa C... es una de las mujeres más hermosas de Madrid, y cuando se dice que es una de las mujeres más hermosas de Madrid, se entiende que es una de las mujeres más hermosas del mundo.

La marquesa de Santa C... iba pues, en su coche, caminando al trote largo de su tiro, y sin sospechar nada, cuando de repente se presentaron siete escopetas a la espantada vista del cochero y del lacayo. El coche se paró.

La marquesa sacó la cabeza por la portezuela, vio de lo que se trataba y entró en cuidado.

Los ladrones se aprovecharon de su aturdimiento para robarla; pero esto se hizo con tales miramientos, que se conocía fácilmente que los ladrones procuraban mostrarse dignos, enteramente, del patrocinio que se les había concedido.

Terminada la operación, los ladrones dijeron por señas al cochero que continuase su camino.

La marquesa volvió en sí, al sentir rodar el coche.

Estaba sana y salva; pero los ladrones la habían robado todo, hasta su último real, hasta su última joya.

La marquesa, llegando a Madrid, corrió a anunciar a Osuna el acontecimiento de que acababa de ser víctima.

-¿Les dijisteis, señora, que yo tenía el honor de ser vuestro primo? preguntó Osuna.

-No pude decirles nada; estaba desmayada, respondió la marquesa.

-Muy bien.

-¿Cómo muy bien?

-Sí, yo me entiendo: volved a vuestra casa, marquesa, y esperad allí noticias mías.

Ocho días pasaron sin que las noticias prometidas por Osuna llegasen a la señora de Santa C...

El noveno día, recibió ella el recado de pasar a casa de su primo.

Osuna la esperaba en su gabinete con un hombre desconocido.

-Querida marquesa, dijo Osuna precediéndola y conduciéndola cerca de una mesa, sobre la cual había un saco de dinero y un montón de alhajas: ¿queréis decirme que suma llevabais cuando os robaron en vuestro coche?

-Cuatro mil reales.

-Contad, dijo Osuna presentándola el saco; o más bien yo mismo voy a contar. Vuestras manos son demasiado lindas para que las manchéis tocando una moneda tan grosera.

Osuna contó el dinero contenido en el saco, y no faltaba en él un solo maravedí.

-Ahora, querida marquesa, continuó, examinad esas joyas, y ved si está completa la cuenta.

La marquesa examinó brazaletes, cadenas, relojes, sortijas, broches, collares, y no echó de menos ni un alfiler.

-¿Pero quién os ha devuelto estas cosas? preguntó la marquesa.

-El señor, respondió Osuna mostrándola al hombre desconocido.

-¿Y quién es ese caballero?

-Ese caballero es el jefe de los bandidos que os detuvieron. Me he quejado a él; le he dicho que erais prima mía, y se ha desesperado porque no se lo dijisteis vos misma, pues a haber sido

así, en lugar de detener a usted, la hubiera, por el contrario, proporcionado una escolta, si usted la hubiera necesitado. Él la ofrece a usted las más sinceras y respetuosas excusas.

El bandido se inclinó.

-Vamos, continuó Osuna, haya misericordia, perdónele usted.

-¡Oh! con todo mi corazón, dijo la marquesa, pero con una condición.

-¿Cuál es? preguntó el duque.

El bandido fijó en la marquesa su ojo inquieto e inteligente.

-Con la condición, continuó la marquesa separando de entre las joyas un simple anillo de oro, con la condición de que exceptuando esta pequeña sortija que tomo para mí, porque perteneció a mi madre, el señor volverá a llevarse todo lo que ha traído.

El bandido quiso poner algún reparo.

-Sólo a este precio perdono, continuó la marquesa.

-Amigo, dijo el duque; mi prima es muy tenaz, pasad por todo lo que ella quiera, yo se lo aconsejo.

El bandido sin responder una sola palabra, recogió el dinero y las joyas, hizo un saludo y salió.

Cuando la marquesa entró en su palacio, se la dijo que había ido un hombre a él y había dejado un paquete dirigido a ella.

La marquesa abrió el paquete; contenía las joyas y el dinero.

No había medio de perseguir al bandido en los bosques de la Alamina, y la marquesa tuvo que tomar a la fuerza lo que la pertenecía.

Desde este día no se ha cometido ninguna falta de este género, y el duque de Osuna no tiene ninguna cosa que echar en cara a los ladrones.

Ahí tenéis lo que es un gran señor de España, señora; ya veis que se parecen muy poco a nuestros pequeños señores de Francia.

Antes de dejarme, el duque me ha convidado a almorzar con él mañana. Según me ha dicho, me prepara una sorpresa.

Tranquilizaos, señora, pues si, como no dudo, esta sorpresa vale la pena, os daré parte de ella.

Esta mañana ha despertado Madrid como en un día festivo. Todos los teatros y todas las plazas que habíamos visto desiertas ayer, llegando a las seis de la mañana, estaban, los unos llenos de actores, las otras de espectadores.

Dependía esto de que en cada teatro alternaba a su vez la danza nacional de cada una de las catorce grandes provincias de España: Cataluña, Valencia, Aragón, Andalucía, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, León, Galicia, Asturias, Navarra, Mancha y Vizcaya.

Todos los danzantes, hombres y mujeres, con las castañuelas en las manos, llevaban trajes nacionales, que en España, como en todas partes van desapareciendo de día en día; pero que, por esta circunstancia, reaparecían en toda su pureza nativa.

Cada grupo de danzantes era realmente del país que representaba.

Allí hubierais podido admirar ese extraño sentimiento de color que la naturaleza ha puesto en el ojo armonioso de esos hijos del sol. ¿Habéis notado una cosa, señora, y es que cuanto más se camina del mediodía al norte, tanto más pierden de su valor los tonos de los trajes, hasta que, en fin, bajo latitudes elevadas, se degradan enteramente? Rubens, ese pintor de nombre y corazón de fuego debió ser muy dichoso, cuando enviado a España como embajador, vio desplegarse a sus ojos el magnífico arco iris que forma la población variada de Madrid. Allí, cada traje parece una paleta cargada de los tonos más atrevidos, sin ocultarse jamás. Si se pudiese ver las calles de Madrid, pasando a vuelo de Pájaro a un cuarto de legua por encima de ellas, estoy seguro de que se las tomaría por un inmenso parterre estrellado de flores.

Como no hay en Madrid bastantes danzarines para bailar en todos los tablados a la vez, cuando un grupo ha hecho en una calle o en una plaza el número de figuras que debe ejecutar, echa a andar, con la música a la cabeza, en busca de otro teatro y de otros espectadores.

Entonces; por todo su camino, las ventanas y balcones se guarnecían de cabezas de mujeres escotadas, de cabellos lisos y brillantes como las alas del cuervo; sobre sus cabellos, de un negro azulado, resaltaba alguna rosa encendida, alguna camelia color guinda o algún clavel carmesí. Una mantilla cubría todo esto sin ocultar nada, y en sus manos llevaban abanicos que formaban un leve ruido, y abriéndolos o cerrándolos sin cesar entre los dedos afilados, que los movían con una increíble destreza, y una adorable coquetería.

Sin embargo, el teatro abandonado no permanece desierto por mucho tiempo; a las danzas suceden los combates; moros cubiertos con turbantes y armados de cimitarras; caballeros con capotas azules, bonetes con plumas y espadas de cruz, como se llevaban hace veinte años en la Alegría y en el Ambigú figurando los unos, soldados del rey Boabdil, los otros los cruzados del rey Fernando, se apoderan de los tablados y representan mal o bien la toma de Granada y las hazañas del gran capitán. Para animarlos, una música compuesta de tambores y de trompetas resuena incesantemente chillona y bárbara, de modo que cree uno asistir a la toma de Jericó más bien que el sitio de Granada.

En otros estrados, vimos chinos con sombreros como pagodas, sus ojos remangados, sus largos mostachos y sus vestidos delicados y llenos de cascabeles. Pero diré en obsequio de la verdad que los honores de la fiesta, pertenecían en general a los moros y a los danzantes. Los chinos, sin estar del todo abandonados, me parecieron un poco viejos, aun en España.

Por medio de esta población fibrosa, cruzada a cada instante por carruajes que parecían sacados de las caballerizas del rey Luis XIV y que pasaban ruidosos, tirados por mulas o caballos empenachados, llegamos a la iglesia de Atocha, donde ordinariamente se celebran los casamientos de los infantes e infantas de España.

Nunca creo se habrá visto tanta gente en tan pequeño espacio, ni ha brillado tanta riqueza en los trajes de corte.

En medio de este lujo que recordaba a los antiguos dueños de la India y del Perú, nuestros dos jóvenes príncipes se hacían notar por una sencillez enteramente militar. Llevaban ambos el uniforme de mariscales de campo, calzón blanco, botas a lo escudero, gran cordón rojo en aspa; y el toisón de oro al cuello.

La de S. A. el duque de Montpensier era de diamantes.

La reina estaba graciosamente encantadora; la infanta resplandeciente de belleza.

Os había dicho que no os contaría nada de todas estas maravillas, señora, y en vez de cumplir la condición que me había impuesto yo propio, me dejo llevar sin conocerlo a hacer descripciones sin fin.

Me contentaré, pues, con deciros que a las dos, el patriarca de las Indias pronunció y echó la bendición nupcial.

Salimos de templo, después que le hubo abandonado la multitud no menos numerosa que a la entrada. Agua de Benjuí, con su traje de Says, llamaba especialmente la atención general.

Esta admiración hizo que nos retrasásemos algo a nuestra vuelta, porque teníamos prisa para cambiar de trajes e ir a ver la corrida. La corrida era a las dos y media, y este es acaso el único espectáculo en que jamás se hace esperar al público, ni aun por la reina.

Mandé al cochero que saliese del Prado, todo lleno de preparativos de iluminaciones y de fuegos artificiales, y que tirase por las calles menos frecuentadas. Teníamos que vestirnos, o más bien que desvestirnos.

A las dos y cuarto, llegamos a casa de Monier, a las dos y media estábamos prontos a subir al coche, cuando una disputa con nuestro cochero, que no quiso nunca permitir a cinco en su vehículo, vino a complicar nuestra situación, dejándonos en la calle.

Sería necesario ir a pie hasta la puerta de Alcalá, y desde la casa de Monier hasta la puerta de Alcalá hay un buen cuarto de legua: había aunque se fuese corriendo, lo menos diez minutos de camino.

Presenta Madrid un espectáculo verdaderamente curioso, señora, un día de corrida de toros. Con razón pudiera decirse que es un río desbordado rodando por una pendiente. Aquellas almas que vio Dante, después de haber traspasado el umbral desesperado del infierno, y que el viento impedía delante de él como un torbellino de hojas, no cruzaban el espacio más velozmente que esta multitud a quien tantos espectáculos podían divertir, y que sin embargo corría a disfrutar de su espectáculo favorito. Toda la calle de Alcalá, ancha, y terminada por una puerta casi tan gigantesca como nuestro arco triunfal de la Estrella, parecía un campo de hombres y de mujeres, apiñados como las espigas y encorvados todos hacia el lado a donde les empujaba el viento de la curiosidad.

Para este gran día, habían salido de sus cocheras brillantes carruajes y modestos calesines en tal número como en ninguna parte se ve. Entre las hileras de los coches, entre las olas del pueblo,

cruzaban sin causar daño alguno los paisanos de las cercanías de Madrid a caballo, con la carabina en el arzón de la silla, y de tan mal aspecto como si tratasen de conquistar y no de pagar el lugar que iban a buscar en el circo. En medio de todo este conflicto de pisotones y codazos, de coches macizos, de calesines de inmensas ruedas, de caballeros en sus jacos andaluces, el ómnibus pasaba con singular rapidez cargado de tantos curiosos como podía contener no solo su interior, sino su imperial, surcando aquellas olas humanas como Leviatán hace con el mar.

Nosotros detuvimos un coche que pasaba y que no llevaba aún más que cuatro personas. Arrojamos dos duros al cochero que quería oponerse a nuestra invasión, ignorando hasta qué punto esta invasión le sería provechosa, y que encantado de nuestra generosidad nos introdujo en su vehículo como pudiera hacer un panadero con seis panes, gritando a los primeros viajeros: ¡estrecharse! ¡estrecharse!

Llegamos a la puerta de Alcalá. Nuestra locomotiva se detuvo delante de un vasto monumento que se asemeja a un pastel bajo de forma, saltamos a tierra y el último estaba todavía en el aire cuando el coche había ya partido rápidamente en busca de otros curiosos.

Apresuramos el paso; yo hubiera deseado ver antes de entrar en el circo, la capilla donde se dice la misa mortuoria, la enfermería con sus dos médicos, la sacristía con su sacerdote, los unos prontos a socorrer a los enfermos, los otros a confesar a los moribundos; pero no tuvimos tiempo; oímos los timbales que anuncian que el alguacil acaba de dar al mozo del circo la llave del toril y corrimos adentro inmediatamente. Entregamos nuestros billetes; entramos por una ancha puerta y con una de esas emociones que se experimentan siempre que uno va a ver una cosa desconocida y terrible, subimos la escalera que conducía a nuestra galería.

Acaban de decirme que son las siete; es preciso que me vista de ceremonia. El señor duque de Rianzares ha tenido la bondad de convidarme ayer a la ceremonia que debe tener lugar en la capilla real y he recibido esta mañana una carta que renueva esta invitación.

Mañana, o esta noche, señora, podré describiros la corrida de toros.

Madrid, 12 por la noche

Vivimos, señora, en medio de un torbellino tal, que han pasado cuarenta y ocho horas sin tener un momento para escribiros. Preciso es deciros también que estas cuarenta y ocho horas han pasado como un mirage perpetuo, durante el cual no diré que he visto, pero he creído ver fiestas, iluminaciones, corridas de toros, danzas: todo esto desapareciendo con la rapidez de esas decoraciones que aparecen y se mudan al tocar el silbato el maquinista.

Nos dejasteis, señora, apretándonos, empujándonos, estrujándonos en uno de los corredores sombríos y ascendientes, de esta moderna torre de Babel que se llama plaza de toros.

Al extremo de este corredor encontramos la luz.

Nos detuvimos, desvanecidos, ciegos, vacilantes, deslumbrados.

Y esto porque el que no ha visto la ardiente España no sabe lo que es sol; el que no ha oído el rumor de un circo, no sabe lo que es ruido.

Figuraos, señora, un anfiteatro parecido al Hipódromo, pero conteniendo veinte mil almas, en vez de quince mil, colocadas en graderías, que cuestan más o menos, según que los billetes sean de sombra, de sol y sombra o sólo de sol.

Los espectadores que tienen billetes de sol, son aquellos que, como ya comprenderéis, deben estar expuestos al calor de un sol ardiente, durante el espectáculo.

Los que tienen billetes de sol y sombra, son aquellos a quienes el movimiento diurno de la tierra debe proteger por espacio de cierto tiempo, contra la acción del sol.

En fin, los que tienen billetes de sombra, son aquellos que, desde el principio de la función hasta el fin, deben permanecer a cubierto del sol.

Nosotros llevábamos billetes de sombra.

Nuestro primer movimiento, entrando en este círculo de fuego, fue retroceder un paso, espantados. Nunca habíamos oído tantos gritos, ni visto agitarse tantos parasoles, tantas sombrillas, tantos abanicos, tantos pañuelos.

He aquí el aspecto que presentaba la arena cuando llegamos.

Estábamos justamente enfrente de la puerta del toril. El volante del circo, que acababa de recibir de manos del alguacil la llave de esta puerta, toda llena de cintas, corría hacia ella; a la izquierda del toro que iba a salir, estaban montados en sus sillas árabes, con la pica en ristre, los tres picadores. El resto de la cuadrilla, esto es, los chulos, los banderilleros y el torero, estaban a la derecha, dispersos en la arena, como peones en batalla en el juego de ajedrez.

Digamos en primer lugar lo que son el picador, el chulo, el banderillero y el torero, pues trataremos de hacer comprender a nuestros lectores el teatro en que van a representar.

El picador, a nuestro modo de ver es el que de todos corre más peligro, es el hombre a caballo, que, con una lanza o pica en la mano, espera la embestida del toro. Esta lanza no es un arma, sino solamente un aguijón. El hierro de la punta, no tiene más que la longitud necesaria para herir la piel del animal, esto es, para que la herida que hace el picador no pueda nunca tener otro resultado que doblar la cólera del toro, y exponer al hombre y al caballo a un ataque tanto más vivo cuanto más violento ha sido el dolor.

El picador corre dos peligros: el de ser ensartado por el toro, y el de ser arrojado por su caballo.

Hemos hablado de la lanza, que es su arma ofensiva: no tiene por armas defensivas más que piernas de hierro, que suben hasta la mitad del muslo, y cubiertas de un calzón de ante.

Los chulos son los que, con una capa verde, amarilla o azul en la mano, andan cerca de los picadores, agitando esta capa a los ojos del toro, cuya cólera está pronta a satisfacerse en un caballo derribado o en un picador desmontado.

El oficio de los banderilleros es hacer que no se resfríe la cólera del toro. En el momento en que el toro fugitivo, desvanecido o fatigado, vuelve sobre sí mismo, le plantan aquellos en los

costados banderillas, compuestas de varillas cubiertas de papel de colores, picado, como el que los muchachos ponen en la cola de una cometa. Estas banderillas penetran por medio de una punta de hierro que hace la figura de un anzuelo.

El torero es el rey de la escena: a él es a quien pertenece el circo, es el general que dirige toda la batalla, el jefe a cuyas órdenes todos obedecen sin chistar; el toro mismo, sin duda, está sometido a su poderosa influencia; el torero le lleva donde quiere, con ayuda de los chulos. Y cuando llega la hora del último duelo entre él y el toro, este viene a caer a sus pies herido por el terrible estoque sobre el terreno que aquel ha elegido, reservándose todas las ventajas de la sombra y del sol.

Si la querida de un torero está en el circo, siempre va a morir el toro en el sitio de la arena más próximo a ella.

Hay en cada corrida, dos o tres picadores de refresco, para el caso en que salga herido alguno de los que hay en plaza, lo mismo sucede con los chulos e igualmente con los banderilleros.

No es fijo el número de toreros, en esta corrida había tres: Cúchares, Lucas Blanco y el Salamanquino

Cúchares es el de más fama de los tres.

Todos, picadores, chulos, banderilleros, toreros, estaban vestidos con maravilloso lujo. Las chaquetillas eran de color, unas verdes, otras azules, otras encarnadas, y todas bordadas de oro y plata. Los chalecos, bordados como las chaquetillas, y de brillantes colores, acompañaban armoniosamente al resto del traje. Los calzones eran de punto, la media de seda y el zapato de raso.

Una faja de vivos colores los ceñía, y una elegante moña adornaba su cabeza cubierta con una montera negra ricamente bordada.

Ahora, pasemos de los actores al teatro.

Alrededor de la arena, majestosa como un circo del tiempo de Tito o de Vespasiano, se levanta una cerca de madera de seis pies de altura, que forma el círculo en que están encerrados todos los personajes que acabamos de describir.

Esta cerca, que se llama el olivo, está pintada de encarnado en su parte superior, de negro en la inferior. Ambas partes desiguales en la extensión están separadas por un madero horizontalmente colocado, que sirve de estribo a los chulos, banderilleros y toreros, que se ven perseguidos por el toro. Colocan allí un pie, y con ayuda de las manos, saltan la barrera. Esto se llama tomar el olivo; muy raro es que el torero recurra a este último medio; procurará librarse de él sin duda, pero consideraría como una vergüenza huirle.

Del lado de allá hay otra barrera; ambas cercas forman una especie de corredor, al que saltan los chulos y banderilleros, cuando llega el caso, y en donde están el alguacil, los picadores sobresalientes, el cachetero y los aficionados que tienen entrada allí.

Digamos algo acerca del cachetero. El cachetero es un verdugo de los toros y su oficio es casi infamante. Cuando el toro ha caído bajo la espada del torero, y sin embargo, brama y echa

espumarajo todavía, el cachetero salta a la plaza, se desliza tortuosamente como el gato y el chacal hacia el rendido animal, y traidoramente le hiere. El golpe se da con un puñal de forma de corazón; separa ordinariamente la segunda vértebra del cuello de la tercera, y el toro cae como herido de un rayo.

Cumplida la ejecución, el cachetero vuelve a cruzar con su paso oblicuo, salta la barrera y desaparece.

Esta primera barrera no es siempre un refugio seguro. Hay toros saltadores que con la misma facilidad con que uno de nuestros caballos de carrera salta un vallado, salva la barrera; yo he visto en estas fiestas reales saltar a un toro tres veces la barrera.

Cuando esto sucede, con la misma agilidad con que han saltado antes de la arena a la barrera, saltan de la barrera a la arena; el mozo del circo abre entonces una puerta, y el toro que da vueltas furioso por aquel breve espacio, sale viendo el camino que se le abre, y entra de nuevo en la liza, donde le esperan sus enemigos.

También, algunas veces la arena se divide en dos. Esto sucede cuando la plaza es grande, como por ejemplo la plaza Mayor donde ha habido a la vez dos corridas, aconteciendo un día que los dos toros saltaron a la vez la barrera, corrieron uno sobre otro, se encontraron por fin y se mataron.

Esta barrera tiene cuatro puertas, situadas en los cuatro puntos cardinales; dos de ellas dan entrada a los toros vivos, las otras dos a los muertos.

Detrás de la segunda barrera se eleva el anfiteatro, cargado de gradas y estas de espectadores; la música está colocada encima del toril; el toril es el encierro de los toros.

Los toros que deben correrse, tienen generalmente sus pastos en los lugares más solitarios, son traídos durante la noche a Madrid, y conducidos al toril donde cada uno halla su establo particular.

Además, para irritarlos, ningún alimento se les da, en las diez o doce horas que llevan de prisión.

En el momento de salir, para irritar más al toro, le introducen rápidamente un hierro, con una divisa donde se ven los colores de su propietario o propietarios.

Esta divisa es el objeto de la ambición de los picadores y chulos, dar a una querida una divisa, es hacerla un gran presente.

Después de lo que acabáis de leer, señora, permitid que vuelva al espectáculo.

Estábamos, como tuve el honor de deciros, justamente frente al toril. A nuestra derecha teníamos el palco de la reina, a nuestra izquierda el ayuntamiento.

Nosotros todos mirábamos lo que nos rodeaba con la angustia de la espera y con el rostro pálido y vista confusa.

Yo tenia a mi izquierda a Roca de Togores, ese amable poeta de que ya os he hablado; a mi derecha a Alejandro, a Maquet y a Boulanger.

Giraud y Desbarolles, en completo traje andaluz, estaban de pie.

. . . . . .

Por fin, apareció el toro, anduvo unos diez pasos y se detuvo como cortado, desvanecido por la luz, aturdido por el ruido.

Era este un toro negro de los colores de Osuna y Veraguas .

Su boca estaba blanca de espuma, sus ojos parecían dos rayos de fuego. Confieso por mi parte que el corazón me latía como si fuese a presenciar un duelo.

-Buen toro, ¡mirad! me dijo Roca.

El toro, como si quisiese realizar la profecía de Roca se precipitó hacia el primer picador, alzando en alto su caballo y sepultándole una de sus astas en el corazón.

El picador comprendió que su caballo estaba perdido; asiose con las dos manos a la barrera, abandonando con viveza los estribos.

Al mismo tiempo que su caballo caía, saltaba él la barrera.

El caballo procuraba levantarse, la sangre en tanto corría de su pecho por dos anchos boquetes. Vaciló un instante, enseguida inclinó la cabeza; el toro se cebó entonces en él, haciéndole mil heridas.

-¡Bueno! me dijo Roca, ¡excelente toro! vamos a ver una corrida magnífica.

Me volví hacia mis compañeros, Boulanger no manifestaba la mayor emoción, pero Alejandro estaba pálido y Maquet enjugaba su frente en cubierta de sudor.

El segundo picador, viendo al toro cebarse en la agonía del caballo, se dirigió a él.

Aunque con los ojos vendados, el caballo se encabritó; parecía que instintivamente conocía que su dueño le llevaba a la muerte.

El toro, viendo aquel nuevo antagonista, arremetió con él; lo que pasé entonces fue rápido como el pensamiento; el caballo retrocedió impelido por el toro, y cayó con todo su peso sobre el pecho de su caballero.

Nosotros oímos, si así puede decirse, el crujido de los huesos.

Entonces resonó un hurra universal; veinte mil voces gritaron: ¡bravo toro! ¡bravo toro!

Roca gritaba también, y ¡cómo soy! que yo mismo me dejé arrastrar del griterío y como Roca: ¡bravo toro! clamé a mi vez.

En efecto, el animal estaba soberbio; su cuerpo negro, la sangre de sus dos adversarios que le corría por todo él, como una mantilla de púrpura; hacían terrible su vista.

-¿Eh? dijo Roca; ¿no os había dicho yo que era un buen toro?... ¿un toro pegajoso?...

Y así era en efecto; no solo se encarnizaba en el caballo sino que aun debajo de él buscaba al picador.

Cúchares, que era el torero de esta corrida, hizo una señal y toda la tropa de los chulos y banderilleros envolvió al toro. En medio de esta tropa que él dirigía, estaba Lucas Blanco, otro torero que ya he nombrado, joven de veinticuatro a veinticinco años, buena figura, que mata hace solamente unos dos años.

Él se degradaba juntándose a los chulos, pero el entusiasmo lo arrebataba hasta aquel punto.

A fuerza de agitar sus capas delante del toro, los chulos consiguieron distraerle. Levantó la cabeza, miró un instante aquel mundo de enemigos, aquellas capas llameantes al sol, y se lanzó sobre Lucas Blanco, quo era el más próximo.

Lucas no hizo más que ladearse con una gracia y serenidad infinita: el toro, pues, pasó de largo.

Los chulos perseguidos por él corrieron a la barrera; el último de ellos podía sentir el aliento abrasador del toro, en las espaldas.

Así que treparon, se envolvieron en sus capas azules, rojas y verdes, asemejándose de aquella manera, a una tropa de pájaros con las alas extendidas.

Los cuernos del toro se clavaron en la barrera, y cogiendo en aquel ímpetu la capa del último chulo que saltando del otro lado se la arrojó sobre la cabeza; el animal sacó sus cuernos de la barrera, y quedó un momento cubierto con la capa roja del chulo, que se tiñó luego de sangrientas manchas.

El toro pisoteaba la capa con furia sin poder librarse de ella, pues le había quedado detenida entre los cuernos. Un instante se revolvió furioso y la capa voló en pedazos, excepto un harapo que le quedó fijo en el asta derecha como una banderola.

Cuando halló su vista libre, abrazó toda la arena con una rápida y sombría mirada.

Por cima de la barrera, asomaron de nuevo las cabezas de los chulos y de los banderilleros fugitivos, prontos a saltar a la arena así que el toro se hubiese alejado.

Sobre dos puntos paralelos, estaban sentados Blanco y Cúchares, serenos ambos, ambos mirando.

Tres hombres sacaban al picador de debajo del caballo y ensayaban el modo de ponerlo en pie. El picador vacilaba sobre sus gruesas piernas guarnecidas de hierro. Estaba pálido como la muerte, y una espuma sangrienta teñía sus labios.

De los dos caballos, el uno había muerto, el otro procuraba rechazar la muerte, a carreras por la plaza.

El tercer picador, el único que quedaba, se mantenía sobre su caballo, inmóvil como una estatua de bronce. Después de una investigación de un instante; el toro se fijó en el grupo que conducía al picador herido, púsose a arañar la arena que hizo saltar hasta el anfiteatro, olfateó el surco que acababa de hacer, dio un bufido terrible y se lanzó sobre el grupo.

Los tres hombres, que llevaban al herido, lo abandonaron y corrieron a la barrera. El picador, casi desvanecido, pero conociendo lo inmenso del peligro, dio dos pasos, batió un momento el aire con las manos y cayó haciendo un último esfuerzo.

El toro se dirigía hacia él, pero en su camino halló un obstáculo. El último picador, el único que quedaba, se había colocado entre el animal furioso y su compañero herido.

El toro, embistiéndole, dobló la pica como si fuera una débil caña y no dio más que una rápida cornada al caballo al tiempo de pasar junto a él en la embestida.

El caballo gravemente herido, se levantó sobres los pies traseros y tiró al jinete a la extremidad de la arena.

El toro pareció vacilar entre el caballo, vivo aún, y el picador que se fingía muerto.

Se lanzó sobre el caballo.

Después de haberle corneado profundamente y de haber dejado en una de las nuevas heridas que acababa de hacerle, el pedazo de capa de que hemos hablado, se volvió hacia el hombre a quien Lucas Blanco ayudaba a levantarse sobre una rodilla.

El circo aplaudía frenéticamente: los gritos de ¡Bravo, Toro! no cesaban. Algunas voces más entusiastas, la llamaban guapo mozo, querido toro.

Lanzose el toro a Lucas Blanco y al picador. Lucas Blanco se ladeó, echando su capa entre él y el herido; el toro engañado, se arrojó sobre la capa agitada.

No pude menos de mirar a mis compañeros, Boulanger estaba pálido; Alejandro, verde; Maquet como la ninfa Byblis, sumergido literalmente en agua.

Si hubiera yo tenido delante un espejo, os diría como estaba yo mismo. Todo lo que puedo deciros es, que estaba muy conmovido, que no experimentaba absolutamente nada de ese disgusto que me habían anunciado y que (así me salve cuando vea a un cocinero pronto a matar un pollo) no podía separar los ojos de aquel toro que ya había despachado así a tres caballos y herido a un hombre.

Habíase detenido el toro, no conociendo sin duda el leve obstáculo que se le había puesto y se disponía a continuar la lucha.

Lucas Blanco fue quien le presentó aún el combate, teniendo su capa de tafetán azul por toda arma ofensiva y defensiva.

El toro se lanzó a Lucas. Lucas dio un paso semejante al primero, y el toro se vio a diez pasos más lejos que él.

Durante este tiempo, chulos y banderilleros habían vuelto a bajar a la plaza; los volantes del circo habían tornado a buscar al picador, que, apoyado en ellos, ganaba la barrera andando más fácilmente.

Toda la cuadrilla movía sus capas rodeando al toro; pero el toro no tenía ojos más que para Lucas Blanco. Era una lucha entre él y este hombre, de que ningún otro ataque podía distraerle.

Cuando un toro mira a un hombre de este modo, es muy raro que no sea muerto el hombre.

-Ahora veréis, me dijo Roca tocándome el hombro; ahora veréis.

-Huye, Lucas, huye, gritaron a una sola voz todos los chulos y todos los banderilleros.

-¡Huye, Lucas! gritó Cúchares

Lucas miró desdeñosamente al toro.

El toro se fue derecho a él con la cabeza baja.

Lucas puso la punta de su pie entre las astas del toro, saltando por encima de la cabeza de éste.

Entonces no se oyeron ya aplausos, ni gritos, sino rugidos.

-¡Bravo, Lucas! ¡bien! gritaron veinte mil voces.

-¡Viva Lucas! ¡Viva! ¡Viva!

Los hombres arrojaban sus sombreros y sus petacas en la arena, las mujeres sus ramilletes y sus abanicos.

Lucas saluda a la concurrencia sonriéndose, como si hubiera jugado con una cabra.

Nuestros compañeros, aunque estaban pálidos, verdes y amoratados, aplaudían y gritaban como los demás.

Pero ni estos gritos, ni estos aplausos furiosos sacaban al toro de su proyecto de venganza. En medio de todos aquellos hombres, sólo era a Lucas a quien miraba, y todas las capas agitándose a sus ojos, no podían hacerle olvidar la capa azul celeste, la que por dos veces le había engañado.

Lanzose de nuevo contra Lucas, pero esta vez, midiendo su arremetida de manera que no se pasase de largo.

Lucas la evitó por medio de una diestra vuelta.

Pero el animal se hallaba a cuatro pasos de él.

Volvió a arremeterle sin darle tiempo pare descansar.

Lucas le echó su capa sobre la cabeza y fue retrocediendo hasta la barrera.

Tapado un instante, el toro dejó que su adversario avanzase unos diez pasos; pero la capa se hizo jiras y el toro se lanzó de nuevo a su enemigo.

Esta es una cuestión de agilidad. ¿Llegaría Lucas a la barrera antes que el toro? ¿Cogería el toro a Lucas antes de que éste ganase la barrera?

Lucas puso el pie encima de un ramillete, el pie resbaló sobre las flores húmedas y cayó.

Resonó un gran grito dado por veinte mil voces, al cual sucedió un profundo silencio.

Pasome como una nube delante de los ojos; en medio de esta nube vi a un hombre lanzado a quince pies de altura.

Y, cosa extraña, en medio de este desvanecimiento distinguí hasta los adornos más insignificantes de traje de Lucas. Su chaqueta azulada, bordada de plata, su chaleco de color de rosa con botones de filigrana, su calzón blanco, todo recamado por las costuras.

Lucas volvió a caer. El toro le esperaba, pero otro adversario esperaba al toro.

Era el primer picador; vuelto a montar en su caballo de refresco, que, entrando en la plaza, puso una vara al animal, en el momento en que bajaba los cuernos hacia Lucas.

El toro, sintiéndose herido, levantó la cabeza; y como si hubiese estado seguro de volver a encontrar a Lucas en el sitio en que le dejaba, se lanzó al picador.

Apenas se hubo separado de Lucas, cuando éste se levantó y saludó al público riéndose. Por un milagro los cuernos habían pasado a los dos lados de su cuerpo; sólo la frente del animal era la que le había arrojado al espacio.

Por otro milagro también, había vuelto a caer sin hacerse ningún daño.

Un inmenso rumor de alegría se dejó oír en todo el circo; acababan de recobrar la respiración veinte mil personas.

Maquet estaba casi desmayado; Alejandro poco más o menos y pedía un vaso de agua.

Se le llevó; bebió algunas gotas, volviéndole lleno hasta las tres cuartas partes.

-Echad esto al Manzanares, dijo, que no le vendrá mal.

En este momento se oyó un gran rumor: sonaron las trompetas.

Perdón, señora, pero hay dos horas inexorables: la hora del correo y la hora de la muerte. La una me apremia; soy vuestro hasta la otra.

Madrid, 13 de octubre

Hemos dejado, si mal no me acuerdo, señora, al pobre Lucas Blanco, milagrosamente vivo, saludando al público en medio de aplausos universales; al toro delante del picador llegado a su socorro, y por último a las trompetas sonando y anunciando algún notable e imprevisto suceso.

Este notable e imprevisto suceso, era la llegada de la reina madre.

La reina madre, esa graciosa y encantadora mujer que vos habéis visto en París, gusta de las corridas de toros como podría gustar de ellas una simple marquesa. Parecía no querer presenciar las demás fiestas y corría ahora a tomar parte en el terrible espectáculo que nos agitaba.

Apenas fue anunciada su llegada, cuando apareció en su palco como por encanto.

Entonces dejó de atenderse al espectáculo, todas las miradas se fijaron en el palco real.

La cuadrilla vino a colocarse en columna enfrente de él. Cúchares, el Salamanquino y Lucas Blanco estaban al frente.

Detrás venían los tres picadores; el herido, que habíamos creído muerto, se hizo colocar sobre otro caballo, y a no haber sido por su extraña palidez, se hubiera creído que nada le había sucedido.

Detrás de los picadores, venían los cuatro chulos, detrás de estos los banderilleros y últimamente los mozos de la plaza.

El cachetero solamente faltaba en la cuadrilla.

El toro, de espaldas al palco del ayuntamiento, miraba estúpidamente esta procesión, que por otra parte no se inquietaba por él más que si tal toro no hubiese existido.

La cuadrilla fue avanzando al son de la música, hasta que por último hincó la rodilla en tierra delante de la reina.

La reina los dejó permanecer algún tiempo en aquella posición, como para dar lugar a manifestar que admitía el homenaje; luego hizo señal de que se levantasen.

Todos entonces se pusieron en pie y saludaron; enseguida a una segunda señal, rompieron filas, los picadores bajaron las picas, los chulos sacudiendo las capas, los banderilleros como preparándose a buscar las banderillas.

Durante este tiempo, el toro, por no dejar pasar en balde el tiempo sin duda, había vuelto a embestir con el pobre caballo, que nosotros creíamos muerto y que él sintió vivo a pesar de todo; le había levantado entre los cuernos, y, le paseaba sobre su cuello.

El caballo, haciendo su último esfuerzo, erguía la cabeza y dejaba percibir una postrera queja, que no tuvo fuerza suficiente para aspirar a los honores de relincho.

Cuando el toro vio que sus enemigos volvían al ataque, sacudió de encima el caballo con presteza y brío.

El caballo cayó, enseguida volvió a ponerse en pie en un desesperado esfuerzo de agonía, y vacilando fue a dejarse caer cerca del toril.

El toro le miró alejarse.

-Oíd bien esto, me dijo Roca, y luego me diréis si entiendo o no de tauromaquia. Ese toro ha de ir a morir junto al caballo que acaba de venir a tierra. Os repito que es un verdadero toro pegajoso.

El toro había muerto tres caballos y herido dos. El alguacil hizo seña a los picadores de que se alejasen.

Los picadores fueron a colocarse en un extremo del circo, enfrente del toril, y se apoyaron los tres en el olivo, con la cabeza vuelta hacia la plaza.

Los chulos principiaban a agitar sus capas, el toro se puso en movimiento y las huidas comenzaron. Tres o cuatro veces los persiguió hasta la barrera, proporcionándonos un espectáculo vistoso, pues tal le ofrecían aquellos hombres corriendo con las capas extendidas por cima de la cabeza.

Un banderillero apareció con un par de banderillas entonces; sus tres compañeros le seguían del mismo modo.

La suerte de banderillas no está bien hecha sino se colocan aquellas a la vez entre costado y costado; cuanto más paralelamente quedan colocadas mejor es la suerte.

Los chulos dirigieron al toro con el auxilio de las capas hacia el banderillero, éste le puso ambas banderillas, y al mismo tiempo, del vientre de cada una de ellas, salió una bandada de cinco o seis pájaros. Algunos de ellos aturdidos, no acertaron a tomar vuelo, y fueron a colocarse sobre la arena.

Inmediatamente, y a riesgo de ser hechos pedazos por el toro, cinco o seis personas se lanzaron de la barrera a cogerlos.

Pero éste empezaba visiblemente ya a perder la cabeza, ya no perseguía a los chulos con la tenacidad que antes; dejábase distraer de un enemigo por otro y sus cornadas eran inseguras y al aire.

Otro banderillero apareció al instante; a su vista el toro pareció calmarse, pero con el objeto de asegurar su venganza. Sin duda reconoció en las manos del nuevo adversario los crueles instrumentos que acababan de herirle, porque partió embistiendo al banderillero decididamente.

El banderillero le esperó con las terribles saetas en la mano, pero no pudo clavar más que una en el lomo del animal; un ligero grito se oyó al mismo tiempo; la capa del banderillero se tiñó de púrpura, su mano se cubrió de sangre, cada uno de sus dedos goteaban. El cuerno acababa de atravesarle por la parte superior del brazo.

Ganó la barrera, sin permitir que se le sostuviese; pero en el momento en que se preparaba a saltarla, se desmayó. Nosotros le vimos meter entre barreras con la cabeza echada para atrás y sin conocimiento.

Era éste bastante desastre para un solo toro; la trompeta tocó a matarle.

Entonces todos se separaron. La lid, pertenecía al torero.

El torero era Cúchares.

Cúchares se adelantó; era un hombre de treinta y seis a cuarenta años, de estatura regular, delgado, de piel pecosa y de color atezado; este es, sino uno de los toreros más hábiles, los españoles le prefieren a Montes y al Chiclanero, por lo menos uno de los más atrevidos. Cúchares hace enfrente del toro suertes maravillosas de audacia, que denotan un conocimiento profundo del carácter del animal. Un día que toreaba con Montes, que le había llevado consigo, no sabiendo ya qué hacer para reconquistar una parte de los bravos que daban a su dichoso rival, se puso de rodillas delante de un toro furioso.

El toro, sorprendido, le miró por espacio de dos o tres segundos; después, como espantado de tal atrevimiento, abandonó a Cúchares para perseguir a un chulo.

Cúchares, avanzó, pues, llevando en la mano izquierda su espada cubierta por la muleta.

La muleta, señora, es un pedazo de tela roja sujeta a un pequeño bastón; es el escudo del torero. Cúchares cruzó todo el circo, puso una rodilla en tierra delante del palco real, y, levantando su monterilla con la mano derecha, pidió a la augusta espectadora la venia para matar al toro.

La venia le fue concedida con una señal y con una sonrisa.

Cúchares arrojó lejos de él su montera, con un gesto de orgullo, que no pertenece más que al hombre que va a luchar con la muerte, y avanzó hacia el toro.

Toda la cuadrilla estaba a sus órdenes y le rodeaba.

Desde este momento no se hace ya más que la voluntad del torero. Él ha elegido su punto de combate, él sabe con anterioridad el sitio en que quiere herir al toro; todos van a maniobrar para conducir al toro al lugar designado.

Este lugar designado por el torero era debajo del palco real.

Pero los chulos tienen también su orgullo en saber conducir allí al toro, y en conseguir su triunfo. Hicieron pues, dar un gran rodeo al toro; le obligaron a pasar delante del palco del ayuntamiento, le llevaron otra vez hacia el toril, y de aquí al sitio donde Cúchares le esperaba con la muleta en una mano y el estoque en la otra.

Al pasar cerca del caballo que había levantado con su cabeza y que esta vez estaba bien muerto, se volvió el toro para darle aún dos o tres cornadas.

-Mirad, mirad, me dijo Roca.

Cuando Cúchares vio al toro enfrente de él, hizo una señal.

Todos se retiraron.

El hombre y el animal se encontraron frente a frente.

El hombre con su pequeño estoque, delgado, largo y agudo como una aguja.

El animal con su fuerza inconmensurable, sus terribles astas, y su jarrete más rápido que el del más veloz caballo.

El hombre era, ciertamente, bien poca cosa junto a un monstruo semejante.

Solamente, el rayo de la inteligencia resplandecía en la mirada del hombre, al paso que el fuego de la ferocidad brillaba sólo en la mirada del toro.

Era evidente que toda la ventaja estaba en el hombre, y que en esta lucha desigual, sin embargo, era el más fuerte el que debía sucumbir y el débil el que debía vencer.

Cúchares hizo flotar su muleta a los ojos del toro.

El toro se lanzó a él. Cúchares giró sobre el talón.

El cuerno izquierdo del animal rozó su pecho.

Esta era una suerte magnífica; todo el circo estalló en aplausos.

Estos aplausos parecieron irritar al toro, que tornó sobre Cúchares; esta vez le esperó Cúchares con el estoque en la mano.

El encuentro fue terrible; se vio la espada doblarse como un mimbre y después volar al aire.

La punta había tocado el hueso de la espalda, la espada se había encorvado, y silbando, se había escapado de la mano del torero.

Poco faltó para que el toro cogiera a Cúchares, quien con otra vuelta no menos diestra que la primera burló a su enemigo.

Los chulos avanzaron entonces para distraer al toro; pero Cúchares, aunque estaba desarmado, les dijo por señas que no hiciesen nada.

En efecto, le quedaba la muleta.

Entonces sucedió una cosa maravillosa, y que indicaba en el hombre ese profundo conocimiento del animal, tan necesario al que le combate por espacio de cinco minutos con aquel simple pedazo de tela de púrpura. Cúchares condujo al toro a donde quiso, provocándole a hacerle perder hasta el instinto. Diez veces le acometió el toro, pasando ya a su derecha, ya a su izquierda, rozándole siempre, pero no hiriéndole nunca.

En fin, Cúchares, colmado de aplausos, cogió una espada, la limpió tranquilamente y se puso en guardia.

Esta vez desapareció la fina hoja en toda su longitud, justamente entre los dos costados del toro.

El animal se detuvo bramando sobre sus cuatro pies; se conocía que, sino el acero, el frío del acero había penetrado hasta su corazón.

Solo el puño se veía encima de la nuca.

Cúchares no se inquietó ya por el toro, y fue a saludar a la reina.

Por su parte, el toro sintiéndose herido de muerte miró a su alrededor, y después con un trote debilitado por la agonía, se dirigió hacia el caballo.

-Mirad, me dijo Roca, mirad.

En efecto, llegando cerca del cadáver del caballo, el toro cayó sobre sus dos rodillas, lanzó un mugido lastimero, dobló las corvas traseras como había doblado las de delante, y se tendió, solamente con la cabeza levantada aún.

Entonces salió el cachetero de entre barreras, fuese con precaución hacia el toro, levantó su puñal, midió el tiempo e hirió.

El rayo no hubiera sido más pronto. La cabeza volvió a caer sin exhalar un solo bramido; el animal espiró sin una sola queja.

Al punto, resonó la música celebrando la muerte del toro.

Al son de esta música, se abrió una puerta y entraron cuatro mulas arrastrando una especie de bolea de coche.

Estas mulas desaparecían bajo magníficos aparejos resplandecientes de borlas de seda y de brillantes campanillas.

Principiose por atar a su bolea uno, después de otro, los tres caballos muertos, que se llevaron con la velocidad del rayo.

Después hicieron lo mismo con el toro, que desapareció a su vez por la misma puerta, que era por donde salía la carne muerta.

La puerta se cerró practicada esta operación.

Cuatro grandes líneas quedaban en la arena, todas empapadas en sangre; estas líneas eran las trazadas por los caballos y el toro muerto.

En diversos puntos del circo, se veían también algunas otras manchas rojas.

Cuatro mozos entraron, dos con raseras y dos con cestos llenos de arena. En diez segundos desaparecieron todas estas señales de la primera corrida.

Los picadores volvieron a colocarse en su sitio, esto es, cerca del toril; los chulos y los banderilleros a la derecha. Lucas Blanco, que sucedía a Cúchares, se colocó un poco detrás: la música tocó la entrada, abriose la puerta y apareció el segundo toro.

Una de las cosas mejores de este maravilloso espectáculo, señora, es que nunca tiene entreactos; la muerte misma de un hombre no es más que un accidente ordinario que no le interrumpe en nada. Como en nuestros teatros bien organizados, todos los papeles están doble o triplemente distribuidos.

Hay toros como hombres señora, los hay flojos y bravos, francos e hipócritas, perseverantes u olvidadizos.

El toro que entraba era negro como el primero, tenía siete años como el primero, y venía de los montes de Alamina como el primero. A los ojos de todo el mundo era hermano del primero; pero, a pesar de todas estas semejanzas, no pudo engañar a Roca.

-Si tenéis que hacer alguna visita me dijo, aprovechaos de esta ocasión.

-¿Por qué?

-Porque es malo el toro.

-¿Y quién os lo ha dicho?

-Yo lo sé.

Señora, yo quisiera que Roca de Togores me dijese la buena ventura, y cuidado no me prediga que me amaréis algún día.

El toro era malo.

Como el primero, corrió tras de los tres caballos, pero a cada embestida la lanza del picador bastó para detenerle, o más bien para alejarle. Rechazado tres veces, continuó su camino bramando de dolor.

Todo el circo estalló en silbidos.

Los espectadores del circo, señora, son los espectadores más imparciales que conozco. Silban o aplauden igualmente, según sus méritos, a hombres y animales, a hombres y a toros.

Ni una buena cornada, ni una buena vara, ni una buena estocada pasan desapercibidas. Se ha visto a 12.000 espectadores pedir a una voz la vida de un toro que había sacado las entrañas a nueve caballos y matado a un picador. Concediose la gracia, y el toro, cosa inaudita, salió vivo de la plaza.

El nuestro no estaba destinado a salvarse de una manera tan gloriosa. Los picadores le aguijonearon perfectamente, los banderilleros le clavaron sus banderillas, pero nada pudo decidirle al combate.

Entonces resonó el grito de ¡perros! ¡perros!

Cuando un toro no se decide a atacar, cuando no le estimula el dolor, cuando no es un toro bravo, en fin, se pide por los espectadores ya fuego, ya perros.

Esta vez se pedían perros. El alguacil miró al palco de la reina, y después dijo por señas que los perros estaban concedidos.

Al punto, se alejaron todos del animal. Diríase que el toro tenía la peste.

Parose solo en medio de la arena, mirando en torno suyo y pareciendo admirarse del reposo que se le había concedido. Si hay alguna parte en el sistema cerebral del toro destinada a los recuerdos, sin duda éste se acordó de las salvajes praderías donde se había criado, y creyó que se le iba a volver al pie de sus peñascosas montañas y a los caminos de sus sombríos bosques.

Si esperaba esto, su ilusión se desvaneció pronto.

Se abrió la puerta; entró un hombre con un perro en los brazos, después entró un segundo, y luego el tercero.

En fin, seis hombres entraron sucesivamente, armados cada uno con un terrible perro.

Al ver al toro, los perros comenzaron a ladrar; los ojos se les saltaban de la cabeza, sus bocas se extendieron hasta las orejas; hubieran devorado a sus dueños, si sus dueños no los hubieran soltado. Sus dueños, que no estaban por morir como Jesabel, soltaron los animales que se arrojaron sobre el toro.

Al verlos, el toro había adivinado lo que iba a suceder, y había tenido a bien retroceder hasta la barrera.

En un segundo, recorrió ladrando la jauría toda la anchura del circo y principió la lucha.

Contra estos nuevos antagonistas, el toro recobró todo su vigor; diríase que el valor, que le había abandonado en su lucha con los hombres, le acudía al verse frente a frente de sus enemigos naturales.

En cuanto a los perros, eran de buena raza, alanos de presa uno de ellos de seguro había nacido en Londres; éste era el más pequeño, y el más encarnizado de todos. Me recordó a ese pobre Milord, de feliz memoria, que vos habéis conocido, señora, cuyas maravillosas aventuras habéis leído en el Speronase y en el Corricolo.

Este espectáculo no era nuevo para mí, aunque uno de los actores no fuese el mismo. Muchas veces en nuestros hermosos bosques de Compiegne, de Villers-Cotterets o de Orleans, he visto el jabalí al abrigo de cualquiera roca o de cualquier tronco de árbol, teniendo enfrente una jauría que cubría la tierra a diez pasos en rededor suyo, como una alfombra movible y animada. De vez en cuando, uno de estos atrevidos combatientes, arrojado por la terrible testuz, saltaba, lanzado a

diez o doce pies de altura, y después de haber dado en el aire dos o tres vueltas sobre sí mismo, caía ensangrentado, despedazado el vientre y con las entrañas arrastrando.

Tal era este nuevo combate; un perro fue arrojado a la arena en medio de los espectadores, otro lanzado casi perpendicularmente, volvió a caer sobre la barrera en cuya caída se reventó.

Los otros se alzaron del suelo pisoteados por el toro. Dos le sujetaron de las orejas, otro, el más pequeño, le hizo presa en una pata y el cuarto huyó.

Vencido por lo horrible del dolor, el toro hacía los posibles esfuerzos para desembarazarse de los perros; su cabeza parecía la de un animal informe. Dos veces recorrió el circo alrededor, mil se sacudió a derecha e izquierda, dio saltos, se tiró al suelo... inútilmente. Por último inclinó la cabeza y el cuerpo sobre sus rodillas, ya vencido y sin fuerzas.

La gente, lo mismo que antes, había gritado: «¡bravo, toro!» bravo, Cúchares, gritaba ahora; ¡bravo, bien por los perros!

Uno de los chulos se llegó al toro con espada en mano.

Un toro entregado a los dientes de los perros, no es digno de la espada del matador; sólo merece que se le asesine, que se le mate a traición.

El chulo le clavó la espada en el lado de que había caído; tres veces repitió sus heridas, a la tercera el toro rindió la vida instantáneamente.

El cachetero entonces hizo su deber.

Era ya preciso que los amos viniesen a arrancar a los perros del toro, a quien todavía sujetaban.

Vos sabéis, señora, como se hace esta operación, y por qué medio homeopático [210] se obliga a soltar a los perros de presa.

Nada más sencillo, no hay más que morderles el rabo.

Un día, a poco me llevan en triunfo; pasaba yo en mi cabriolé por la calle de Santa Ana. Una multitud de gentes que se hallaban paradas en medio de la calle me detuvo. Una vieja marquesa se paseaba seguida de un perrillo y un doméstico; de pronto un perro de presa de pequeña talla, pero de dientes de hierro, se lanzó sobre él, y le sujetó por una nalga. El perrillo chillaba, la marquesa gritaba, juraba el criado y la gente, preciso es decirlo, señora, por más que se avergüencen los vecinos de la calle de Santa Ana, se reía sin duelo.

Algunas almas compasivas, procuraban en vano separar a los dos animales; la marquesa se desesperaba.

Yo, viendo aquello, saqué la cabeza y: -Traed acá los dos perros, grité.

-¡Ah! dijo la marquesa juntando las manos, salvad a mi pobre perro.

-Haremos lo que podamos, contesté yo modestamente.

-Lleváronmelos pues; como yo no tenía relaciones de ninguna especie con el buen perro de presa, le rodeé al rabo mi pañuelo y por cima de él le di un gran mordisco.

El perro, libre ya, dio un salto y corrió hacia su señora.

Pero el de presa, con el dolor, se volvió al momento hacia mí con las mejores intenciones; yo sabía demasiado bien mi oficio; así que no temí daño alguno; le arrojé, a diez pies de distancia de un puntapié, y oí en aquel momento que decía una vieja:

-¡No es milagro! este sabio caballero es al fin académico.

Tres días después, que había descubierto mi verdadera profesión y mi verdadera habilidad, me ofreció su corazón y su mano. Si hubiera admitido, hoy estaría viudo, y con ciento cincuenta mil francos de renta.

Aviso a los jóvenes solteros.

Ahora me permitiréis que os abandone. Cierto que la vista de las corridas de toros no cansa, pero no sé si sucederá lo mismo con su descripción.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Cartas Selectas

Tomo II

Madrid 21 de octubre de 1846

Aranjuez 23 de octubre

Aranjuez 25 de octubre

Jaén 7 de noviembre de 1846

Granada 25 de noviembre de 1840

Dumas y sus cartas selectas

O sea Vindicación de España por D. Wenceslao Ayguals de Izco

Introducción

Capítulo primero

Donde las dan las toman

Capítulo II

España y sus detractores

Apéndice

Nota

Aunque el segundo título de Cartas Selectas que damos a esta obra, deja entender que estas cartas se han escogido entre otras, prevenimos al lector que el periódico La Presse único de París que las publica, lo hace sólo de las que juzga de mayor interés, omitiendo las que en su concepto carecen de atractivo, lo cual da margen a cierta falta de hilación casi imperceptible en el orden de la narración descriptiva, y no siéndonos posible tener a la vista otro original que el del expresado periódico, nos vemos precisados a las mismas omisiones de algunas cartas, que tendrán efectivamente escasa importancia, cuando no las da a luz un papel, que tanto crédito ha adquirido por las producciones del célebre autor de la presente obra.

Madrid 21 de octubre de 1846

Las fiestas han terminado, señora, y los extranjeros ingratos comienzan ya a abandonar a Madrid como una bandada de pájaros espantados que vuelven a su nido.

Las diligencias cargadas de viajeros, como rayos divergentes, parten de Madrid, centro común, y vuelan en todas direcciones.

El duque de Aumale ha partido esta noche, el duque de Montpensier parte mañana. Nuestras bellas madrileñas se aterran al considerar cual va a quedar Madrid dentro de ocho días.

Yo parto a Toledo mañana; dos horas hace que he llegado del Escorial.

Permitid que os cuente nuestro viaje al Saint-Denis de los reyes de España.

Para cuando llegue la hora determinada para partir, cada uno sabe ya su papel, es decir, cada uno tiene ya su cargo, conoce las obligaciones que durante el viaje tiene que llenar.

Yo quedo con el título de amo, que me ha sido conferido por todos los criados que he tenido después de mi llegada a Madrid; soy además cocinero en jefe.

Desbarolles es intérprete, y está encargado de abrir relaciones con los conductores de diligencias, arrieros y posaderos.

Maquet guarda su título de ecónomo. En sus ratos desocupados, como tiene un reloj de repetición, el único que anda, nos dirá la hora. Giraud es cajero. Un cinturón de cuero fija alrededor de su cuerpo los fondos de la sociedad.

Es además ordenador general de los víveres; tiene obligación de velar sobre la canasta de las provisiones, que quedará organizada esta tarde.

Boulanger corre con la ropa y todo lo perteneciente al traje.

Hace tres días, se decidió que principiasen nuestras correrías por el Escorial. En consecuencia, Desbarolles recibió el encargo de ir a buscar un carruaje cualquiera, que pudiese conducirnos al palacio favorito de Felipe II; volvió algún tiempo después y: ahí está el coche dijo con aire satisfecho, tomando su carabina.

-¿Cómo el coche?

-Como que está ahí.

-¡Bravo! bien, amigo Desbarolles.

-Yo soy siempre así en todas mis cosas.

Y se apoyó sobre su arma, en la posición más propia para hacer resaltar más lo garboso de su talle.

Bajamos; el coche estaba efectivamente abajo, con sus cuatro mulas, etc.

Era una berlina de caja amarillenta, y de cubierta verde. Esta alianza de lo amarillo y lo verde hubiera debido espantar a los coloristas, pero es preciso hacer justicia a todos; nadie, ni el mismo Boulanger, hizo alto en ello.

En cambio, se echó ver que la caja era bien poco capaz para ocho personas.

Yo propuse que se trajese un segundo coche; lo que, a todos pareció bien; volvió a salir: Desbarolles con el encargo de que, tardase lo menos posible, pues era ya la una, y el mayoral nos había exigido siete horas para andar las siete leguas que separan a Madrid del Escorial.

Las leguas en, España, y creo habéroslo dicho ya, señora, tienen una tercera parte más que en Francia. Las horas también.

De modo que siete leguas son diez leguas, y así siete horas, son diez horas.

Cincuenta minutos después de la salida de Desbarolles, Achard que estaba asomado a la ventana, lanzó un grito de asombro y de curiosidad.

-¿Qué hay? preguntamos nosotros.

-Señores, contestó, vosotros que conocéis todas las especies de carruajes que surcan la superficie del globo, desde la berlina hasta la galera, mirad como Mr. de Lacepéde que creía que no había más sapos que descubrir y al fin tuvo que reconocer uno más, humillaos; acabo de descubrir un vehículo nuevo; por la calle Mayor viene, por este mismo lado, venid, señores, acudid pronto.

Corrimos allá y vimos efectivamente avanzar al trote un desventurado cuadrúpedo, cuyas flaquezas ocultaban un mundo de perendengues, de cascabeles y campanillas que constituyen la toilette de un caballo español; vimos un coche también lo más fantástico que jamás habíamos visto, aun Giraud y yo que hemos visto algunos.

Era un extravagante vehículo, que soportaban dos enormes ruedas, pintadas, así como las varas, del más fuerte bermellón. La caja estaba pintada de azul claro con grandes follajes verdes; todo este follaje, estaba habitado por infinidad de pájaros de todos colores que volaban de aquí para allá, en medio había un papagayo de color de lila, el cual batía las alas mientras se comía una naranja.

En París, este carruaje se hubiera vendido ciertamente muy caro a cualquier aventurero mercader.

Este carruaje, con gran sorpresa nuestra, se paró delante de nuestra puerta, y vimos bajar de él a Desbarolles.

Todos nos echamos a reír.

-¿Sería tal vez para nosotros este coche?

Desbarolles entró.

-He ahí lo que buscabais, dijo.

-¡Era para nosotros!

Saltamos esta vez al cuello de Desbarolles, a quien por poco no ahogamos. Él, como los grandes triunfadores, permanecía impasible y tranquilo en medio de su triunfo.

Nadie dudaba de la magnitud de su descubrimiento.

Disputose a fin de saber a quien pertenecía el honor de subir al Desbarolles; como el objeto no tenía nombre, se le había bautizado con el de su inventor.

Achard reclamaba, fundándose en que había sido el primero que le había visto desde la ventana; pero se le hizo observar que la injusticia hecha a Cristóbal Colón por Américo Vespucio, era bastante grande para que se renovase semejante injusticia, sobre todo, en España.

Mientras se disputaba acerca de los derechos de cada uno, yo había hecho una seña a Diego para que me siguiese; subimos pues al Desbarolles.

-Al Escorial, dije al zagal.

El zagal saltó a la delantera y partimos.

De repente oímos los gritos feroces de nuestros compañeros, quienes creían que el vehículo se alejaba enteramente vacío. Hice abrir la portezuela y les saludé con la mano.

-Corramos a él, dijo Achard; y tomemos a la fuerza el Desbarolles.

-Un instante, dijo Alejandro; yo me pongo de parte de mi papá.

-Yo, dijo Maquet, me pongo de parte de mi colaborador.

-Yo, dijo Boulanger; me pongo de parte de mi amigo.

-Y yo, dijo Giraud; de parte de Boulanger. Dumas tiene el derecho de elegir el coche que lo acomode; és el amo.

Desbarolles no dijo nada, no había atendido a la discusión y pensaba en otra cosa.

Estas cuatro declaraciones sucesivas, unidas a la neutralidad de Desbarolles, me dieron una mayoría tan imponente, que Achard tuvo que retirar su proposición.

Por otra parte, yo me hallaba ya al fin de la villa.

Subieron a la berlina amarilla y verde, y corrieron tras de mí. No perdáis de vista esta berlina amarilla y verde, señora, porque está destinada a hacer un papel importante en nuestra vida siguiente. Al tratar con nuestro conductor el viaje al Escorial, tratamos al mismo tiempo el de Toledo; de manera que teníamos que pasar cinco o seis días en este carruaje.

Nuestras mulas nos dieron al principio una alta idea de su ligereza; el camino, que debe ser malísimo en todo tiempo, estaba entonces abominablemente lleno de atolladeros por las lluvias. Bajamos, pues, y anduvimos a pie por una gran calle de árboles, sombría, la cual nos condujo al campo, haciéndonos atravesar dos o tres puertas, cuya utilidad buscamos en vano.

Este campo, como el de Roma, presenta, en el momento mismo de entrarse en él, el aspecto de un desierto; con la diferencia de que el campo de Roma produce yerba, y el de Madrid produce piedras.

Madrid, ocultado un instante a nuestros ojos por una elevación del terreno, volvió a aparecer al llegar a lo alto de la montaña; la villa con sus casas blancas y sus numerosos campanarios, su palacio gigantesco, que se parece, en medio de las casas que le rodean a Leviatán en medio de los habitantes del mar, presenta un aspecto pintoresco; después, lo repito, esas grandes llanuras, limitadas por horizontes montañosos, ofrecen una perspectiva austera, que agrada a las grandes imaginaciones.

El camino, al cabo de cuatro horas de marcha, después de haberse hundido en un valle, después de haber saltado por encima de un puente, era escarpado en la falda del Guadarrama.

Sobre uno de estos grupos elevados, que parecen una manada de búfalos gigantescos, se asienta el Escorial.

El camino, iba pues, subiendo; echamos pie a tierra, no tanto por descargar algo a los animales, cuanto por desentumecernos nosotros, y con la escopeta en la mano nos esparcimos por el puerto.

He visto pocos paisajes que tengan un carácter tan grandioso y tan salvaje como el que se ofrecía a nuestra vista; a mil pies debajo de nosotros, y después de rocas ásperas y precipicios, llenos de espesas sombras, se extendía a la derecha una llanura sin fin, jaspeada, como la piel de un leopardo gigantesco, con anchas pintas leonadas y grandes bandas negras. A la izquierda, la vista era bruscamente detenida por la misma cadena de montañas que atravesábamos, y cuyas cimas estaban cubiertas de nieve; en fin, en el fondo Madrid salpicaba de puntos blanquecinos la bruma de la noche, que caía sobre nosotros como una inundación de oscuridad.

Giraud y Boulanger estaban entusiasmados, Boulanger, especialmente, menos familiarizado con España que Giraud, no había visto nunca tan grandes contrastes de luz y de sombra; a cada instante juntaba las manos, exclamando:

-¡Qué hermoso es esto, Dios mío, qué magnífico!

Hay en un viaje como el nuestro, señora, y entre viajeros como nosotros, sensaciones de una dulzura infinita. El hombre reducido a su sola individualidad, es un ser muy incompleto; pero el hombre le completa asimilando a la suya las demás individualidades, con las que la casualidad o su capricho lo ponen en contacto... Así que, entre nosotros, pintores y poetas, el uno le completaba con el otro, y os aseguro, señora, que los bellos y grandes versos de Hugo que Alejandro recitaba en alta voz, se acomodaban admirablemente a esta grande y bella naturaleza a lo Salvator Rosa.

Durante nuestros trasportes de admiración, la noche había aparecido completamente. Pero, como si el cielo hubiera querido gozar a su vez del espectáculo que tanto nos había entusiasmado, millones de estrellas abrían trémulas sus párpados de oro, y miraban también curiosamente a la tierra.

Parece, señora, que recorremos unos sitios en otros tiempos muy peligrosos. En la época en que España contaba sus ladrones por miles, en vez de contarlos por unidades, este terreno les pertenecía exclusivamente, y apenas se transitaba por él, según nos aseguró nuestro mayoral, especialmente a la hora en que nosotros pasábamos, sin tener que aflojar el bolsillo y partido con ellos. Dos o tres cruces, que extendían sus brazos lúgubres, las unas a una vuelta del camino, las otras al pie de una roca, atestiguaban que nada había de exagerado en la relación de nuestro mayoral.

Una cosa que vino aún a confirmar su relación, fue la vista de una luz que apareció de repente a doscientos pasos de nosotros. Preguntamos que significaba aquella luz, y se nos contestó que había allí un puesto de guardias civiles.

Esta precaución me hizo dudar algo de la desaparición total de los ladrones, por cuya razón preparamos las escopetas.

Me apresuro a deciros, señora, que la precaución fue inútil, y que pasamos el mal sitio, como se dice en España, sin el menor accidente.

Teníamos que atravesar una o dos leguas de llano, y como nos faltaban tres leguas de camino todavía, nuestro mayoral nos invitó a subir al carruaje, prometiéndonos, para determinarnos a renunciar a un paseo que nos parecía tan encantador, que haría que sus mulas fuesen al trote, paso que los animales habían resistido obstinadamente adoptar hasta entonces.

Entramos, pues, en nuestros cofres, y como después de haber subido, el camino, iba bajando, obligándolas el peso del carruaje, nuestras mulas tuvieron que tomar por algunos instantes, al menos, el paso que el mayoral nos había ofrecido en su nombre.

Anduvimos dos horas, sin notar, en cuanto lo permitía, sin embargo, la oscura claridad que cae de las estrellas, como dice Corneille, sin notar ningún cambio en el paisaje. Pasadas estas dos horas, nos pareció, que atravesábamos una puerta, y que entrábamos en un parque: al mismo tiempo sentimos que nuestra marcha era más cómoda; andábamos sobre arena.

Marchamos una hora aún, pero subiendo esta vez, y dirigiéndonos hacia algunas luces esparcidas por la falda de la montaña. Durante una media hora estas luces parecieron huir delante de nosotros como esos fuegos fatuos destinados a extraviar a los viajeros. En fin, oímos resonar un pavimento sólido bajo los pies de las mulas y bajo las ruedas de nuestros carruajes. Este ruido fue seguido de un traqueteo que no nos dejó la menor duda. Percibimos a nuestra derecha un grupo de casas silenciosas, sin ventanas, sin puertas y sin techos, presentando, no el aspecto pintoresco de esas ruinas que causa el tiempo, sino el cuadro triste de una obra por concluir. Atravesamos una especie de plaza, tiramos a la derecha y nos metimos en un callejón sin salida; detuviéronse nuestros carruajes, habíamos llegado al término de nuestro viaje.

Al momento nos apeamos, y leímos al resplandor de nuestros faroles: posada de Calixto Burguillos.

Con gran sorpresa nuestra, todos estaban aún levantados en la posada del susodicho Calixto; de lo cual a inferimos que allí pasaba algún gran acontecimiento. No nos equivocamos: dos coches de ingleses habían llegado a la misma posada dos horas antes que nosotros.

Se hacía la cena a los ingleses.

¡Ah, señora! vos que sois dos veces francesa, puesto que sois parisiense; no os hospedéis en una posada española, cuando se prepara cena a ingleses.

Este preámbulo indica, señora, que fuimos recibidos con mucha frialdad por el señor don Calixto Burguillos, que nos declaró que no había tiempo para ocuparse ni de nuestra comida, ni del arreglo de nuestros cuartos.

Hay una cosa que yo no admito, y es, que cuando se escribe sobre una puerta, con el objeto de atraer a los viajeros: posada de Calixto Burguillos, se tenga el derecho de poner a la puerta de la calle a los viajeros atraídos por este rótulo.

Me contenté, pues, con inclinarme políticamente ante la impolítica del señor Calixto Burguillos y llamé a Giraud.

-Mi querido amigo, le dije, hay cinco escopetas en el carruaje, contando con la carabina de Desbarolles. Que Desbarolles se arme con su carabina, armaos vosotros con vuestras escopetas, y venid a calentarlas al fuego de la chimenea. Si se os pregunta que por qué hacéis eso, responderéis que teméis no se os constipen vuestras escopetas.

-Comprendo, respondió Giraud, encaminándose hacia la puerta y haciendo señas a Alejandro, Maquet, Desbarolles y Achard para que le siguiesen.

-Ahora, Boulanger, continué, tú que tienes un carácter conciliador, haz que te acompañe don Diego, y vete con ese juez de paz en busca de cuatro dormitorios o dos grandes.

-Bien, dijo Boulanger, y salió a su vez con don Diego.

El señor Calixto Burguillos había seguido con la vista toda la escena.

-Bueno, ya se van esos franceses, dijo a su mujer con una especie de interjección.

Esa especie de interjección no es muy cortés, señora, pero sea como quiera el caso es que con ella se nos saluda desde que entramos en España. En verdad, ignoro si la reputación que tenemos en este bello país nos está bien merecida; pero lo que sí sé es, que por lo menos es universal.

Don Calixto no me había visto, oculto como yo estaba por la campana de la chimenea. Su mujer le indicó aquel sitio.

Dejó su hornillo y vino hacia mí.

-¿Qué busca usted ahí? me preguntó.

-Busco unas parrillas.

-¿Para qué?

-Para hacer unas chuletas.

-¿Tiene usted, pues, chuletas?

-No, pero vos las tenéis.

-¿Dónde?

-Allí.

Y señalé un cuarto de carnero colgado en un rincón de la chimenea.

-Esas chuletas son para los ingleses, y no para usted.

-Os engañáis, esas chuletas son para nosotros y no para los ingleses. Acabáis de subirles doce chuletas en una fuente y esto es bastante; las chuletas que les habéis subido, son su parte; las que quedan son la nuestra.

-Las que quedan son para su almuerzo de mañana

-Las que quedan son para cenar nosotros esta noche.

-¿Sí?

-Sí.

-¡Ja! ¡ja! ¡ja!

-Mi querido amigo, dije a Giraud que entró con su escopeta en la mano, seguido de Desbarolles, de Maquet, de Achard y de Alejandro armados también; mi querido amigo, ahí tenéis al señor Calixto Burguillos que ha tenido la bondad de cedernos ese cuarto de carnero. Dame tu escopeta; pregunta el precio.

-¿¡Cuánto es ese cuarto de carnero!? preguntó luego Giraud.

-Dos duros, respondió Burguillos, mirando a nuestras escopetas al mismo tiempo que a su cuarto de carnero.

-Da tres, Giraud.

Giraud sacó tres duros de su bolsillo y al tiempo de sacarlos, dejó caer cinco o seis onzas.

La señora Calixto Burguillos abrió unos ojos avarientos y terribles.

Giraud guardó las cinco o seis onzas, y dio los tres duros al posadero.

Este se los entregó a su mujer, que me pareció por cierto que ocupaba en la casa una posición distinguida.

Giraud cogió el carnero, le destrozó con una agilidad que hacía honor a sus conocimientos anatómicos, salpicó las chuletas con una cantidad suficiente de pimentón y sal, y las colocó delicadamente sobre las parrillas que yo le presentaba; después puso estas sobre un montón de carbones encendidos, artísticamente preparados por Achard.

Las primeras gotas de grasa alzaron luego su chillido sobre las ascuas.

-Ahora, continué yo, ofreced el brazo a la señora Calixto Burguillos, y rogadla que os conduzca al sitio en donde tiene las patatas; si de paso halláis algunos huevos, introducidlos en el morral; por todo el camino, idla preguntando por su padre, por su madre, por sus hijos en fin; esto la lisonjeará y os irá proporcionando poco a poco su intimidad.

Desbarolles se aproximó, con el gibus en la mano, a nuestra patrona, que un poco blanda ya por el contacto de los duros, se dignó aceptar su brazo.

Ambos desaparecieron por una puerta que parecía sepultarse en las entrañas de la tierra.

Boulanger y don Diego volvieron a aparecer al mismo tiempo por la puerta opuesta. Habían dirigido sus pasos hacia el polo Austral, enseguida habían encontrado los vientos alisios, que los

habían lanzado a un corredor, en el extremo de este habían descubierto una larga habitación, que podía contener ocho lechos.

Boulanger, como hombre de juicio, había guardado la llave de esta habitación en su bolsillo y me la traía.

Las chuletas seguían adelante en tanto; yo pedí una sartén y una cazuela.

Achard se apoderó de la una y Giraud se hizo con la otra.

El señor Calixto Burguillos nos miraba con sorpresa; pero era solo y nosotros ocho, y no tenía más medio de defensa contra cinco escopetas que un cucharón. Había tenido un instante la idea de llamar a los ingleses a su socorro, mas era bastante instruido, y se acordaba lo que en la guerra de la independencia, los españoles habían sufrido mas daños de parte de sus aliados, los ingleses, que de la de los franceses sus enemigos.

Decidiose, pues, a tenerlos por huéspedes únicamente.

Desbarolles volvió luego; traía los bolsillos llenos de patatas y el morral de huevos.

Achard corría con la comisión de cascar los huevos y batirlos, Giraud la de limpiar y cortar las patatas.

Desbarolles debía continuar en su semi-matrimonio con la señora Burguillos, hasta que una mesa con ocho cubiertos fuese colocada en un rincón cualquiera del cuarto.

Desbarolles se sacrificó por fin, salió con ella y al cabo de un cuarto de hora entró diciendo:

-Ea, la mesa está puesta.

Diez minutos después, las chuletas estaban ya, las patatas, la tortilla, todo; en este momento, señora, la cocina de don Calixto Burguillos, presentaba un curioso espectáculo.

Alejandro Dumas, vuestro servidor, con un abanico en cada mano, animaba por medio de una ventilación sostenida, el carbón, sobre el cual se elevaban las parrillas que sostenían parte de nuestra cena.

Giraud mondaba una segunda edición de patatas destinada a suceder a la primera.

Don Diego, hacía como que leía su breviario; Maquet, tenía la sartén del mango, Achard hacía acopio de pimentón, Desbarolles descansaba. Boulanger helado desde su correría a las altas latitudes, se calentaba.

Alejandro, fiel a su especialidad, dormía.

Por último el señor Burguillos se entontecía más y más al aspecto de la intervención francesa, no viendo a su mujer, que hacía señas, a través de los vidrios de su ventana a Desbarolles, indicándole que faltaba alguna cosa de las más importantes en la mesa.

Felizmente, yo velaba por el señor Calixto. Envié a Desbarolles a su deber; diez minutos después, rodeábamos todos una mesa sobre la cual humeaban doce chuletas, dos pirámides de patatas, y una inmensa tortilla.

Esta vista nos regocijó de tal manera, señora, que no pudimos menos de echarnos a reír a carcajadas; Burguillos entró al ruido, detrás de él las dos o tres maritornes de la posada, y últimamente, aparecieron allá en la oscuridad los rostros asombrados de nuestros ingleses.

Yo aproveché la presencia de la señora Burguillos para introducir en la mano de Desbarolles la llave del cuarto.

-Vamos, señor intérprete, le dije; otro sacrificio más; levantaos de la mesa, haced que nos preparen las camas; se os guardará vuestra parte, y a vuestra vuelta la sociedad, como Roma a César, os votará una corona de laureles.

Una hora después, estábamos acostados todos sobre el santo suelo; una cama española; es decir, dos banquillos y un colchón encima de las cuatro tablas colocadas sobre ellos, dominaban en medio del dormitorio. La sociedad reconocida cediósela a Desbarolles, sin perjuicio de su corona de laurel.

Aranjuez 23 de octubre

Nos habéis dejado, señora dispuestos para la marcha; figuraos a vuestros amigos escalonados en una calle pendiente, rápida; están a la puerta de la fonda de los caballeros; del otro lado de la calle, tienen ante sí el alcázar de los antiguos reyes de Toledo, hoy cuartel, teñido del más bello color de hoja seca que puede tomar la piedra calentada durante seis siglos por un sol de cuarenta y cinco grados. A la derecha, es decir, en lo alto de la montaña, (la extremidad derecha de nuestra calle, merece este nombre) los muros de este viejo palacio, se pintan en el fondo de un cielo azulado; a la izquierda, y como si quisiera ocultarse a nuestras miradas, ofrece su aspecto la parte inferior de la ciudad, con sus tejados rojizos, sus campanarios agudos; en fin, por detrás de la ciudad, se dilata una llanura roja que va a perderse en lontananza en un horizonte violeta.

Delante de mí está el mayoral, que me presenta con el sombrero en la mano una cuenta de los ciento cincuenta francos que yo no le debo todavía, pero que le deberé cuando nos hay a vuelto sanos y salvos a Aranjuez. Esta cuenta, ya procura él que sea lo más considerable posible, atendidos los grandes gastos que ha hecho, (son sus palabras).

Saco mi bolsillo que contiene unas veinte onzas, y le doy una.

El coche está ante nuestros ojos, cargado con nuestros baúles; Giraud acaba de asegurar con un nuevo cordel la cesta de las provisiones, a la cual está abandonada la imperial entera; Maquet y Boulanger ponen las escopetas en lo interior del carruaje; Desbarolles desea conservar su carabina, don Diego y Achard fuman, Alejandro compra granadas magníficas, y busca sitio en que colocarlas, porque el coche no le da absolutamente más que para sus seis viajeros.

El zagal está teniendo las dos mulas de silla.

Un inglés aguarda a que yo concluya con el zagal para despedirse de mí.

-¿Y quién es él? me preguntaréis, señora.

-Es un caballero de cincuenta a cincuenta y cinco años, de hermosa cabeza, de maneras elegantes, que posee en fin, toda la cortesía de los ingleses corteses. Ha venido a España, como se va a todas partes, con su silla de posta, pero en Madrid se ha visto precisado a abandonarla atendiendo a que en el camino de Toledo, se ha encontrado sin ella. Por lo que yo le he hallado en diligencia.

Mi inglés, señora, había contado todavía con otra cosa; había contado con que comería bien, y se engañaba; como todos los hombres de fina organización, era comedor: y he aquí que después de entrar en España, cuando ya apenas comía, en el primer almuerzo que tuvimos juntos, probó una de esas ensaladas de huevos duros y limones que yo os decía.

Desde este momento, ha vuelto a la vida; agarróseme como el náufrago a la tabla salvadora.

En Toledo almorzó, comió conmigo; sólo a estas horas siente una cosa, y es tener que separarse de mí.

Por esta precisión, me ha preguntado a que partes me dirijo, para unírseme en cualquiera de ellas; me ha dado sus señas en Londres y en las Indias Orientales.

Así que todo quedó arreglado, partimos. Entonces vimos con la luz del día aquella rambla escarpada, que sólo de noche habíamos visto, y que baja desde el Miradero hasta la orilla del Tajo, pasa el puente de Alcántara y a través de la rojiza llanura, se dibuja como un listón de polvo, siguiendo por un cuarto de legua, las mismas sinuosidades del río.

Todo era pintoresco en torno nuestro; las ruinas de un antiguo molino se levantaban junto a aquel que iba rompiendo sus olas con terrible estruendo en las peñas de su cauce. Las lavanderas con los más pintorescos trajes, lavaban su ropa bajo el arco del puente, y dos cosas raras en España, el viento y los árboles se habían reunido como para decirnos «adiós».

Seguimos durante algún tiempo, una larga calle de árboles, que alimenta la frescura emanada del Tajo, que disminuye a medida que se aleja del río, y que acaba por desaparecer, para dar lugar a una llanura en la que, a excepción de la línea trazada por el Tajo, no se ven más que algunos chaparros humildes y mezquinos.

Al cabo de una hora de camino, poco más o menos, la noche descendió sobre la tierra batiendo sus alas en la inmensidad de ambos horizontes. Estaba llena de calma y de pureza. Las lluvias que hacía dos días inundaban a Madrid, habían cesado para no volver más.

El coche rodaba lentamente por un camino de arena; Giraud y Achard hacían lo posible por adelantarnos, pero sus dos mulas como fieles compañeras, no querían separarse de sus nuevas amigas, y más acostumbradas al tiro que a la silla, venían a colocarse a la cabeza de nuestro carruaje.

Este era por supuesto aquel coche verde y amarillo de que ya os he hablado.

Marchamos así unas dos horas, la noche había cerrado. El cielo, siempre azul, estaba sembrado todo de brillantes estrellas.

De repente, vimos en el horizonte extinguidas, o más bien oscurecidas estas estrellas por una línea sombría, que iba emblanqueciendo a medida que nos aproximábamos; por fin reconocimos en ella una casa acompañada de una especie de granja.

La granja no tenía techo; sin duda buscándole, le habían encontrado en el suelo.

A través de las ventanas de esta granja, ventanas sin cristales y sin maderas, se veía el cielo como una cortina bordada de oro.

Examinada desde lejos, la granja nos había parecido de buen agüero; nos proporcionaba un abrigo, sino muy caliente, al menos lleno de espacio y de libertad.

Pero de cerca, nuestras esperanzas comenzaron a tornarse temores. No había, medio de acostarse entre semejantes ruinas, más valía dormir al raso, al menos de esa manera se evitaba el peligro inminente de morir víctima de un cascotazo y sobre todo la vecindad de los ratones.

Quedaba todavía la casa, pero parecía demasiado pequeña para ocho viajeros.

Es verdad que esta casa se presentaba a nuestros ojos, bajo las apariencias más hospitalarias; salían por las rendijas de las contraventanas y por las aberturas de la puerta, algunos rayos de una luz bastante viva, que provenían de una iluminación interior cualquiera.

La esperanza engañadora nos decía en voz baja al oído que esta iluminación era la de la cocina. A medida que nos aproximábamos, el oído se unía a la vista para calmarnos totalmente. Alegres sones llegaban hasta nosotros; eran los de una guitarra a que acompañaban las castañuelas y la pandereta. Había fiesta en Villa-Mejor.

-¡Bueno! dijo Alejandro, no sólo vamos a tener cena y cama, sino danza y diversión. Desbarolles, saltad a tierra, ofreced mis respetos a la señora de la casa, y decidles en el mejor español que os sea posible, que la invito para la primera.

Las mulas se pararon, el coche siguió su ejemplo, y nos acercamos.

La casa, vista más de cerca, perdía ya su aspecto hospitalario; las puertas estaban cerradas como las de una fortaleza, y la ausencia de todo ser viviente en el umbral, y en las inmediaciones, daba a aquella casa tan poblada, tan alegre, tan llena de ruido por dentro, y tan desierta, tan triste y silenciosa por fuera, un aspecto extraño y desconsolador.

El mayoral recibió orden de llamar a la puerta.

Nadie respondió.

Alejandro cogió una piedra e iba a dispararla contra la puerta, cuando le detuvo Desbarolles, diciendo:

-¡Tened! conozco las costumbres españolas; primero haréis la puerta pedazos, que logréis que os abran hasta que acabe el fandango. Un español no se mueve por nada mientras baila, duerme o fuma.

Desbarolles tenía entre nosotros la autoridad de Calchas; Alejandro soltó la piedra; todos esperamos.

Desbarolles tenía profetizado bien: apenas el ruido de las castañuelas cesó, apenas la pandereta dejó de oírse, cuando la puerta se abrió.

Esta puerta daba a un corredor. A la mitad de él había dos puertas paralelas. La una daba a una cocina, alumbrada por tres o cuatro lámparas y por una enorme chimenea. La otra, la de la derecha, a un cuarto sombrío y húmedo, alumbrado únicamente por una lamparilla.

El cuarto de la izquierda era el salón de baile, el de la derecha el de los refrescos.

El hombre que salió a abrirnos, sin inquietarse en manera alguna, volvió a entrar en la sala de baile.

La música volvió a empezar; el baile también, con todo ese afán con que los españoles se ponen a bailar.

Entramos; en Francia, a una aparición tan inesperada, todos se hubieran vuelto inmediatamente, vos la primera, señora. En Villa-Mejor no sucedió tal cosa.

Había, entre espectadores y danzantes, de cuarenta a cincuenta personas en aquella cocina.

Dos o tres de ellas eran notables entre todas las demás, por cierta elegancia que distinguía su traje, y cierta resolución impresa en sus facciones; esta resolución, esta firmeza de fisonomía, es la gran belleza de los pueblos del Mediodía.

Uno o dos de los otros, se apoyaban sobre sus escopetas, y sin buscar de ningún modo la posición, estaban en una, la más académica que puede elegir un modelo.

El interés del espectáculo nos llamó desde luego la atención; era sin duda algo para unos hombres que andaban a caza de cosas pintorescas y caprichosas, hallarse en medio de un desierto, cercados por la noche, en una venta aislada y ruinosa, con una semejante sociedad de danzantes de ambos sexos, todos en trajes nacionales. Madrid, la encantadora villa, pero la villa civilizada, ha comenzado a proscribir lo pintoresco como debe hacer toda población civilizada que sabe su estado de capital. Vanamente habíamos allí buscado lo que aquí hallábamos, por consiguiente:

Cuando algún espectador tenía necesidad de tomar alguna cosa, se separaba de los demás, y pasaba por entre nosotros sin mirarnos siquiera.

No así nosotros; advertíamos que todos los que salían se iban agrupando alrededor de nuestro mayoral, en el rincón más sombrío de la sala de los refrescos, y allí parecía que trataban de una importante cuestión.

El mayor, se llegó al poco a nosotros y nos dijo: señores, vamos de aquí; las mulas tienen frío.

-¿Cómo?... ¿vamos a partir?...

-Sí.

-¿No estamos en Villa-Mejor?

-También.

-¡Pues entonces!

-Desbarolles, amigo mío, exclamé yo, deslizaos por entre esa multitud, acercaos a la dueña de la casa, sentaos junto a ella, sed elocuente como siempre, amable y seductor como en la posada del Escorial...

Desbarolles, con la sonrisa en los labios, atravesó por entre aquella multitud.

Un instante después, se hallaba de pie apoyado contra la pared delante de la patrona.

La conversación parecía animarse a cada momento.

Nosotros no podíamos ver el rostro de Desbarolles que nos tornaba la espalda, pero veíamos el de la mujer, que por cierto no nos auguraba nada bueno.

Desbarolles volvió dentro de un rato a unírsenos, y advertimos con espanto que su fisonomía confirmaba nuestros pasados temores.

La sonrisa había desaparecido de sus labios.

Venía con las orejas bajas.

-¡Y bien! ¿qué hay? pregunté.

-Hay... que nos tenemos que marchar.

-¡Es posible!

-No hay más remedio.

-¿No tienen aquí camas ni cena?...

-Sí; pero con el baile este...

-¡He aquí toda una posadera española! dijo Giraud. ¡Oh Cataluña hospitalaria! ¡yo te estoy reconocido!

-¿Pero... de veras, vamos a partir?

-¡Bien se ve que no lleváis en España más que ocho o diez días!

-Señores, dijo el mayoral, vámonos.

-Pero contábamos con dormir y cenar aquí...

-No habíamos contado con la huéspeda..., ni con los huéspedes.

-Si tú le propusieses a la dueña de la casa hacer su retrato...

Giraud meneó la cabeza.

-Cuando los españoles bailan, dijo, no hay que hacerles proposición alguna.

-De modo...

Yo miraba a Giraud y a Desbarolles.

-De modo... que nos vamos.

-¿Y a qué distancia estamos de Aranjuez?... pregunté al mayoral.

-Muy cerca; a dos leguas.

-¿Cuánto tiempo necesitas para andarlas?

-Tres horas.

-Yo te doy cuatro; pero sí dentro de estas cuatro horas no nos hallamos en Aranjuez...

-Bien, señor, contestó el mayoral.

Yo me volví hacia Desbarolles y Giraud.

-¿No podremos ya alcanzar nada?...

-Los posaderos españoles llevan por divisa esta sentencia de Sila: Yo puedo cambiar mis designios; pero mis fallos son como los del destino, no cambian jamás.

-¡Ea, al coche! insistió el Mayoral.

-Mas, ¡qué diablo! que se nos dé al menos un vaso de vino. No dirán que no lo tienen.

-¡Eso es distinto! dijo el mayoral y entrando de nuevo en la venta, de donde ya todos habíamos salido, volvió a poco con una jarra en una mano y un vaso en la otra.

-¡A la hospitalidad española! dije yo levantando mi vaso y bebiendo el primero.

Este brindis fue repetido por mis siete compañeros. Yo noté que don Diego le pronunció más sarcásticamente, con más hiel que los demás. Desde que estaba en nuestra compañía se había en él verificado cierto cambio que tenía algo de francés.

-Vamos; señores; volvió a decir el mayoral, ¡al coche!

Boulanger fijó una postrer mirada en la casa, en donde abandonaba tantos sueños, y entró en el coche después de D. Diego, que creía que entrando antes, estaría después mejor colocado. Giraud siguió a Boulanger, Desbarolles a Giraud y Maquet a Desbarolles.

Maquet representaba entre nosotros la abnegación; D. Diego el egoísmo.

Achard, Alejandro y yo íbamos en mulas.

Al fin partimos.

Mas veo, señora, que mi carta se va haciendo demasiado larga, proseguiré en otra y os contaré cosas terribles; preparaos.

Aranjuez 25 de octubre

Detrás de nosotros el coche se puso en camino, a su vez, iluminado por un solo farol colocado en medio de la imperial, a manera de dije.

Por lo demás la luna creciente, se elevaba poco a poco, arrojando una dulce y encantadora claridad sobre el paisaje.

Este paisaje era casi medroso por lo grande.

A nuestra derecha, se limitaba por montecillos alfombrados de céspedes espinosos, en medio de los cuales se veían acá y acullá, brillar grandes lagos de arena.

A nuestra izquierda, se extendía desmesuradamente, y la vista no podía sondear la profundidad del horizonte.

Únicamente, a mil pasos de nosotros, una hilera de árboles que resaltaba sobre el paisaje por su sombra más densa, indicaba el curso del Tajo.

De sitio en sitio, se descubría una parte del río que, semejante a un espejo, enviaba a la luna los rayos que de ella recibía.

Delante de nosotros, el camino se extendía arenoso y amarillo, como una cinta de cuero.

De vez en cuando, las mulas se separaban del camino para dejar a derecha e izquierda, un precipicio a flor de tierra, una quebrada imprevista, cuya boca había quedado abierta de resultas de algún terremoto olvidado.

De vez en cuando también, volvíamos la cabeza y veíamos a trescientos, a cuatrocientos y a quinientos pasos detrás de nosotros, porque caminábamos más aprisa que ella, brillar como un fuego fatuo la luz del coche, retardado por la arena, en la que se hundían hasta el tercio sus ruedas.

Pasamos una pequeña colina, y perdimos de vista el coche.

Continuamos nuestro camino.

Después de media hora de marcha, la mula de Alejandro hizo un brusco movimiento a la derecha. Una grieta, continuación de un precipicio, estaba abierta en el camino, del cual cogía una tercera parte, poco más o menos.

Por lo demás, no fijamos mucho la atención en esta grieta y seguimos marchando.

Anduvimos tres cuartos de hora aún, siempre riendo, hablando y no pensando de ningún modo en cosa formal ninguna.

Sin embargo, yo había vuelto la cabeza cinco o seis veces, sorprendiéndome de no percibir el famoso farol, incrustado como el ojo de un cíclope, en la frente de nuestro coche.

En fin, me paré.

-Señores, dije, preciso es que haya sucedido algún percance, hace tres cuartos de hora que todo me ha desaparecido. Yo creo que sería muy conveniente detenernos.

Detuvímonos haciendo encabritarse a las mulas.

La luna estaba admirablemente serena, no se oía ningún ruido en aquellas vastas llanuras, sino el lejano ladrido de un perro despierto en algún cortijo aislado.

Las mulas agitaban sus orejas con inquietud, como si oyesen alguna cosa que nosotros no percibíamos.

De repente, el viento llevó a nuestros oídos un rumor imperceptible.

Era como el vago eco de una voz humana perdida en el espacio.

-¿Qué es esto? pregunté.

Sin haber oído nada claramente, Alejandro y Achard habían, sin embargo, notado alguna cosa parecida a un sonido.

Permanecimos inmóviles y silenciosos, como si esperásemos un acontecimiento imprevisto.

Pasáronse algunos segundos, después llegó el mismo rumor a nosotros; pero esta vez más distinto y más perceptible. Era como un grito lastimero.

Pusimos más atención.

En fin, oímos claramente mi nombre, pronunciado por una voz que se aproximaba siempre.

-¡Ja! ¡ja! a vos es a quien llaman: dijo Achard.

-Son nuestros amigos, explicó Alejandro.

-Veréis, dijo a mi vez, tratando de reírme aún; como han sido detenidos por los seis bandoleros del duque de Osuna, que los habrán prohibido gritar, y ahí tenéis la razón porque nos llaman.

Oyose un nuevo grito, pero más distinto aún esta vez que las otras dos.

-No hay duda, a quien llaman es a mí señores, dije; avancemos hacia el sitio de donde ha salido la voz.

Alejandro y yo picamos nuestras mulas, a fin de hacerlas andar lo más posible.

Achard nos siguió, sacudiéndolas con un bastón.

Apenas habíamos andado diez pasos, cuando oímos la misma voz que nos llamaba, pero esta vez con un acento de dolor que no podía confundirse con otro.

Aprisa, aprisa, dije, tratando de hacer galopar a mi mula; por fuerza ha sucedido alguna cosa; respondámosles, respondámosles.

Pusimos nuestras manos en forma de embudo, y dimos a nuestra vez tres gritos.

Pero nos daba el viento de cara: el viento llevó nuestra voz detrás de nosotros.

Oyose otra vez aún el mismo grito; interrumpido, trémulo, y lanzado como por una voz extinguida.

Un escalofrío se apoderó de nuestro corazón.

Tratamos de contestar por segunda vez, pero comprendimos que sería en vano, siéndonos contrario el viento.

Por otra parte, la misma voz continuaba llamando con el mismo acento quejumbroso y de fatiga; con la circunstancia de que se iba aproximando a nosotros de una manera sensible. Era evidente que la persona que gritaba venía al mismo tiempo hacia nosotros con toda la velocidad de su carrera.

Había algo de espantoso en aquel grito que se renovaba de diez en diez segundos con el mismo tono.

Arreamos a nuestras mulas.

La voz se acercaba notablemente.

Es la voz de Giraud; dijo Achard.

Sabíamos que Giraud no se conmovía fácilmente, y conociendo que efectivamente era él quien nos llamaba de aquella manera, concebimos una inquietud mayor que si hubiera sido otro.

Corrimos aún unos diez minutos; en fin, al través de la oscuridad trasparente de aquella bella noche, principiamos a distinguir, en lo claro del camino, una sombra que venía hacia nosotros.

Librodot

Esta sombra, como el divino Mercurio, parecía tener alas en los talones.

Reconocimos bien pronto el perfil de Giraud, así como habíamos conocido su voz.

-¿Qué hay? exclamamos los tres al mismo tiempo.

-¡Ah! ¡sois vos! contestó Giraud esforzándose; sois vos, ¡por fin!

Y se acercó a nosotros jadeando, fatigado, pronto a caer rendido, y colocando, para sostenerse, una mano en el hombro de Achard y otra sobre el pescuezo de mi mula.

-¿Qué hay? repetimos.

Pero nuestro pobre amigo había hecho para reunirse a nosotros tales esfuerzos, que no podía ya hablar.

En fin, pasado un instante:

-Lo que hay, dijo, es que el coche ha volcado.

-¿Dónde?

-En un precipicio.

-¡Dios mío! ¿No habrá sucedido ninguna desgracia?

-No, por milagro.

Un movimiento de egoísmo agitó mi corazón; volví los ojos en torno mío para ver si estaba allí Alejandro.

-¿Y es eso todo? pregunté, porque otro pensamiento se presentó súbitamente a mi imaginación.

-Eso es lo que no puedo deciros, contestó Giraud; temo que no sea eso todo, por cuya razón he venido corriendo a buscaros.

-Entonces montad en mi mula, y yo iré a pie, dijo Alejandro.

-No, porque me resfriaría.

-Pues en marcha, en marcha, dije.

Y tomamos el camino por donde habíamos venido, con toda la rapidez de que eran capaces la Carbonera y la Capitana.

Durante esta vuelta, traté de hacer hablar a Giraud; pero se contentaba con responder a todas mis preguntas:

-Ya verás, ya veras.

El ya verás no quería decir nada, era evidente que Giraud trataba de sorprendernos con algún efecto.

Anduvimos cosa de media hora; y nos admirábamos de haber caminado tanto.

En fin, vimos al llegar a lo alto del montecillo de que ya he hablado, una luz que se agitaba a doscientos pasos de nosotros, y alrededor de esta luz, sombras que se agitaban también, aunque de diferente manera, que la luz que las iluminaba.

Picamos por última vez a nuestras mulas y llegamos al teatro del accidente.

-¡Ah! ¡sois vos! exclamaron nuestros amigos: ¡vive Dios que nos hemos escapado de buena!

Lancé una ojeada en torno mío.

-¿Y Desbarolles?, pregunté, ¿y Boulanger, dónde están?

Los dos sacaron la cabeza por la portezuela del coche, diciendo:

-Aquí, aquí estamos.

Se ocupaban de salvar los equipajes.

Maquet recibía los efectos con sus manos y los colocaba en tierra.

El zagal y el mayoral desenganchaban las mulas retenidas aún por los tiros.

Don Diego estaba sentado al borde de la hondonada, quejándose de tener hundidas una infinidad de costillas.

-Ahora, dijo Giraud, contempla el paisaje.

Y me condujo al borde del precipicio.

Retrocedí un paso, y sentí mi frente bañada de un sudor frío.

-¡Oh! sí; ¡es un milagro! respondí.

Habían volcado en esta quebrada, que ya nos había indicado la mula de Alejandro, separándose de ella instintivamente.

Una roca que salía de la tierra, como un solo y único diente que ha quedado en una mandíbula gigantesca, les había detenido en su caída.

La imperial del carruaje, completamente trastornada, pesaba sobre la roca.

A no ser por ella, todos hubieran caído precipitados a un abismo de cien pies de profundidad.

Achard y Alejandro se habían, por su parte, aproximado al precipicio, y el mismo vértigo se había apoderado de ellos que de mí.

-Pero, en fin, pregunté volviéndome hacia Maquet, ¿cómo ha sucedido todo esto?

-Preguntádselo a Giraud; por mi parte no puedo hablar cuatro palabras de seguida; me ahogo.

-¡Cuándo pienso que soy yo quien lo ha arreglado todo! dijo Giraud.

-¿Cómo tú?

-Yo tenía la cabeza sobre su pecho.

-Sin contar con que don Diego tenía el pie sobre mi cuello, dijo Maquet.

-Pero, en fin, ¿cómo sucedió esto?

-¡Oh! con la mayor facilidad del mundo. Nosotros platicábamos acerca de hechos de guerra y de amor, como dice Mr. Annibal de Coconnas. Desbarolles dormía; don Diego roncaba. Yo me preparaba dulcemente a tocar con un dedo la nariz de Desbarolles, cuando el carruaje se inclina...

-¡Oye! yo creo que vamos a dar un vuelco, dijo Boulanger.

-Yo creo que volcamos, añade Maquet.

-Yo creo que hemos volcado, digo yo.

En efecto, el carruaje se había acostado muellemente sobre el costado.

De repente, como si se hallase mal en esta posición, dio la vuelta del otro lado, en el que la tierra cedía bajo nuestro peso.

Aquí el negocio varió de aspecto; estábamos cabeza abajo y con los pies arriba, incrustados en medio de los cuchillos de caza, de las escopetas, con Maquet debajo, yo sobre Maquet y don Diego sobre mí.

El todo estaba embutido en Boulanger y Desbarolles.

-Calma, señores, dijo Boulanger; creo que estamos en un precipicio, que yo iba a mirar cuando el carruaje principió su evolución; cuantos menos movimientos hagamos, tantas más probabilidades tenemos de salir bien.

El consejo era bueno, y le seguimos. Solamente Maquet dijo con la sangre fría que le caracteriza:

-Haced lo que más convenga; pero no olvidéis que me ahogo, y que si esto dura cinco minutos sólo, muero.

Tú comprendes el efecto de la recomendación. Desbarolles, de repente despertado, y el único que se mantuvo en pie, en verdad; no puede negarse que hay un Dios para los dormilones. Desbarolles llamó a gritos al mayoral diciéndole que abriese.

El mayoral se ocupaba en quitar los tiros a las mulas, por cuyo motivo no se cuidó de nosotros más que si no existiéramos.

-Abrid, gritó Desbarolles, o rompo la portezuela.

Al oír un golpe entendió y abrió.

Desbarolles salió el primero, con la carabina en la mano.

Esto nos dio un tiempo, y don Diego pudo quitar su pie del cuello de Maquet.

Maquet se aprovechó también para renovar el aire de sus pulmones.

Una vez fuera Desbarolles tiró por don Diego, quien, después de mil esfuerzos se halló cerca, y en salvo, al lado de Desbarolles.

Entonces nos apresuramos, y Boulanger principió, a su vez, su ascensión.

Tratábase ahora de volvernos a mí y a Maquet que estaba casi sin conocimiento.

Con la ayuda de Boulanger y de Desbarolles, subí; en cuanto a don Diego había ido a sentarse donde ahora está.

Faltaba Maquet. Maquet era el más estropeado de todos nosotros, y el que también estaba más furioso; resultando de aquí que lo primero que hizo cuando se vio de pie, fue echarse sobre el mayoral y sacudirle algunos puñetazos.

¡Bravo, Maquet! exclamé; sois de mi escuela. ¡Veo que os habéis incomodado como si él tuviese culpa!

-Estudiad las localidades, dijo Maquet, y juzgaréis por vos mismo.

-En efecto, echando una mirada al camino, el accidente, suponiéndolo resultado de la casualidad, era incomprensible.

La grieta atajaba el camino; era, imposible que el zagal, que conducía las mulas por la brida, no hubiese visto el precipicio, puesto que lo había costeado y puesto que había debido necesariamente separar a las mulas para que no cayesen en él.

Después un hecho vino a complicar este accidente. Apenas se bajó el mayoral de su asiento, había quitado el farol y lo había apagado.

Esto previno a Maquet; cesó de sacudir al mayoral, le cogió por el cuello y le llevó hacia el abismo.

El mayoral creyó llegada su última hora, y se resistía con todas sus fuerzas. Pero Maquet tiene buenos puños y, a pesar de su resistencia, el mayoral a fuerza de culatazos, se encontró bien pronto al borde del abismo.

Se puso lívido.

-Si usted quiere matarme, máteme pronto, dijo cerrando los ojos.

Si hubiese resistido más, se hubiera perdido probablemente.
Esta humildad conmovió a Maquet, que le dejó.

-Ahora, dijo soltándole, es necesario avisar a Dumas. Hasta ahora no hemos pasado aún del principio de la función. ¡Un hombre de buena voluntad que haya conservado libres sus piernas y sus pulmones, un hombre para buscar a Dumas!

-Yo me ofrezco, dijo Giraud.

Y partió.

Vos sabéis lo demás, o más bien no sabéis nada aún, señora, porque el resto descendía en aquel momento de una pequeña montaña, que se destacaba vigorosamente en el horizonte y que la luna iluminaba con resplandores de plata.

Este horizonte estaba muy cerca de nosotros.

-Mirad, exclamé, un grupo de hombres, y extendí la mano hacia los que venían.

-Tres, cuatro, cinco, seis, siete, contó Giraud.

En aquel momento, el cañón de una carabina reflejó en un rayo de la luna, que después de haber brillado, desapareció como un relámpago.

-¡Bueno! ¡vienen armados! esto va a ser divertido.

-¡A las escopetas! señores, ¡a las escopetas! dije en voz baja, pero tan inteligible, sin embargo, que en un momento estuvimos todos armados.

Achard, que no tenía escopeta, se apoderó de un cuchillo de caza.

Entonces recordamos que las escopetas no estaban cargadas.

Los hombres se hallaban aún a cien pasos de nosotros, se les podía contar, eran siete.

Señores, dije, nos quedan tres minutos, esto es, el tiempo necesario para cargar tres veces: calma, y carguemos.

Todos se agruparon alrededor de mí. Desbarolles, el único cuya carabina estaba pronta a hacer fuego, se mantenía a cuatro pasos delante nosotros.

Alejandro estaba a mis pies, buscando cartuchos en su necessaire de vestir, y era el único cuya escopeta requería cartucho.

Todas las demás se cargaban con baqueta.

Los hombres estaban a diez pasos de nosotros cuando acabé de cargar.

Al punto hice sonar el resorte de gatillo.

A este ruido, que tan bien se oye en semejante circunstancia y cuya significación no es nunca dudosa, se detuvieron.

Alejandro había hecho ya otro tanto; Maquet, que acabó el tercero, siguió nuestro ejemplo.

Nos encontrábamos con diez tiros para defendernos. Tres de los nuestros eran cazadores y no hubieran seguramente errado el tiro a la distancia en que nos encontrábamos de los hombres aquellos.

-Ahora, dije a Desbarolles, señor intérprete jurado, hacedme el favor de preguntar a esos caballeros qué se les ofrece, indicándoles que el primero que avance un paso más, será hombre muerto.

Entonces, sea inocentemente, sea con malicia, el mayoral a quien habíamos obligado a que encendiese su farol, lo dejó caer a sus pies.

Durante este tiempo, Desbarolles traducía al español las palabras que le había encargado dirigiese a aquellos señores.

-Perfectamente, dije, cuando hubo concluido y cuando vimos que la traducción había producido su efecto. Ahora decid al mayoral que queremos ver claro, y por consiguiente no es este el momento de apagar su farol por segunda vez.

El mayoral comprendió sin que hubiese necesidad de traducirle nada y se apresuró a recoger el farol.

Hubo un momento de silencio solemne; estábamos divididos en dos grupos que se unían entre sí por medio de Desbarolles, colocado a cuatro pasos de nosotros y a quince de nuestros adversarios y manteniéndose en la posición de un centinela que reconoce a una patrulla.

El grupo español estaba en la sombra, el nuestro, al contrario, se hallaba iluminado por el trémulo farol. La luz que de él salía, hacía brillar los cañones de las escopetas y la hoja de los cuchillos de monte.

-Ahora, Desbarolles, continué, preguntad a esos señores a qué buena fortuna debemos el honor de su visita.

Desbarolles tradujo mi pregunta.

Venimos para socorrer a ustedes, contestó el que parecía jefe de la banda.

-¡Oh! esto es encantador respondí, pero ¿cómo han sabido esos señores que tenemos necesidad de socorros, cuando ni el mayoral ni el zagal se han separado de nosotros?

-Es verdad, dijo Desbarolles.

Y reprodujo mi pregunta, en castellano.

Era difícil responder a ella, así es que nuestros oficiosos batidores nocturnos, no respondieron.

-Papá, dijo Alejandro, tengo una idea. ¡Sería gracioso que robásemos a esos señores!

-Este pequeño Dumas, tiene una soberbia imaginación, dijo Giraud.

-A fe mía, dijo Achard, en vez de gastar tiempo en balde, sería mejor abrirles en canal.

-¿Sabéis de lo que se trata? continuó Desbarolles.

Nuestros hombres no contestaron nada; estaban atolondrados.

-Se trata de abriros en canal, si inmediatamente no tomáis el camino.

Esta declaración produjo cierta turbación en nuestros adversarios.

-Pero, exclamó el jefe, si no venimos con mala intención... todo lo contrario.

-¡Qué queréis! nosotros tenemos el alma muy mal hecha; y no queremos que nadie nos auxilie sino cuando lo pedimos.

Hicieron un movimiento como de retirada.

-Caballeros, dijo el mayoral, permiten ustedes que esos señores me ayuden a levantar el coche.

-Nada más justo; pero que esperen a que hayamos partido.

-¿Dónde?

-Al otro lado de la cuesta.

El mayoral les habló algunas palabras en español

-Está bien; nos alejamos.

Después añadieron el sacramental:

-Vaya usted, con Dios.

Y desaparecieron detrás de la colina.

-Vamos, dijo Giraud poniendo en tierra su carabina, he aquí una escena que me servirá para hacer mi primer cuadro.

Jaén 7 de noviembre de 1846

¡Oh parador de la Costuera! ¡oh preciosa reunión de Manoeli! ¡oh deseada casa, cuyos fríos cuartos nos parecieron tan dulces, cuyas flacas pollas nos parecieron tan tiernas! célebre parador, a quien yo prometería una inmortalidad semejante a la que don Quijote dio a La (1) Puerto Lapice, si fuese un Cervantes, parador en quien también halló cabida, en su lugar correspondiente por supuesto, nuestro famoso coche verde y amarillo descascarado por las peñas del precipicio de Villa-Mejor.

¡Que tu memoria quede en la de mis compañeros como ha quedado en la mía!

No creáis, señora, que esta es una de esas invocaciones poéticas destinadas a abrir un canto de alguna ilíada cómica. No ciertamente: es la expresión de un sentimiento de gratitud, que mi corazón difícilmente podría sofocar. En efecto, así como en ciertos momentos se halla uno atado, por decirlo así, a aquellos sitios que le han visto sufrir, ¿por qué no ha de venerar aquellos otros que lo van visto respirar después del infortunio?

El parador de la Costuera es uno de estos últimos sitios, porque jamás [83] viajeros entraron allí tan hambrientos, tan cansados, tan asendereados como nosotros. A pesar de aquella famosa escena nocturna con los dos arrieros, a pesar de mi disputa con el mayoral del coche verde y amarillo, disputa en que el digno alcalde hizo valer mi buen derecho con un fallo digno del rey Salomón, a pesar del sol de oro de la fuente del palacio, a pesar de las lavanderas del Tajo y las estatuas del puente, a pesar de todo, señora, ¡es tan singular el hombre! yo, y quizás todo esto había influido en ello, había amado a esa triste villa de Aranjuez, donde habíamos encontrado el parador de la Costuera, es decir: pan, vino, camas y venganza.

Ya os he dicho cómo habíamos abandonado todo esto, y cómo nos habíamos acomodado lo mejor posible para dormir, pues nos hallábamos sumamente necesitados de sueño.

Pero ¡ay! compadeceos de nosotros; a pesar de cuantas precauciones oportunas tomamos, ¡estaba escrito! no debíamos dormir.

Nosotros ignorábamos que los carruajes en España no se aventuran de noche en los caminos reales, o mejor dicho, que no se aventuran más que desde las tres de la mañana hasta las diez de la noche.

Habíamos partido ya para aquel hermoso país de las mentiras que se llama sueño, cuando se nos despertó anunciándonos que íbamos a hallar lecho y cena en Ocaña.

El nombre me admiró.

Yo recordaba haber visto en mi niñez unas figuras iluminadas por un grosero pincel, y representaban por cierto la batalla de Ocaña, ganada o perdida, no me acuerdo bien, por su majestad el emperador y rey, o uno [85] de sus generales. El emperador o el general extendía en primer plan un enorme brazo armado de una larga espada, o sable; su ejército estaba formado

todo en una fila, y pintado de una sola pincelada, de negro las gorras de pelo, de azul las casacas y de blanco los pantalones.

Los españoles eran todos amarillos.

En el fondo se veía la ciudad.

Estos recuerdos que me trasladaban a mi primera edad, impidieron que murmurase contra el mayoral que me despertaba.

Con nosotros se apearon tres viajeros cubiertos hasta los ojos por las capas y los sombreros.

-¡Bueno! dijo Alejandro, ¡he aquí tres originales! Giraud, saca el lápiz y disponte...

-Deben de ser gentes muy sociales, dijo Boulanger.

En tanto íbamos siguiendo los pasos de los tres, que entraron en una habitación larga, fría y desnuda, enmedio de la cual, o con más exactitud, dentro de la cual, una mesa colosal parecía llamar a sí cuando menos a cien viajeros.

Es verdad que sobre esta mesa no había otra cosa más que tenedores, cuchillos, garrafas llenas de agua, destinadas sin duda a reflejar la luz de una débil lámpara que ardía en medio de aquella gigantesca plataforma.

Así que invadimos la sala, el mozo avisado por el ruido, entró.

Llevaba una especie de casaca de color de tabaco y un pantalón amarillo; sus cabellos eran de un blanco verdoso. Como yo no he visto nunca cabellos semejantes, creí que pertenecían a una peluca fantástica, de capricho. Sus piernas temblaban como dos juncos bajo el peso de su cuerpo; su cara estaba arrugada como una naranja de un año. Edad... era imposible aplicar ninguna a esta figura, de que Hoffmann hubiera hecho, a haberla visto alguna vez, uno de sus más fantásticos personajes.

Hízonos con la mano una graciosa señal, para indicarnos que tomásemos asiento.

-¡Oh! ¡oh! exclamaron Giraud y Boulanger, a quien, como buen pintor, había chocado al instante nuestro mozo.

-¡Ah! ¡ah! exclamó Alejandro.

-Señores, dije yo a media voz, fiel a mi eterno papel de conciliador, henos ya de lleno en España; no riamos, os suplico, de cosas que nos parecen extrañas a nosotros, y que sin embargo, son muy naturales; yo creo que los primitivos habitantes del mundo, debieron llevar un casaquín [88] y unos pantalones amarillos, en nada desemejantes de los del mozo.

En este momento, uno de los españoles alzó la cabeza, y viendo al mozo, soltó la carcajada.

-Hola, Jocrisse, dijo.

-¡Ah! buenos días, Brunet, dijo el segundo. ¿Has tomado carta de naturaleza en España, grande hombre?

-Veréis, dijo el tercero, como vamos a ver entrar todavía a Potier, a quien creen muerto, y que habrá dejado su ingrato país viendo el éxito de los saltimbanquis.

Los tres españoles eran:

El primero, un francés de la calle Sainte-Appoline, que venía viajando por una casa de comercio de la calle Montmartre.

El segundo, un italiano naturalizado en Francia.

Y el tercero, un español nacido en Vaugirard, que hacía su primer viaje a España.

Éramos pues nueve viajeros, siete franceses, una cuarta parte de francés y un francés a medias.

De modo, que en un segundo, de silenciosos nos volvimos alborotadores, de reservados indiscretos.

Preciso es confesarlo, señora, la cena de Ocaña, excusaba esta transición. Componíase de una sopa azafranada, un poco de vaca, y un pollo tísico, a cuya derecha brillaba uno de esos platos de garbanzos, de los que ya he tenido el honor de hablaros; a cuya izquierda humeaba un plato de coles, de las que no os hablaré ciertamente.

La cena terminaba con una de esas ensaladas imposibles y que nadan en el agua; cuando estos diferentes objetos hubieron desaparecido, yo me volví hacia el mozo.

-¿Con qué es decir que no hay más?... pregunté.

-Nada, señores, nada, respondió.

-¿Y cuánto importa esta excelente cena?...

-Tres pesetas, señor, respondió Jocrisse.

Pagamos pues las tres pesetas.

-De buena gana comería alguna cosa más, dijo Alejandro.

-Señores, dijo el francés de la calle Sainte-Appoline: en uno de los bolsos del cupé, traigo un pato que mi patrón en Madrid, sujeto bastante avisado, me ha metido en él en el momento en que nos despedíamos.

-Y yo, señores, dije, traigo en la imperial de la diligencia una cesta... vamos, Giraud, es inútil que me des esos pisotones por debajo de la mesa, he dicho que traigo una cesta... que contiene un jamón de Granada, tres botellas de aceite, una de vinagre y dos de cerveza, sin contar las salchichas, aceitunas y otros comestibles que... Giraud, amigo mío, tú que eres, comisario general de los víveres...

Giraud lanzó un suspiro.

-Si no, irá Desbarolles, añadí.

-No, yo iré; ¡diablo! conozco demasiado a Desbarolles; es tan distraído, que sería capaz de comerse el jamón en el camino.

Desbarolles no contestó nada a esta acusación.

-Y yo, dijo el viajero de la calle Sainte-Appoline, voy a buscar un pato.

Ambos salieron; un momento después aparecieron trayendo cada uno lo que le correspondía.

-¡Oh! exclamamos nosotros a una reparando en el pato, ¡está asado!

-Asado; se nos contestó.

Preciso es deciros, señora, que el asador es un instrumento desconocido en España. En el diccionario se encuentra esta palabra, pero sin que pruebe esto más que la gran riqueza de la lengua española.

En Madrid, había recorrido yo, con el diccionario en la mano, todas las tiendas de fierro, pero en ninguna parte había encontrado asador alguno. Tres o cuatro de sus dueños más letrados, conocían la palabra; uno de ellos que había viajado más, recordaba haber visto uno en Burdeos.

-¿Hay aquí algún asador? pregunté.

-No, pero hay una espada, una verdadera daga de Toledo.

-Sea bien venida la espada, como lo ha sido el pato.

En un instante el desgraciado pato fue destrozado y devorado sin piedad.

Inmediatamente, el jamón, las salchichas, la cerveza, el aceite y el vinagre, cosas por las que había Giraud arriesgado tan generosamente su vida cuando la catástrofe de Villa-Mejor, aparecieron sobre la mesa con admiración del mozo de los pantalones amarillos.

Enseguida nos dirigimos a nuestras camas, es decir, a las que con este nombre nos señalaron, para dar al sueño el tiempo que ya era suyo.

Pero en el momento en que íbamos a entregarnos en sus brazos, Jocrisse apareció... ¡Pronto! ¡pronto! ¡señores! dijo.

-¿Por qué, pronto?

-La diligencia de Granada espera.

Todos nos volvimos hacia Maquet. Vos sabéis, señora, que Maquet unía a sus funciones de ecónomo, plaza esencialmente creada para él, las de reloj. Quiero decir que era como los muezzines, pues estaba encargado de anunciarnos en alta voz la hora siempre que se necesitaba.

Conoció al instante lo que esperábamos de él.

-¡Bah! acabo de dar cuerda a mi reloj y no es más que la una, dijo.

-¡Mira! ¡una hora! dijo Desbarolles.

-¡Una hora y media! respondió el horrible mozo; ¡pronto, pronto, señores!

-Vamos, levantémonos dije yo tristemente.

-Por mi parte, yo no tengo necesidad de levantarme, dijo Giraud; aún no me había acostado.

-¿Pues qué hacías?

-Me estaba peinando.

Giraud, señora, tiene un flaco. Largo tiempo ha estado sin hacer caso, para nada, de sus cabellos y parecía no tener en llevarlos bien peinados y compuestos ningún orgullo. Pero, al fin ha tenido que arreglárselos, y esto le ha inspirado el único sentimiento de fatuidad que yo le he conocido todavía. Pasa en su toillette capilar una hora por la mañana y otra por la tarde, gasta, y no cortas cantidades, en pomadas, y roba todos los peines que encuentra por donde pasa.

Diez minutos después, los más tardíos, estaban en pie. Yo había dado el ejemplo. En un viaje, la exactitud es casi una virtud, y puedo decir en mi alabanza que el terrible pronto de los españoles, y el inexorable fissa de los árabes, jamás me ha encontrado poco dispuesto y tardío.

De repente, vimos venir a Maquet pálido de cólera e indignación. Sus cabellos se habían erizado.

-¿Qué hay? preguntamos todos sin poder obtener una respuesta.

-Hay, respondió al cabo de algún tiempo, que las mulas no están todavía prontas, que la diligencia duerme en medio del patio muy santamente, que ni el zagal ni el mayoral están levantados, y que lo que nos sucede no es otra cosa que una pillada de ese pícaro infernal de Jocrisse.

-Voy ahora mismo a cortarle las orejas, dijo majestuosamente Desbarolles, abriendo su navaja.

-Córtaselas, dijo Giraud, córtaselas.

Desbarolles había contado con que nos echaríamos sobre él para detenerle; pero se engañó. Puesto ya por Giraud en el caso de cumplir, de realizar su venganza, no tuvo más remedio que salir.

Diez minutos después, volvió a aparecer sin la navaja, la traía en el bolsillo, y con las manos vírgenes de toda especie de orejas.

En vano había buscado al mozo; el pícaro viejo debió de meterse en algún agujero invisible a los ojos del viajero. Probablemente en aquel momento dormía ese sueño que los malvados han venido a robar al hombre justo.

Voy a explicaros, señora, la táctica de los mozos de posada españoles:

Los viajeros se acuestan después de cenar, a las once.

Deben volver a ponerse en camino a las tres.

Para despertarlos a los tres menos cuarto, notad bien esto, sería preciso que el mozo, bien con pantalón amarillo o de otro color, bien en calzoncillos, se levantase a las tres menos veinticinco minutos.

¿No lo creéis así, señora?...

Él hace sus haciendas del día siguiente desde las once, hasta la medianoche. A medianoche despierta a los viajeros; enseguida se retira a su aposento ignorado, donde los remordimientos le esperan quizás, pero donde los viajeros no pueden dar con él.

De esta manera, cuenta con cinco horas de reposo, y además con la que ha ganado haciendo sus quehaceres de por la mañana, por la noche: total, seis horas.

-Esto es muy ingenioso, ¿lo es verdad?...

Pero, vos me contestaréis, las imprecaciones de los viajeros deben forzosamente despertarle.

No tal, le arrullan. Además, como dice y muy bien Desbarolles, los viajeros en España son por lo general franceses, ingleses o alemanes. De modo que vierten sus juramentos en su lengua natal, y el mozo no los comprende.

Nosotros nos arrojamos, vestidos aún, unos sobre las camas, otros sobre las sillas, otros, eran los sibaritas de la tropa, se metieron entre las sábanas.

A más de las dos y media, subimos a la diligencia y dejamos la posada de Ocaña. Una muchacha nos sirvió el chocolate antes de nuestra partida. Este escasísimo consuelo, nos calentó, pero no nos consoló.

Por fin partimos al galope de ocho mulas.

Esta rapidez hubiera sido una compensación, sino hubiera tenido tanto de aflicción.

En efecto, la velocidad, este placer del viaje, no es tal en todos los caminos. Para probaros que en España no hay tal placer, debo haceros una descripción de sus caminos, de los carruajes que los sulcan y de la marcha de éstos.

En un radio de diez a quince leguas alrededor de Madrid, apresurémonos a reconocerlo, los caminos son transitables, fuera de aquellos días en que la lluvia ha empapado el suelo o el sol hendido la tierra reseca, y en fin aquellos en que los canteros han trabajado en su restauración; saliendo ya de Aranjuez, hay diez leguas francesas de Aranjuez a Madrid, como es natural que tanto el rey como la reina nunca tengan intención de ir más allá, el cantero descansa en la indulgencia del celador de caminos.

¡Ah, señora! el único retiro que pido a Dios allá para mis viejos días, es el que me haga cantero en uno de los caminos de España.

El cantero en España no tiene otra obligación que ver pasar a los viajeros, cosa sumamente pintoresca.

En sus ratos perdidos, y cuando no hay viajeros que mirar, recoge un número limitado de piedras de un tamaño limitado también, y las va echando en una espuerta para levarlas a las quebraduras del camino y echarlas allí.

Yo creo que por los estatutos establecidos entre los canteros, el número de las piedras debe ser el de doce y su tamaño el de un huevo.

¡Pues bien, señora! gracias a la rapidez de la marcha que no permite que el coche ceda su inclinación, rara vez sucede algún accidente. Solamente, hay que sufrir fuertes sacudidas, que le hacen saltar a uno sobre su asiento, lo cual es siempre divertido, por verificarse unas diez veces por legua.

Ciertamente yendo al trote, el mayoral evitaría al viajero todos estos saltos y sobresaltos; pero el postillón español, tiene la fama de conducir siempre por el aire a los viajeros y no quiere perderla, así que los árboles huyen, las casas vuelan, los horizontes corren paralelamente al coche como banderolas fantásticas; tras las llanuras pajizas, vienen las montañas azuladas; tras estas otras llanuras limitadas por montañas blancas, espléndidos tapices de terciopelo violeta, sobre los cuales siembra la nieve grandes manchas de plata.

La Mancha es un país severo.

Enmedio de sus áridos páramos vinimos por fin a despertar. Acuérdome ahora de D. Quijote, y no podía menos ya de pensar en él; en primer lugar ayer hemos pasado por Tembleque, cuyos molinos de viento parece que aún están desafiando al amante de la bella Dulcinea, en segundo, nos hemos detenido para almorzar en la venta de Quijada, de la que el héroe de Cervantes lleva el nombre; además, hemos comido en puerto Lapice, en aquella célebre posada en que el rey de los caballeros andantes encontró a aquellas dos buenas mozas que él tomó por unas señoritas; y que, Dios me perdone, de todo tenían menos de esto.

Destino sin duda es de esta posada verse honrada siempre por las más lindas muchachas: dos adorables rostros nos recibieron sonriendo, y no eran todavía, más que una débil muestra de la hermosura que nos esperaba.

El ama de la casa tenía once hijas; las dos que primero se ofrecieron a nuestros ojos, se llamaban Concha y Dolores.

Puerto Lapice es una garganta no poco pintoresca situada entre dos cadenas de montañas. La venta de Quijada, no es otra cosa que una especie de castillo casi arruinado, cuyas dos torres angulares, carcomidas por el tiempo, conservan aún una hilera de troneras.

Yo he contado dos ventanas en esta venta. Ambas anuncian un primer piso; otras tres iluminan la sala de abajo. Otra en fin da a una pequeña habitación, que quizás fue la destinada para biblioteca de los libros caballerescos, ¡aquellos que el buen cura quemó!...

Mas, vos diréis: ¿creéis por dicha en la existencia de D. Quijote? ¿No pensáis como los demás que es sola una idealidad? ¿Quién sabe, señora? Muchos de mis personajes que se creen sueños de mi imaginación, han hablado, han vivido, y hablan y viven todavía, y Cervantes pudo muy bien conocer a D. Quijote, como yo he conocido a Antony y a Montecristo.

Mientras almorzábamos, el frío nos hizo acordar de una extensa plaza que alumbraba el sol, y al punto corrimos hacia la puerta con la intención de calentarnos en ella un rato.

Pero el zagal y el mayoral estaban ya prontos, y era preciso subir a la diligencia luego; lo que hicimos cambiando algunas señas de despedida, algún adiós accionado, con las once hijas de nuestra patrona, las cuales las recibieron con la dignidad de once princesas de las Mil y una noches.

A medida que avanzábamos, las llanuras nos comenzaban a parecer menos áridas, los horizontes menos abrasados. Cualquiera hubiera dicho que, abajo, por detrás de la montaña, se sentía ya venir a la hermosa y alegre Andalucía, con sus castañuelas en las manos, y su corona de flores en la cabeza.

Bien pronto, divisando en torno siempre un hermoso paisaje, entramos en la encantadora villa de Manzanares.

¡Qué alegre, qué risueña vida la de los pueblos del Mediodía, qué ruido no interrumpido de canciones, qué eterna música de guitarras! cada sala baja de las casas está llena de lindos jóvenes, que deshojando la flor del azafrán, arrancan sus pistilos, alfombrando el suelo del color de sus llanuras. Sus cabellos son tan negros que casi parecen azules, sus ojos grandes, de terciopelo, su frente de un blanco mate, sus mejillas vivamente encendidas.

Una hora pasamos viendo aquellas manitas jugar rápidamente con los cálices, de las flores, mejor diría, entre ellos.

Durante esta hora, entramos en diez o doce casas; en cada una y cada vez que el intérprete Desbarolles tomaba la palabra, las risas iban poco a poco haciéndose perceptibles, hasta subir a los tonos más elevados del diapasón. Pero en aquellas risas no había hiel, malicia... ¡además, se perdona tan fácilmente a una bonita boca que ríe, y que riendo nos muestra unos lindos dientes!

A aquellas risas se juntaban los epigramas, las ocurrencias, las andaluzadas, como dicen en el país.

Esto era muy natural. Nosotros éramos franceses; quiero decir, nosotros pertenecíamos al desgraciado pueblo que los españoles miran como el más ridículo de todos los pueblos de la tierra.

Los españoles han encontrado el medio de burlarse de nosotros. ¿Qué queréis, señora? esto prueba que nosotros somos menos malignos que ellos; nosotros que a pesar de todo, somos los inventores del Vaudeville.

Manzanares nos ha ofrecido otro espectáculo más, el de la improvisación, que ha elegido sitio, asiento en que colocarse, en la plaza.

Se nos ha presentado bajo el aspecto de una pobre ciega de treinta a treinta y cinco años, que distribuye generosamente los cumplimientos y las flores, que indiferentemente habla en latín y en español, y que, yo no soy voto respecto al segundo, pero por lo que respecta al primero, me atrevería a decir que no es absolutamente inadmisible.

Habíamos perdido, o más bien ganado, mucho tiempo mirando a las lindas hijas de Manzanares. El mayoral nos reunió en la plaza en el momento en que Giraud iba a empezar un dibujo de ella y nos previno que íbamos a partir.

Fue preciso obedecer. Por otra parte la improvisadora que nos perseguía con sus versos latino-castellanos, no dejaba de consolarnos del sentimiento de la partida.

Adiós, señora; el mayoral nos anuncia que dormiremos esta noche en Valdepeñas. ¡Tanto mejor! así beberemos ese famoso vino cuyo nombre halaga tan agradablemente los oídos españoles.

Granada 25 de noviembre de 1840

Sin embargo, una cosa nos inquietaba; habíamos sabido, al subir al carruaje, que una diligencia que se dirigía a Sevilla iba delante de nosotros. Como nosotros, los que iban en esta diligencia, debían cenar en Valdepeñas, y no es seguramente en España en donde más puede aplicarse este proverbio pitagórico: donde come uno, comen dos.

No era esto en vano rumor; precedíamos, en efecto, una diligencia atestada de viajeros. Así que, cuando llegamos al parador, encontramos las mesas guarnecidas, sino de manjares, por lo menos de convidados.

Nos repartimos al punto en el parador, lo cual hizo fruncir las cejas a los doce viajeros. Debíamos explorar todo el establecimiento. Después de la exploración el punto general de reunión era el comedor.

Diez minutos después, estábamos todos juntos excepto Alejandro y Desbarolles.

Había yo descubierto la cocina, y estaba de inteligencia con el jefe.

Giraud había descubierto la moza y allá se las compuso con ella para el arreglo de las camas.

Boulanger había descubierto castañas y llenado los bolsillos.

Maquet había descubierto el correo, y sabido que no había en Valdepeñas más cartas para él, que en Madrid y en Toledo.

Alejandro y Desbarolles llegaron. Abriendo las puertas casualmente, habían descubierto otras cosas no menos encantadoras que las que nosotros habíamos descubierto. No os diré, señora, lo que Alejandro y Desbarolles descubrieron; básteos saber solamente que los dos imprudentes se hubieran transformado en ciervos como Actéon... si no hubiera pasado el tiempo de las metamorfosis.

Restábamos que descubrir un sitio en la mesa. Los primeros que habían llegado, contentos con vernos reunidos, y asegurados por esta reunión de los descubrimientos que podíamos hacer, se apresuraron a estrecharse y a ofrecernos el sitio que deseábamos.

Principió la cena.

No hay que decir que habíamos pedido Valdepeñas.

El primero que probó el licor que se nos sirvió, le escupió inmediatamente, bajo la mesa.

-¿Qué es eso? pregunté a Desbarolles.

Preciso es deciros, señora, que Desbarolles nos había estado volviendo la cabeza hacía quince días, pintándonos las delicias que reservaba a nuestra sensualidad la provincia que atravesábamos.

Desbarolles hizo una señal de cabeza y llamó al moso. El moso acudió:

-¿No tenéis mejor vino que este? le pregunté.

-Si le quiere usted.

-Venga.

El moso desapareció, y cinco minutos después volvió a entrar con dos botellas en la mano.

-¿Es este el mejor? preguntó Desbarolles.

-Sí, señor.

Gustamos esta segunda edición. Era revisada, corregida y aumentada, esto es, peor aún que la primera.

Comenzamos a llover imprecaciones sobre Desbarolles y Giraud, que nos habían prometido néctar, mientras que no nos daban ni aún heces.

-Ea, dijo Giraud levantándose, no andemos con bromas; nosotros hemos prometido a la sociedad vino de Valdepeñas... ¿dónde está? vamos a buscarle.

-Vamos, dijo Desbarolles levantándose a su vez y tomando su carabina.

Salieron los dos.

Diez minutos después volvieron, trayendo cada uno por un asa una enorme olla que contenía de unas dos y media a tres azumbres de un vino negro y espeso que se derramó inmediatamente en nuestros vasos.

Probamos este, que era el legítimo Valdepeñas, con su áspero y excitante sabor.

Giraud y Desbarolles habían ido a buscarlo a la taberna. No doy por vos estos pormenores, señora; vos, os contentáis, como todos sabemos, con humedecer vuestros labios en un vaso de agua, por cuyo medio os refrescáis y aplacáis vuestra sed. Pero las cartas que tengo el honor de escribiros están destinadas a tener cierta publicidad, y es bueno que las personas menos inmateriales que vos sepan, señora, donde se halla ese famoso Valdepeñas desconocido en las posadas.

Este vino espeso y áspero que, para los verdaderos bebedores, tiene la ventaja de no apagar la sed, excitó en nosotros fácilmente el deseo de encontrar las mejores camas posibles, a fin de confiarlas por espacio de cuatro o cinco horas nuestras personas estrujadas y doloridas por los bruscos vaivenes de la diligencia.

Esto entraba en la especialidad de Giraud, que había descubierto la camarera.

Esta camarera era una muchacha de catorce años, tan alta como lo es en Francia una niña de diez. Llevaba trenzados con tan negligente elegancia sus inmensos cabellos negros, lanzaban sus ojos castaños un fuego tan sabiamente combinado con el de los interlocutores, que a la primera mirada llamaba la atención.

En efecto, esta joven nos obligó a mirarla con más curiosidad que hubiera podido hacerlo una mujer hermosa o fea.

Acento, sonrisa, postura, todo en ella estaba diciendo: «soy mujer», admiradme o amadme; pero sobre todo, miradme.

Esta singular criaturilla, a quien nos contentamos con mirar; nos indicó nuestros cuartos preguntándonos si se nos ofrecía algo. Entonces cada uno abrió su necessaire, pidió agua fría o caliente, y principió su toillette nocturna. Ya fuese por inocencia, ya por decoro nada inquietó a nuestra muchacha. Continuó en sus quehaceres, cruzándose entre nosotros como una culebra, comprendiendo y ejecutando nuestros menores deseos, ya verbales, ya mímicos, con una agilidad, una exactitud y una inteligencia prodigiosa.

Persuadidos de que no la veríamos el día siguiente, la dimos dos monedas y la despedimos.

A medianoche, como habíamos previsto, nos despertó el mozo. Entonces conocimos que esta es una táctica familiar a todos los mozos del mediodía de España; pero no hicimos ningún caso de la llamada, nos contentamos con responder a la manera de los mozos de las fondas:

-Está bien. Allá vamos.

Ya se deja conocer que a imitación también de los mozos de fondas, no fuimos.

Sabíamos que el coche era nuestro como Luis XIV sabía que el Estado era de él.

A las tres nos fue a despertar el mayoral en persona. Detrás del mayoral marchaba nuestra pequeña sirviente.

-¡Oh! señores, dijo ella, con el tono más lastimero que pudo, la patrona me ha visto recibir las monedas que ustedes me han dado, me las ha cogido y me he quedado sin ninguna.

Y todo esto lo dijo, con las manos suplicantes, los ojos humedecidos, y los cabellos tendidos sobre sus espaldas morenas.

No creímos una palabra de la historia, y sin embargo, la dimos la moneda que pedía.

¡Pobrecilla! ¡si por una moneda prodigas tantas sonrisas, adorables miradas y roces con tus manecitas, tendrás muchas monedas, o más bien no perderás, antes de tiempo, tus amables sonrisas y tus miradas húmedas y magnéticas!

Partimos, pasadas dos horas, el día nació y naciendo nos envió, con su primer soplo, las más dulces emanaciones que hubiéramos respirado aún.

Todo esto pasaba en Sierra Morena, en la cual íbamos a entrar. Era un compuesto de aromas que arrojan a la brisa las adelfas, las madroñeras de frutos de púrpura y los arbustos resinosos, que hay en esa magnífica cadena de montañas.

El límite de Andalucía esta marcado por una columna, llamada la piedra de la Santa Verónica, probablemente porque sobre esta piedra está grabada la cara de Cristo.

En un encuentro entre los carlistas y los cristinos, fue acribillada de balazos la columna, y milagrosamente ninguna de estas balas tocó la cara de Nuestro Señor.

Echamos pie a tierra en Despeñaperros. Nada más suave y más desolado al mismo tiempo, señora, que el camino, que seguíamos.

Por todas partes, como os he dicho, se veían mirtos, lentiscos, madroñeras, esto es, flores, frutos, perfumes. Después, enmedio de este inmenso oasis, de vez en cuando, una pobre casa abandonada desde las guerras de 1809 y que ve pasar a los viajeros con sus ventanas sin marcos, como vería un muerto con órbitas sin pupilas. Entonces se aproxima uno con curiosidad a este esqueleto vacío y silencioso, y se reconoce que a falta del hombre se ha hecho propiedad de las palomas torcaces y zorros, huéspedes incompatibles al parecer, pero que se acomodan perfectamente ya en el sótano, ya en los paredones.

No podré deciros, señora, cuanto tiempo tardamos en atravesar esta admirable cadena de montañas, tan temida en otra época a causa de los ladrones. Lo que únicamente os diré es que llegamos con un excelente apetito a la Carolina, pequeña villa poblada por Carlos III, en la cual debíamos encontrar, según nos aseguraba nuestra Guía de España, el lenguaje, las costumbres y el rígido aseo de Alemania, de donde había traído Carlos III los primeros colonos.

Nosotros no encontramos más que casas de puerta tan baja que al trasponer el umbral de la que se nos señaló como posada, por poco se mata Maquet.

Desgraciadamente, detrás de estas puertas fatales, no hallamos más que algunas jícaras de chocolate que se nos hizo pagar seis veces más de su valor.

Después de la Carolina, pasamos por Bailén, ciudad importante y tristemente célebre por la capitulación del general Dupont. Allí se rindieron 17.000 franceses a 40.000 españoles. Dejaremos a los historiadores la resolución de este problema de vergüenza, primer ataque dado a la virginidad de la gloria napoleónica.

Os diré también, señora, que con una exquisita delicadeza, no me acuerdo ya que periódico español ha abierto en sus columnas una suscripción, durante la permanencia de los príncipes franceses en Madrid, para erigir un monumento al vencedor de Bailén.

De este modo, como el vencedor de Bailén, tiene ya el gran cordón de la legión de honor, se ve a la par honrado por los españoles y por los franceses.

Por la tarde, a los rayos del sol poniente, nos acercamos a Jaén, antigua capital del reino del mismo nombre. Aproximándonos más, encontramos por primera vez el Guadalquivir; Oued-el-Kebir; es decir el gran río. Los moros admirados de ver tanta agua a la vez, saludaron al río, con esa exclamación, de la cual, sus sucesores han formado el nombre Guadalquivir.

Jaén es una inmensa montaña, de color leonado. El sol devorándola, la ha dado ese color de hollín claro, sobre el cual antiguas murallas árabes destacan sus caprichosos dibujos. La ciudad africana, construida en lo alto, ha descendido poco a poco hasta la llanura. Las calles principian en el primer estribo y van subiendo desde el momento en que se pasa la puerta de Bailén.

Hicimos alto en una posada, en donde no debíamos salir hasta media noche. Mis compañeros se aprovecharon de este intermedio para trepar a lo más elevado de la montaña, en cuanto a mí, permanecí en la posada; tenía que ocuparme en otra cosa mejor, en escribiros.

Volvieron con ese entusiasmo excesivo de los que quieren inspirar a los otros el sentimiento de no haber visto lo que ellos.

Vieron, pues, a la luz de los últimos rayos del sol, el magnífico paisaje que acabábamos de recorrer y, alumbrados con antorchas, la gigantesca catedral que parece querer luchar en masa y elevación con la montaña que tiene a sus espaldas.

Esta catedral posee, entre sus tesoros; los canónigos al menos lo han asegurado así a nuestros compañeros, señora, el lienzo auténtico sobre el cual la Santa Verónica recogió, con el sudor de su pasión, la imagen del rostro de Jesucristo.

A medianoche partimos. Parece que la hora de los ladrones varía, según las Españas. Vos lo recordaréis, señora; en la Mancha salían de medianoche a las tres de la madrugada; en Andalucía duermen desde la tres a la medianoche.

Por lo demás, se nos dijo que los había feroces entre Granada y Córdoba. No se sabía decirnos el punto fijo en que los encontraríamos, pero cuando nos aproximemos a él lo sabremos. En cuanto a ellos, he prometido que ninguna consideración nos detendría para robarlos.

Partimos a medianoche, sin tener necesidad esta vez de que nos despertase un moso de pantalón amarillo ni una vivaracha camarera, porque no nos acostamos. El mayoral nos ofreció llegar a Granada el día siguiente a las siete de la mañana.

El día siguiente, al abrir los ojos preguntamos por esa Granada tan prometida, no se la distinguía aún, pero veíamos dibujarse en el horizonte los pintorescos dentellones de Sierra-Nevada, a cuya espalda está Granada.

La nieve que cubría estos dentellones, estaba teñida de un admirable color de rosa.

Avanzábamos más y más por el seno de una vegetación africana, dejando a los dos lados del camino gigantescos aloes y monstruosos caelas. Al lejos, y de cuando en cuando, un palmero de penachos inmóviles, parecía brotar en medio de la llanura, como un hijo de otra tierra olvidada por los antiguos conquistadores de Andalucía.

En fin, Granada apareció.

Al contrario de las demás ciudades de España, Granada envía algunas de sus casas delante de los viajeros. Una legua antes de llegar a la ciudad reina, se encuentran en el camino, como pajes y damas de honor que preceden a su señor, una infinidad de edificios que parecen tomar la llanura misma por jardines; en fin, estas casas se unen, se estrechan, forman una masa compacta, se franquea un cinturón de murallas y se entra en Granada.

Con el bonito nombre de Granada, señora, habéis construido ya en vuestra imaginación una ciudad de la edad media, medio gótica, medio morisca. Ella lanza sus minaretes hasta el cielo; ella abre sus puertas en ojivos orientales, y sus rejas treboladas en calles sombreadas por pabellones de brocado. ¡Ay! señora; dad un soplo a ese encantador castillo, y contentaos con la pura y sencilla realidad; la pura y simple verdad es ya bastante bella.

Granada es una ciudad de casas bastante bajas, de calles estrechas y tortuosas; sus ventanas cuadradas y casi siempre sin adornos, están cerradas por balcones de hierro de barras entrecruzadas de tal modo a veces, que costaría trabajo pasar el brazo a través de sus huecos.

Bajo estos balcones suspiran por la noche los enamorados granadinos. De lo alto de estos balcones oyen las serenatas las bellas andaluzas; porque, no hay que engañarse, nosotros nos hallamos en el corazón de Andalucía, la patria de los Almaviva y de las Rosita, donde todo permanece aún como en tiempos de Fígaro y de Suzzane.

Giraud y Desbarolles han cargado con la responsabilidad de nuestro hospedaje. Ni uno ni otro creía volver a Granada, así es que han saludalo a cada casa con gritos de alegría. El hecho es, señora, que principio a creer que hay una felicidad mayor que la de ver a Granada, la de volverla a ver.

En consecuencia Giraud y Desbarolles nos condujeron a casa de su antiguo huésped, el señor Pepino. Ellos son quienes le han bautizado así. No me preguntéis el por qué, señora; lo ignoro. Este excelente hombre vive en la calle del Silencio. Con compañeros tan alborotadores como nosotros, la calle del Silencio corre mucho peligro de cambiar de nombre.

El señor Pepino tiene una casa de pupillos, la cual corresponde a ciertos hôtels de los alrededores de la Sorbona, en los cuales se da de comer y dormir a nuestros estudiantes. Ignoro

aún lo que eran los pupillos del señor Pepino. Si lo averiguo algún día, señora, tendré el honor de participároslo.

Así que entramos en la casa, pedimos baños. El señor Pepino nos miró con sorpresa, repitiendo: ¡baños! ¡baños! como un hombre que no entiende lo que se le quiere decir.

Hemos llevado más lejos la indiscreción.

Hemos procedido, en consecuencia, a la instalación, no pudiendo proceder a otra cosa. El señor Pepino ha hecho salir a tres o cuatro pupillos y nos ha cedido sus cuartos. Resulta de esta evolución, que tengo para mí solo un bonito gabinete desde el cual os escribo. Nuestros compañeros, según he oído decir, están también poco más o menos.

Debo deciros señora, que nuestra llegada era conocida. Mr. Monier, creo, que había escrito con anticipación. Resulta de aquí que una hora después de mi llegada, y cuando me preparaba a escribir, he recibido una comisión de los redactores del Capricho, que me han obsequiado con versos impresos con oro en papel de color. Yo he tomado una simple cuartilla de papel blanco, a falta de otro, y he contestado a su galantería con los diez versos siguientes, que habrán tenido al menos a sus ojos el mérito de la improvisación, ya que no otro.

A los Sres. redactores del Capricho.

Pourquoi quand le seigneur ent d'amour et de miel
Fait Grenade la soeur des deux fieres Castilles,
A-t-il voulu semer sous ses noires mantilles.
La moitié des rayons qu'il gardait pour son ciel?
Pourquei donnant jadis la douce serenade
Aux anciens troubadours chantant les anciens preux.
Donne-t-il aujour d'hui les poetes beureux
Qui parfument encore les jardins de Grenade?
C'est que Dieu n'a creé Grenade et l'Alhambra
Que pour le jour ou Dieu du ciel se lassera.

Preciso es deciros, señora, que he visto aún poco de Granada y nada de la Alhambra. Pero hablo con confianza, seguro, como estoy anticipadamente, de encontrar maravillosa todo esto.

Con nuestros poetas se hallaba el señor conde de Ahumeda, que me parece un buen hidalgo; y estoy convencido de que es uno de esos hombres a quien hubiera sentido no ver más que de paso.

Después de nuestros poetas y del señor conde de Ahumeda se ha presentado uno de nuestros compañeros, tan españolizado que yo le he creído un español; es un viajero entusiasta que, pasando por Granada con un daguerrotipo, se ha detenido en ella. Ya hace dos años que habita en Granada y no puede decidirse a dejarla.

Circe detenía por la fuerza de sus encantos; Granada por el solo encanto de su sonrisa.

Conturier se llama nuestro compatriota, señora, y se nos ha ofrecido como cicerone. Hemos aceptado, y el primer servicio que le exijo es que me acompañe al correo, donde, en cinco minutos, habré echado esta carta, a la que encargo os haga presentes mis afectos.

Librodot

Enseguida, señora, visitaremos el Generalife y la Alhambra.

NOTA DEL EDITOR

Aquí terminan las Cartas Selectas de Alejandro Dumas que ha publicado La Presse. El África se ha quedado en el tintero del escritor. ¡Cuánto cabe en el tal tintero! Se conoce que es tan elástico como la conciencia de monsieur Dumas.

Dumas y sus cartas selectas

O sea Vindicación de España por D. Wenceslao Ayguals de Izco

Introducción

Pues donde las dan las toman
y todo títere chilla
y mil críticos se asoman,
soltemos la toravilla
y con su pan se lo coman.

En hora menguada y maldecida hubo de anunciar al público la Sociedad Literaria a una traducción de las selectas epístolas que con pluma le avestruz endilgó el aristocrático romancero; pues que tal polvareda levantó en gracia de Dios, que cual tímidas avecillas temimos ser devorados por el neblí de la prensa periodística. Se nos prodigaron mil piropos desde la aparición del PROSPECTO, porque como los distinguidos literatos no leen, chillaron a pulmón en gaznate contra el infortunado editor, y hasta al periodiquín camaleón antojósele hombrear, dando a la pública luz cuatro donosos regloncitos, flor y nata de la sal española. Plugo a La Unión trasladar a sus lectores aquel modelo de elocuencia, y entonces fue cuando se nos vino a las mientes dirigir a madama la atenta comunicación que sigue:

Sres. redactores de La Unión.

Muy señores míos: en su apreciable periódico del 9 de este mes, (abril), tuvieron ustedes la humorada de copiar unas cuantas líneas del Popular, en que con la donosura peculiar de este acreditado papel, se censuraba el que la Sociedad Literaria diese a luz una traducción de la última producción de Dumas. Me reí de las lindezas que se me prodigaban y no las consideré merecedoras de contestación; pero como veo que ahora se han resuelto ustedes a incurrir en el mismo pecado, esto es, a dar por folletín la misma obra, alegando que no quieren dejar pasar sin correctivo las injurias que nos regala el autor, espero de su imparcialidad den a conocer al público, que en esta parte están ustedes perfectamente de acuerdo con la Sociedad Literaria, pues dijo esta en su prospecto que a las cartas de Dumas seguirá un análisis en que se refutarán los

errores, y se dejará en buen lugar el honor nacional, haciendo que aparezca la verdad en todo su esplendor.

Es cierto que en el expresado prospecto se prodigaron elogios a Dumas. Creo que esto no debe extrañarse cuando ustedes mismos le dan el título de primer novelista francés.

No quiero aventurar todavía mi pobre opinión sobre el mérito literario y la poca consideración con que pueda tratar a la nación española el autor francés, hallándose aún esta obra en sus primeros capítulos; pero crean ustedes que nadie podrá aventajar al que esto escribe en el celo y energía con que procurará rechazar cuanto sea ofensivo a nuestra patria etc.

Si ustedes se dignan insertar en su apreciable periódico estas líneas, les quedará agradecido su atento seguro servidor etc.

Si los literatos leyesen, hubiérase a buen seguro contenido la irascibilidad de los caritativos censores que laceraron nuestro amor propio con su satírica péñola; pero les perdonamos esta gracia, en gracia de ser españoles, y nos coligamos todos para zurrar la pámpana al escritor franchute y sus compinches, y venga el espinche y pinche que te pinche, hasta que desaparezcan tales chinches, o ancha roncha se les hinche, que de dolor relinchen, o se mueran de un berrinche, amén.

Capítulo primero

Donde las dan las toman

Pelillos pues a la mar y manos a la obra que no es cosa del otro jueves el niquiscocio, ni somos acá tan ponchos que nos dejemos cascar las liendres sin luengas tornas, ni consentimos que ningún hombre de paja o monigote nos pise el rabo, señor marqués de LA PAILLETERIE. Si su merced porque es Monsieur y porque es marqués, se ha creído con derecho a zaherir impunemente a la nación del DOS DE MAYO, se ha equivocado su merced gabacha, de un modo solemne, porque acá no se sufren las pulgas del Sena, y en diciendo ¡a ese! todo bicho extranjero que se insolenta contra la patria del Cid suele hallar la horma de su zapato...

y ha de escuchar, por mi vida
verdades de tomo y lomo,
y ha de quedar como eccehomo
con la osamenta molida,
sin saber cuando ni como.

El dramaturgo de los puñales y de los venenos ha querido echarla de bufonzuelo, y ha hecho como Lucas-Gómez, con perdón sea dicho. Ha ensartado sandeces sobre gazapas, quedándose como en un pílori a la pública vergüenza, según expresión, del licenciado Palomeque. El tagarote más tartajoso no hablará con mayor torpeza de nuestras cosas, ni borrajeará con tan raquítico magín el fárrago de las cartas selectas que acaba de dar a luz el célebre farandulero y dedicar a su fermosa Dulcinea del Toboso. Mi gallina ha puesto un huevo, y ese huero, y sin embargo cacarea que se desgañita.

Antojósele al buen marqués de la Palleterie, hacer el retrato de España y África en un mismo cuadro, como quien dice: «tan bárbaros son los españoles como los africanos» y de este modo ha empezado el transpirenaico marqués a insultarnos desde el título de su insípido aborto, como si fuésemos por acá gentuza de toda broza que nos dejásemos macular de cualquiera gatallón de allende.

Magnífico será sin duda un retrato debido a los mágicos pinceles del célebre Monsieur; pero es el caso que en nada se parece al original, y se nos ocurre que al autor se le ha trasconejado de la cholla precisamente la idea más esencial, pues nada hubiérale costado imitar el ejemplo de aquel famoso pintor, que al pie de un gallo que acababa de dibujar puso con letras gordas: Este es un gallo, sin duda para que los inteligentes no fuesen a creer que era algún puercoespín o camello pardal. Volvamos a monsieur Dumas ya que hablamos de camellos: monsieur Dumas debía haber puesto al fin de las cartas selectas que se refieren a nuestras costumbres: ESTA ES ESPAÑA, porque de otro modo creerán los lectores hallarse en un país en que todos son salvajes menos el señor don Mariano Roca de Togores, a quien el señor marqués rompe la crisma con su incensario hasta hacerle saltar la sangre por las gertas.

Preciso es confesar que tenía chispa el buen franchute cuando escribió sus decantadas epístolas... pero ¡qué chispa, loado sea Dios!

¡Sobre que el pícaro nene,
es de escritores ejemplo,
y se conoce que tiene
una chispa como un templo!

Por ellas hemos sabido cosas ignoradas del más lince, como el que Bayona pertenece a España, y otras de extraordinario y universal interés, verbigracia que un tal monsieur Boulanger es mal jinete, que monsieur Giraud es un Heliogábalo y que monsieur Desbarolles es un manso cordero que se deja aplastar las narices. «Giraud, señora, (Dice Dumas) no parece sino que tiene en sí algo que se despierta cuando Desbarolles se duerme. Así que esto último sucede, Giraud se aproxima, le pone el pulgar sobre la nariz y apoya hasta que la nariz desaparece, enteramente sepultada entre el mostacho. Ordinariamente cuando la nariz ha llegado a este punto de compresión, Desbarolles despierta, pronto a reñir con el insolente que se toma tales libertades con un órgano a quien él constantemente ha prohibido el tabaco para conservarle su elegancia nativa. Mas así que reconoce a Giraud, sonría con aquella buena y angelical sonrisa que no he visto en otros labios que los suyos, veinte años hace que se tratan ambos; Giraud habrá hecho un millón de veces la consabida operación, un millón de veces también se ha sonreído Desbarolles de la manera bondadosa que os he dicho...» Pero si creyó monsieur Alejandro que los españoles somos de igual pasta, se equivocó torpemente, que acá no permitimos a ningún títere campar de garulla. Vengan en hora buena él y toda la gazapina de sus compinches a enseñar las habilidades de sus monos y sus micos, vengan a que baile el oso al son del organillo. Todo lo que sea hacer el oso les sienta bien a ciertos hijos del Sena; pero de ningún modo toleramos que se nos suban a las barbas los que vienen a mendigar gazofia y compasión, a estañar nuestros calderos, a limpiar nuestras chimeneas y a dar lustro a nuestras botas puestos de hinojos a nuestros pies. A buen seguro que no habrá visto en su vida monsieur Dumas a ningún español ejercer en Francia tan degradantes oficios. ¿Y esto por qué?

Porque limpios como el sol
conservamos nuestros fueros,
y no se humilla a extranjeros

el libre pueblo español.

¿Qué nos importa a nosotros que Mr. Monier saliese a recibirle en pañetes, esto es, en mangas de camisa y calzoncillos? Si cree el autor de las epístolas granjearse con el relato de estas lindezas el título de escritor jocoso, yerra el camino, porque las vaciedades sólo semejan donosuras a los tontos y demás gente de gallaruza.

Añade Mr. Dumas que no se come en Madrid, es decir, que los españoles vivimos del aire como el camaleón, así es que no hay en la corte de España cocineros, y los extranjeros a quienes aprieta la gazuza y que a pesar de sus progresos en la ilustración no han descubierto aún el busilis de vivir sin manducar, tienen que condimentarse el alimento por sus propias manos pecadoras, y si el señor marqués de la Pailleterie no fuese un sabio universal, hubiérase muerto de hambre en España; pero como el célebre romancero sirve lo mismo para escribir una novela que para hacer un fricandó, o asar una pierna de cabrito con trufas, encasquetose su gorro de algodón, ciñó su correspondiente mandil y aderezó un jerricote que trascendía.

Empuñando la sartén
condimentó un rico pisto,
en menos de un santiamén
el autor del Monte-Cristo.

Después de haber asegurado el bueno de don Alejandro que los descendientes de Padilla no comen, dice luego que toman chocolate en dedales: sólo faltaba para completar su pensamiento sublime, que hubiese añadido: «los sastres se ponen una jícara en el dedo para coser.» ¡Viva Dios que tienen perendengues los chistes de los gabachos!

Añade monsieur Dumas con su piquito de oro y esa gracia y esa sal que, por todas partes chorrean sus nunca bien ponderadas epístolas, que los sombreros de sus compañeros de viaje no habían podido soportar el sol africano de Barcelona y Murcia, y se habían aplastado; pero como en España se carece de sombrereros lo mismo que de cocineros, añade que Desbarolles tuvo la ocurrencia de llevar el suyo a componer en casa de un relojero. ¡Qué ocurrencias tan felices tienen los franceses! ¡Qué talento! ¡Qué ilustración!

Animales hay en Flandes;
pero en Francia son más grandes.

Para no verse en otro chasco el marqués de la Palleterie y toda su cuchipanda, tuvieron nada menos que adoptar el traje español, que según nuestro amable apologista, consiste en sombrero calañés, chaquetilla bordada con alamares, faja encarnada, calzón corto, botín y capa andaluza; por manera que todos los que en España no llevan este traje son rusos o musulmanes, y cuando se les rompe la levita o el pantalón, tienen que llevarlo a componer en casa de algún ebanista, así como llevó Mr. Desbarolles a casa de relojero su sombrero gibus.

¡Dumas estaría bueno
con su gigantesca facha!
No es para gente gabacha
el traje de macareno.

También tiene alma la otra ocurrencia de afirmar de un modo grave y solemne que el duque de Osuna es propietario de siete ladrones, con quienes supone Dumas que junta meriendas; pero,

semejante zangamanga no debe extrañarse en quien temía ser asaltado por los bandidos en medio de las calles de Madrid a las doce del día.

Dumas y sus satélites sonaban siempre en ladrones para justificar acaso cierto proverbio, que por lo manoseado no queremos repetir. Lo cierto es que por confesión del mismo Dumas, Giraud que robaba todos los peines que encontraba por donde pasaba (véase la página 95 de este tomo, línea 11) merecía toda la severidad con que castigan las leyes a LOS LADRONES DOMÉSTICOS, que son los de peor condición entre todos los ladrones, ¿Y Alejandrito el digno hijo de su padre, que todo quería tirarlo al degüello? A lo menos Desbarolles contentábase con abrir su navaja y correr a guisa de asesino para cortar las orejas a un prójimo, que tuvo la caridad de avisarles que iba a partir la diligencia; pero Alejandrito aspiraba al título de estrangulador cuando menos, después de su inclinación al robo de las gavetas de su padre, según confesión del mismo, en la segunda epístola en que dice: es corto de lengua y largo de manos... se burla de mí... siempre está pronto a robarme mi bolsillo (véase tomo 1.º página 43 las cuatro últimas líneas). El criadito Pablo es también una alhaja, cuyo menor defecto era el emborracharse. (Véase la línea 2.ª del folio 55 tomo primero). Si todos los franceses tuviesen semejantes inclinaciones y tan finos modales como los señores Dumas y comparsa, no hay duda que podrían con razón hacer alarde de marchar al frente de la civilización europea, entendiéndola como Mr. Dumas en razón exclusiva y directa con los progresos de la cocina.

Dicen que los franchutes
son unos bolos;
mas para asar chuletas
se pintan solos.
¡Vivan las plumas
con que escribe sandeces
el señor Dumas!

Y ¡ay! jaleo, jaleo, jaleo,
que cuando escribo la pluma meneo.

Felicísimo está, sobre todo, el bueno del marqués de nuevo cuño y luce de lo lindo su inagotable gracia en la descripción de las corridas de toros.

¡Con qué salero se chunga!
¡Don Alejandro es alhaja!...
ni un andaluz le aventaja
en gracejo ni en sandunga.

En primer lugar, y no hay que tomarlo a pulla, distingue con el nombre de toreros únicamente a los espadas, porque cree a buen seguro monsieur Dumas que los demás lidiadores son volatines; así dice «picadores, chulos, banderilleros y TOREROS, estaban vestidos con maravilloso lujo.» Pero donde anda el franchute muy acertado es en el retrato que hace de Cúchares: asegura muy formalote que es hombre de treinta y seis a cuarenta años, cuando sólo frisa en los veintiocho, que es delgado, y precisamente es rechoncho. ¿No hay por aquí una casa de Orates?

Porque, amigos, está visto,
si se reflexiona un poco,
que se nos ha vuelto loco

Librodot

el autor de Monte-Cristo.

Sin duda para probar nuestra barbarie, dice Dumas que vitoreamos a los toros que hacen mayores estragos. Vive Dios que el bueno de don Alejandro no repara en pelillos cuando se trata de mentir. Jamás en ninguna plaza de España se han dado vivas a los toros, lo que se aplaude es el valor y la destreza de los lidiadores.

La extravagancia de Mr. Dumas llega al extremo de asegurar que una vez que el toro hirió a un picador el circo aplaudió frenéticamente: los gritos de ¡Bravo, toro! no cesaban. Algunas voces más entusiastas, le llamaban guapo mozo, querido toro...

Calle esa lengua, gabacho,
que me hace salir de quicio.
Si no has perdido tu juicio
vive Dios que estás...

Apuesto un ojo de la cara, a que todos mis lectores adivinan el piropo que omito. ¿Y qué significa esto? Que es justísima la calificación, toda vez que el insigne farandulero no repara en tiquis miquis cuando se trata de calumniarnos, ni hay remoque de que no haga uso villano en nuestro desdoro.

Entrométese en zarzas y matorrales, vaga de aquí para allí por zancas y por barrancas sin más afán que zampuzarnos en el zafareche de sus imposturas; justo y muy justo es que nos tomemos en consecuencia la más cumplida revancha sin que tenga el trufaldín derecho alguno a gazmiarse de la zurribanda que provoca.

Ya que el escritor mordaz
nos reta a sangrienta riña,
de todo tendrá la viña,
uvas, pámpanos y agraz.

Capítulo II
España y sus detractores

Hemos usado hasta aquí de un estilo festivo si bien sarcástico y punzante contra el novelista francés, porque hemos creído que no merecían grave y formal refutación los sandios absurdos e insignes falsedades que con inaudita avilantez estampa en sus menguadas epístolas. La ingratitud y ridícula mala fe que destellan todas sus líneas excitan más bien nuestra risa y desprecio que nuestra indignación; pero cuando consideramos que mintiendo su autor a la faz del mundo, asegura que su gobierno le confió la honorífica, misión de estudiar nuestros hábitos y costumbres para describir el estado moral de nuestro país, el extravagante proceder de Mr. Dumas se hace de todo punto inexcusable criminal, probando hasta la evidencia la perversidad de corazón del cruento escritor que se huelga en aglomerar en sus novelas horribles espectáculos de sangre, en que rara vez triunfa la inocencia, y en que las más desenfrenadas pasiones y feroces alardes, alternando con licenciosas escenas de escándalo y prostitución, quedan impunes como para alentar innobles sentimientos de ruin venganza, de oprobio y de inmoralidad. Este sí que es un instinto verdaderamente salvaje y brutal, que no sólo asesina al bello ideal de la buena literatura,

sino que pervierte el gusto de los lectores y coloca en estado de vergonzosa decadencia a esa nación que admira y aplaude las patibularias y repugnantes escenas del poeta frenético, que vaga sin brújula por el océano de los horrores, divinizando a los reyes, entonando himnos de alabanza a sus crímenes y prodigando insultos al pueblo trabajador.

El digno trovador de los palacios, el apologista de la aristocracia, no se contenta con albergar en su pecho tan bastardas inclinaciones, sino que entre ellas, huélgase en hacer alarde de su inaudita ingratitud, de esa pasión crapulosa que jamás hizo palpitar a los corazones generosos, a las almas grandes y elevadas que aspiran a granjearse encumbrada nombradía y ceñir los hermosos laureles de la inmortalidad.

¿Cómo se atreve el villano extranjero a calumniar a esta nación magnánima, después de los constantes obsequios que recibió de la sociedad española? Alejandro Dumas fue acogido en España, como suele acoger esta nación generosa y benéfica a cuantos extranjeros pisan su hospitalario recinto. Personas ilustradas prodigáronle benévolas y cordiales distinciones, porque así entendemos los principios de civilización y urbanidad nosotros los salvajes de España, los que en el concepto del famoso escritor estamos al nivel de los africanos.

Esperábase que un hombre de talento, emisario del mismo trono, nos haría justicia vengando a la España de los groseros insultos con que la mala fe e ignorancia de imbéciles o malvados extranjeros han hecho cundir por otros países gravísimas preocupaciones, chabacanos absurdos y errores inauditos para amancillar el carácter español; pero en breve han quedado desvanecidas estas bellas ilusiones, y hemos visto con asombro al hombre que pretende granjearse el título de Príncipe de los escritores, inventar falsías, escribir sandeces, fulminar calumnias contra la nación que acababa de prodigarle generosas atenciones. Si es esta la ilustración de la Francia, bien hace monsieur Dumas en poner la España a la altura del África, porque en tal caso, preferimos mil veces parecernos a los africanos que a los franceses.

Monsieur Dumas que como asqueroso reptil se arrastra siempre no solo en rededor de los personajes de regia estirpe, sino que lame los pies de encumbrados palaciegos, habrá querido sin duda rendir su homenaje de estúpida adulación al osado ministro que a la faz de Europa calificó de brutales los instintos de los españoles. ¿Cómo había de elogiar Dumas a un pueblo que tan bárbaramente había sido tratado por el primer diplomático francés?

Y mientras Dumas zurcía de falsedades su libelo, mientras soñaba a todas horas en los bandidos que pudieran asaltarle por las calles de Madrid, los periódicos franceses relataban el reciente robo verificado en Francia, de una crecida cantidad que conducía una diligencia, caudales del mismo gobierno, que con toda su sabiduría y sagacidad no ha descubierto aún a los ladrones franceses, y ha quedado impune este horrible atentado.

¿Y cómo se atreve un escritor monárquico a zaherir a la España sólo por halagar al ministro de su rey? ¿Cómo se atreve a decir que los españoles adolecemos de instintos brutales el gobierno de una nación, en donde, organizados los asesinos y regicidas, apenas pasa un año sin que el mortífero plomo amague la vida del monarca?

Sepan pues Mr. Guizot y Mr. Dumas, sepan Mr. Gautier y Mr. Beauvoir, sepan Mr. Achard y Mr. Janin, y cuantos se han saboreado en la ilustrada tarea de prodigarnos groseras invectivas, sepan que despreciamos soberanamente sus insensatas torpezas.

La mala fe, el designio infame que ha presidido en las epístolas de Dumas, no está precisamente en las vaciedades que atesoran, sino en lo que calla el desatentado escritor. ¿Qué dice Dumas de nuestros establecimientos tipográficos, comerciales y fabriles? ¿Qué del estado de nuestra literatura? ¿Qué de nuestros antiguos monumentos y preciosidades? ¿No ha visitado acaso esos reales sitios, cuya arquitectura asombra, cuya magnificencia deslumbra?

¿Hay en Paris ni en parte alguna las maravillas del Escorial? ¡Y Dumas las calla! Y Dumas se entretiene en hacernos una insípida descripción de la posada de este mismo real sitio, que como el de Aranjuez y el de la Granja, ha sido siempre objeto de admiración de los verdaderos sabios de todas las naciones.

¿Y dónde fue Dumas a buscar el tipo de las gracias andaluzas? A un figón miserable, en donde se entregaban a la embriaguez y a la licencia multitud de haraposos y repugnantes gitanos de ambos sexos. Conócese que el novelista francés, ávido de escenas de crápula, dábales la preferencia sobre la buena sociedad española que nada envidia a la de París, y sobre los preciosos monumentos de Sevilla, Cádiz, Granada y demás ciudades de suelo andaluz, suelo pintoresco y privilegiado, en donde, las gracias del bello sexo, a pesar de las diatribas de Dumas y de los sarcasmos de sus colegas, han alcanzado universal celebridad.

¿A qué molestarnos todavía? La patria de tantos varones ilustres, cuyas obras en todos los ramos de la humana inteligencia han servido de modelo a los demás países, debe compadecer la impotente rabia de sus detractores.

En justificación de nuestro aserto, permítasenos reproducir un trozo de diálogo que estampamos en el capítulo séptimo de la primera parte de María la hija de un jornalero, entre un francés insolente y un español celoso de las glorias de su Patria.

Dice así:

«Don Luis, joven de fibra republicana, no podía dejar desapercibidas las epigramáticas palabras del extranjero.

-Caballero -le dijo después de haberle estado contemplando con altanería- sepa usted que está usted en España.

-Demasiado se conoce, amigo mío -dijo el francés soltando una estrepitosa carcajada.- Las atrocidades de ayer... los asesinatos cometidos en personas indefensas... la sangre de infelices religiosos brutalmente derramada, está diciendo que en este país se aprende a ser héroes en la plaza lo los toros.

-Y dígame usted, caballero -dijo don Luis con forzada sonrisa, expresión de la ira que los insultos del extranjero iban despertando en su pecho- dígame usted ¿en qué escuela aprendieron a ser héroes los que inundaron la Francia de sangre en su revolución?

-¡Oh!... ¡bah!... ¿querrá usted confundir las turbas desenfrenadas con la parte sensata de la nación francesa?

-Yo no; pero usted es precisamente el que trata de confundir esas turbas con el pueblo español... esas turbas en las que suelen figurar siempre en primera línea hombres criminales, vagos llenos de vicios, y crapulosos extranjeros.

-Parece que se altera usted demasiado, amable joven -dijo sonriéndose el francés;- pero ya que tan prendado está usted de su digna patria, quisiera que discutiésemos con calma sobre este particular. ¿No me haría usted el favor de decirme, amable joven, qué es lo que debe la Europa a la ilustración de España?

-La Europa debe más a España que a esas naciones que la calumnian torpemente -exclamó con calor don Luis suponiendo que la patria del anciano Séneca y del joven Lucano es una mansión de irracionales envilecidos. Afortunadamente, señor mío, no todos los extranjeros son injustos como usted. Si algunos se huelgan en nuestro descrédito, los hay sabios y justos, los hay imparciales y de buena fe, que reconocen el mérito de esta nación magnánima.

-Ciertamente, amable joven -dijo el francés siempre con burlona sonrisa en los labios- siento no conocer a esos sabios que han elogiado a la patria de Séneca, como dice usted, mi buen amigo. ¡La patria de Séneca!... ¡Oh! esto solo es un gran mérito.

-No me sorprende, caballero, que no tenga usted noticia de los apologistas de España, porque los que menos saben, suelen ser con frecuencia los que más critican; y para que mis citas no le sean a usted sospechosas, empezaré por la del sabio Denina, que en 1786 probó en la academia de ciencias de Berlín, que la España ha marchado siempre en línea más avanzada de la civilización europea; pero como se halla en posición de ser la nación más rica y floreciente por los preciosos tributos que naturaleza le prodiga, ha sido siempre envidiada de las demás naciones. Pero esta España tan combatida, en medio de una continuación de sucesiones violentas, en medio de una sujeción sucesiva y no interrumpida jamás, a fenicios, cartagineses, romanos, septentrionales, sarracenos... en medio de sangrientas luchas civiles, intestinas, de sucesión, de principios... frecuentes levantamientos de estados, usurpaciones de provincias por la envidia política, dominaciones tiránicas, influencias opresoras, anatemas del Vaticano, no sólo se presenta altiva, sino que se encamina a dar UN GRITO DE SALVACIÓN que la colocará un día a vanguardia de la ilustración universal.

-Casi me voy convenciendo de eso -repuso en tono sardónico el francés- porque... ya se ve... ¡ha habido en España tantos sabios!... ¡Han descollado tan esclarecidos varones en todas ciencias y artes!... Pero me parece que tendremos que contentarnos con Lucano y con Séneca...

Al oír esto, que dijo el francés recalcando los nombres de Lucano y Séneca con insolente escarnio, un hombrecillo gordo soltó grandes carcajadas. Entonces se enfureció don Luis y rompiendo un plato en la cabeza de aquel inverosímil adefesio, que merced a la peluca rubia no recibió lesión ninguna, exclamó con voz de trueno:

-Que nos calumnien los extranjeros... pase en gracia de la envidia que nos tienen; pero yo no sufro que un español se burle de su patria... no debe, no, ningún español reírse cuando se trata de pintar andrajosa, bárbara y estúpida a su nación, porque, como dice nuestro erudito Forner, si este retrato fuese verdadero, al tiempo de hacerle debiera irse regando con lágrimas de sangre. Cuando ardía Roma, solo Nerón tañía la cítara.

Un silencio sepulcral siguió a las palabras de don Luis que, después de algunos momentos continuó:

-Larga tarea sería nombrar ahora cuantos varones han descollado en España; pero quisiera que usted, caballero, no se limitase a contestarme con una sonrisa necia que nada significa...

quisiera que me citase un canonista que exceda a nuestro don Antonio Agustín, un maestro de elocuencia como Quintiliano, un historiador más imparcial y sabio que Mariana. De los críticos de autores antiguos uno que exceda en tino, juicio y moderación a Núñez Pinciano: de los médicos uno más metódico que Vallés, o que haya entendido e imitado mejor a Hipócrates: de los gramáticos uno que sobrepuje al Brocense... de los poetas latinos uno que oscurezca la elegancia y solidez de Montano, o que iguale a la nunca vista fecundidad de Mariner: de los filósofos uno de mayor juicio y sagacidad que Vives: de los teólogos un Cano: de los filólogos un Salas... pero sería nunca acabar si había de recorrer todos los ramos de la humana inteligencia, aunque de cada ciencia y arte sólo nombrase uno de los muchísimos sabios antiguos y modernos que honran a la España y la colocan en eminente predicamento.

-¡Oh pardiez! toda esa retahíla de botarates -dijo en ademán de desprecio el francés- no vale un bledo en comparación del peor de nuestros clásicos poetas dramáticos. ¡El mundo entero debe postrarse y besar el polvo ante los esclarecidos nombres de un Corneille, de un Racine, de un Voltaire!...

-En España somos más justos que los extranjeros -respondió don Luis- porque no envidiamos las glorias de ninguna nación. En España, al paso que no sufrimos insultos de nadie, reconocemos el mérito y le acatamos, donde quiera que se ostente. Grande fue Voltaire, sublime fue Racine, arrebatador era Corneille; pero la Francia, ese país en el cual reconozco ilustración y progreso, en vez de negar a mi patria el mérito de que justamente blasona, confesar debe (2) que ha enriquecido su repertorio dramático con obras cuyo fondo ha tomado de la literatura española. Cuantos tienen una idea de las producciones de Moliere y de Corneille saben lo mucho que han aprovechado estos autores de las invenciones de Lope de Vega y de Calderón de la Barca, y ni usted ni nadie podrá negarme que la época luminosa de la tragedia francesa señalose por la imitación de un drama español de Guillen de Castro, el Cid.

-Ese es demasiado orgullo, caballerito -exclamó el francés.

Este extranjero era uno de los que nos calumnian sin tener el menor conocimiento de lo que es España, ni la más leve idea de los varones doctos que en todas épocas la han ilustrado, tanto en la carrera de las armas como en la de las letras. Viéndose pues vencido por la erudición del joven español, apeló al sarcasmo, que es el arma que oponen los necios y pedantes a los argumentos de la sana lógica; y en tono de mofa, añadió:

-Cáspita ¿con qué según eso, todo se lo debe la Francia a la dichosa patria de Séneca? ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

-El francés soltó una risotada insolente y dijo: -¡En mi vida he oído una sarta de desatinos tan garrafales! Lo cierto es, a pesar de todo cuanto usted acaba de decir, que este es un país miserable, desmoralizado... un país de cafres...

-Miente usted como un villano -exclamó colérico don Luis, dando un puñetazo en la mesa y poniéndose en pie.»

En el capítulo noveno de la parte segunda de la misma obra, hemos dicho hablando de la literatura dramática:

«La España, cuna gloriosa de Lope de Vega, Calderón, Moreto, Tirso de Molina, Guillén de Castro y tantos otros varones ilustres que florecieron en el siglo XVII, esta España tan vilmente

calumniada y combatida por la asquerosa envidia de los pedantes de otros países; hace dos siglos que colocada en honroso predicamento suministraba ya modelos de buen gusto a todas las naciones civilizadas, y los más célebres ingenios dramáticos de toda Europa, abastecían los teatros con imitaciones de nuestros esclarecidos poetas. Y no se crea que el ardiente amor que a nuestra patria profesamos nos ciega hasta el punto de aventurar en su elogio asertos exagerados. Es una verdad incuestionable que nos han hecho la justicia de confesar muchos sabios extranjeros admiradores de nuestras glorias; porque la verdadera sabiduría acata el mérito do quiera que germine, mientras sólo la torpe ignorancia padece y se consume de ira al contemplar triunfos ajenos.

«El mentiroso, dice un escritor francés, imitación de una comedia que escribió Alarcón con el título de La verdad sospechosa y la tragedia del Cid, tomada por el gran Corneille de Guillén de Castro, sacaron el arte dramático francés, de una infancia de que no quería salir, y cada vez que el eminente poeta Corneille sentíase desfallecer, apoyábase en los modelos españoles y recobraba su energía. En pos de Guillén de Castro consultaba a Calderón, el más sublime de los poetas trágicos, a Alarcón el mayor moralista cómico, y últimamente a Lope de Vega, modelo indispensable, repertorio encantador y universal.»

En la Historia filosófica y literaria del teatro francés por Mr. Hipólito Lucas, se dice, que hasta que Hardy se dedicó a traducir las comedias españolas, no dio la escena francesa señales de vida.

Mayret obtuvo un éxito asombroso con la traducción de una comedia de Rojas. La-Serre alborotó París con otra traducción.

Un ilustrado escritor italiano, el erudito Riccoboni, calificó el teatro español de mina inagotable para todas las naciones; y por último, traduciremos lo que dice Denina en el discurso que leyó a la academia de Berlín en sesión pública del 26 de enero de 1786:

«Si los españoles, con su fecunda imaginación, no hubiesen suministrado asuntos y planes a los poetas de las demás naciones, la Francia hubiera visto largo tiempo sus teatros en el estado más lastimoso. Cuando se critica a los españoles la irregularidad de sus dramas, debiera hacerse una reflexión que les disculpa. Habiéndose prodigiosamente cambiado las costumbres desde los tiempos heroicos, esas unidades tan inculcadas no eran ya convenientes, y los españoles han creído que podían agradar e instruir sin sujetar su prodigioso ingenio a tan mezquinas trabas. No es cuestión de averiguar si las producciones de Lope de Vega, Calderón, Moreto y otros españoles están arregladas a los preceptos de Aristóteles y de Horacio como las de Corneille y Moliere, lo que se pregunta es, si estos restauradores del teatro francés se han aprovechado de lo que habían escrito antes que ellos los poetas españoles. De esto no cabe la menor duda, por manera que los franceses deben a los españoles todas sus glorias teatrales. Y lo más digno de admiración y elogio, es que en ese número infinito de comedias españolas que han abastecido largo tiempo los teatros de París, Londres y Venecia, apenas se conoce una en la que no imperen los principios esenciales de moral y de religión. Esto no puede desgraciadamente decirse de las obras dramáticas originales de las demás naciones.»

Podríamos citar otros muchos escritores extranjeros que han rendido su homenaje de justicia a nuestra ilustración; pero no queremos fatigar la atención de nuestros lectores, cuando queda probado que los dicterios que han prodigado a España sus detractores se desvanecen ante la sana lógica cual desaparecen las imágenes tenebrosas ante los rayos del sol.»

Queda pues demostrado que afortunadamente no todos los extranjeros son injustos, y que en la misma Francia se reconoce el mérito de los españoles. La inmensa mayoría de todos los países hace justicia a nuestra cultura y hay escritores de primera categoría, que como el popular EUGENIO SUE se complacen en reconocer los progresos y glorias de España.

Despreciemos pues los delirios de Dumas de ese hombre extravagante que ha caído ya en descrédito hasta en su propia nación, en donde sus mismos amigos no tienen otra disculpa para atenuar sus atrocidades que exclamar: EL POBRE DUMAS SE HA VUELTO LOCO.

Apéndice

Habiendo citado a Vives como uno de los sabios que más honran a su patria creemos que serán leídas con gusto las siguientes líneas del erudito Forner:

La multitud de doctores extranjeros que acudían a España a llevar de ella a sus patrias las ciencias matemáticas y naturales de que carecían, da un evidente testimonio de que cuando los griegos, que arrojó a Italia la toma de Constantinopla por los mahometanos, esparcieron con la lengua griega los estudios de humanidad y el sabor de la filosofía de su país, no era el del Ebro, el que más necesidad tenía de sus lecciones. Le aprovecharon, ¿por qué se ha de negar? y no fue pequeña gloria para España señalar la ilustración que recibía con nuevos beneficios a la literatura. En efecto, no bien se restituye a España el doctísimo Antonio de Nebrija cargado con los despojos de las letras griegas y latinas, cuando abriendo la guerra contra los arcursianos manifiesta la barbarie de sus comentos, y se declara primer restaurador del derecho que fundó el español Adriano, comprovincial suyo. Alciato puede tener la gloria de haber escrito mayores volúmenes; pero el breve diccionario jurídico de Nebrija, en corto papel fue la brújula que dirigió el rumbo allanado después por el grande arzobispo de Tarragona. ¿Y qué diré yo aquí del gran ministro de Fernando el Católico y la prudente Isabel? ¿de aquel eterno honor de la púrpura cardenalicia? ¿del que con raro ejemplo de integridad supo hermanar la política con la religión, la justicia con el poder, las riquezas con la sabiduría; a quien ni la autoridad, ni la adulación, ni el crédito, ni la peligrosa sagacidad del talento áulico desviaron jamás del austero ejercicio de la virtud, con la cual, como otros falsos políticos con el vicio y engaño, sembró en su nación las semillas de aquella grandeza que debajo del victorioso Carlos encogió y dejó atónita a toda Europa? Su escuela de Alcalá no fue hija en todo de la universal reforma que se atribuye a los griegos expatriados. Con larga sucesión se derivaron a ella, sin salir de los límites de la Península, el conocimiento de los idiomas de Oriente, que no vino de Constantinopla; los estudios sagrados y jurídicos que florecían ya en España con suficiente cultura; las ciencias matemáticas que eran enseñadas por profesores españoles en París, y las naturales que en toda su extensión fueron provincia más propia del árabe que del griego. No negaré que la Políglota Complutense recibió alguna luz de la que resurtió en España por la fuga de los Crisoloras, Lascaris, Gazas, Trapezuncios: el griego Demetrio asistió a la erección de este durable monumento que consagró a la religión el prudentísimo prelado: pero ninguna nación de Europa presentará a aquella sazón mayor número de varones, doctísimos en lo que no enseñaron los griegos y se sabía en España, que fuesen capaces de desempeñar la ardua empresa que acabaron dichosamente Alfonso de Zamora, el Pinciano, Nebrija, los dos Vergaras, Zúñiga, Coronel y Alfonso de Alcalá. El legítimo uso de la erudición oriental nació en esta época para Europa, cuando ya en España era, no sólo común, pero empleada debidamente en asuntos dignos, como lo acreditó el franciscano Raimundo Martini, aprovechadísimo alumno de la escuela de Barcelona. Son vanas las pretensiones de algunos países sobre el principal influjo en la restauración universal de la literatura, que se observó generalmente al tiempo del imperio de

Carlos V. Los estudios sagrados jamás decayeron en España, como es fácil probar por una continuada serie de prelados y teólogos españoles consumadísimos, que disfrutó Roma sin interrupción. La enseñanza de las lenguas orientales fue también fruto de los conatos de dos doctos españoles. El uno de ellos, Raimundo Lulio, comenzó el primero a apartarse del común de filosofar, y el otro perfeccionó por suprema autoridad la legislación de la iglesia. Nebrija hecho jurisconsulto en España, unió al derecho las humanidades que tomó de los griegos de Italia, y dio principio a extinguir la barbarie con que los jurisconsultos italianos habían afeado y hecho ridículo el derecho de Roma. La medicina lejos de decaer, logró manifiestos aumentos entre las manos de los árabes en España: y tiene mi patria la gloria de no haber dado de sí los hediondos comentadores que sobrecargaron la medicina árabe con explicaciones vanísimas: y antes bien tiene la de contar entre los mayores de su saber, haber dado a la tiara un médico; no bárbaro en siglo bárbaro, el desgraciado Juan XXI. En suma, Italia, España, Francia, Alemania, aprendieron la erudición grecánica, no unas de otras, sino de los griegos que la persecución mahometana arrojó al centro del cristianismo. Este es el sistema de la verdad, no de la presunción que tuerce en muchas historias la recta línea de los sucesos, acomodándolos a una vanidad poco provechosa. Historiador digno de este título es sólo el que escribe sin los intereses del odio, del amor, del partido: los demás pueden llamarse esclavos de sus preocupaciones, y plumas más propias para el escarmiento que para la enseñanza.

¿Cuánta enseñanza no comunicó a Europa, al universo, el penetrante, el descubridor, el sagacísimo Juan Luis Vives? ¡Oh fatal suerte de los talentos; tinieblas vergonzosas con que el descuido y la ingratitud oscurecen la memoria de los que más sirven al género humano! ¿Por qué mi España, mi sabia España, no ostenta en la capital de su monarquía estatuas, obeliscos eternos que recuerden sin intermisión el nombre de este ilustre reformador de la sabiduría? No fue el nombradísimo Bacon más digno del magisterio universal, que le ha adjudicado el olvido del grande hombre que le llevó por la mano, y le indicó el camino. Hay grande diferencia del uno al otro, ora se atiende a la extensión de los conocimientos, ora a la perspicacia en descubrir y proponer. No se ofendan los manes del inmortal Bacon: si él hizo admirables pruebas de su profundidad en los medios de desentrañar la naturaleza física, Vives perfeccionó al hombre: demostró los errores del saber en su mismo origen: redujo la razón a sus límites: manifestó a los sabios lo que no eran, y lo que debían ser. Los griegos que llevaron a Italia la literatura de Constantinopla, nada hicieron en las mejoras del saber: renovaron los rancios sistemas de Grecia, y sustituyeron disputas vanas, tratadas con mejor gusto, a las bárbaras de la escuela. Vives penetró en lo íntimo de la razón, y siguiendo su norte, fue el primero que filosofó sin sistema, y tentó reducir las ciencias a mejor uso. Los siete libros De la Corrupción de las Artes, única y segura carta de marear, en que deben aprender los profesores de la sabiduría a evitar los escollos del error, del engaño, de la opinión, del sistema; los tres Del Alma y de la Vida, en que ofuscó todo el esplendor de la ambiciosa filosofía de Grecia, enseñando al hombre con propia observación lo que es, y a lo que debe aspirar: los tres Del arte de decir, en que ampliando las angostas márgenes en que los estilos de la antigüedad habían estrechado el uso de la elocuencia, la dilató a cuantos razonamientos puede emplear el ejercicio de la racionalidad: los cinco De la verdad de la Fe Cristiana, obra que debe leerse con veneración, y admirarse con encogimiento, donde triunfa perfeccionada la filosofía del hombre, llevándole irresistiblemente a la verdad del culto: sus tratados de educación; sus sátiras contra la barbarie, apoyada entonces en la Dialéctica: su universal saber en suma, consagrado si no a la escrutación de la naturaleza, que eternamente se resistirá a las tentativas del entendimiento, por lo menos a las mejoras de este y a la utilidad con que le convida la inmensa variedad de objetos que le oprimen por el abuso, son en verdad méritos que no sin fundamento obligan a reputarle en su patria por el talento mayor que han visto las edades. Cuando sean más leídas sus obras, cuando más cultivadas las innumerables semillas que esparció en el universal círculo de las ciencias: cuando más observadas las nuevas verdades

que en grande número aparecen en sus discursos: los innumerables desengaños con que reprimió los vagos vuelos e intrépida lozanía de la mente, y la facilidad de adoptar por verdad lo que no lo es: entonces confesará Europa que no el amor de la patria, sino el de la razón, me hace ver en Vives una gloriosa superioridad sobre todos los sabios de todos los siglos.

Vives fue el astro brillante que alumbró y vivificó cuanto para beneficio del hombre han restituido después a mejores términos la meditación y el trabajo. España se anticipó a recoger frutos que eran tan suyos. Convirtió hacia sí la enseñanza del más docto de sus hijos, y aprovechó rápidamente en los documentos que adoptaba ya toda Europa. No hubo progreso suyo, siguiendo los pasos de tan gran varón, que no diese en su patria un nuevo aumento a la sabiduría. Aprende de Vives el Brocense a emplear en todo la filosofía; aplícala a la investigación de las causas del idioma latino, instrumento con que se comunican los sabios; y manifestando al Lacio lo que no investigó en el mismo siglo de Augusto, se apodera de las escuelas latinas, y adquiere en su Minerva el nombre que hasta entonces no había merecido ningún gramático. Hieren a Melchor Cano las amargas quejas de su patricio sobre el lloroso estado de la teología: dase por entendido: medita, reflexiona sobre la tópica que debiera establecerse peculiarmente en cada ciencia, antes que Bacon contase esta tópica entre las que faltan: reduce a sus fuentes los argumentos teológicos, los pesa, los confirma; y copiando en parte a Vives, y usando en parte de su penetración, forma la ciencia teológico-escolástica, ordenándola en sistema científico, y dando su complemento a la primera ciencia del racional. La medicina, entre todas, se aventajó en progresos que debe agradecer perpetuamente la humanidad, promovidos por estudio de la experiencia en ningún otro país con mejor éxito que en España. Heredia observa la mortífera angina: descríbela exactísimamente: despierta Europa a las advertencias del médico español sobre una dolencia que por confiado descuido había hecho perecer a cuantos la sufrieron hasta las observaciones del Archiatro de Felipe IV; y mejor Esculapio que el fabuloso, salva la vida a innumerables hombres. Mercado ejecuta igual milagro del arte en las perniciosas calenturas intermitentes, solapada enfermedad que infaliblemente llevaba al sepulcro a cuantos acometía. En tanto un monje español participa al orbe el extraño y portentoso arte de dar habla a los mudos, para que después de un siglo se lo apropiase desembarazadamente un extranjero. La exacta experiencia, las puntuales historias de las enfermedades, el conveniente auxilio a los progresos de la humanidad doliente, el examen de las virtudes que en los seres colocó el Criador para el recobro de la salud, eran la medicina de nuestros profesores. Ábrense las riquezas del Nuevo mundo, y observándole Monardes con distinta vista que los negociantes de Europa, examina atento sus plantas, piedras, bálsamos, frutos, y escribe la primera historia medicinal de Indias, tesoro más exquisito que el del inagotable Potosí.

¿A qué ciencia, a qué arte no llegó la ilustración filosófica del fecundo Vives? En los teólogos y juristas que éste formó, halló Grocio los materiales con que ordenó el código de las naciones y la jurisprudencia de los monarcas.

Habíanos venido de Francia el inepto gusto a los libros de caballería, que tenían como en embeleso a la ociosa curiosidad del vulgo ínfimo y supremo. Clama Vives contra el abuso: escúchale Cervantes: intenta la destrucción de tal peste: publica el Quijote, y ahuyenta como a las tinieblas la luz a despuntar el sol, aquella insípida e insensata caterva de caballeros, despedazadores de gigantes y conquistadores de reinos nunca oídos.

Y no osaré yo afirmar que el verdadero espíritu filosófico, más racional, y menos insolente que el ponderado de nuestros días, comunicado a todas las profesiones y artes en aquel meditador siglo, perfeccionó también las que sirven a la ostentación del poder humano, que

copian los vivos seres de la naturaleza; que levantan soberbios testimonios de la inventora necesidad del hombre ¿Pudo ser Herrera el arquitecto del Escorial sin filosofía? ¿Sin ella Rivera, Murillo, Velázquez con breve pincel, los émulos del poder divino? Mi mente embebecida con la contemplación de su grandeza misma, manifestada en las obras de tan insignes genios, mueve perezosamente la pluma, que detenida con el letargo de la consideración, admira más que produce y refiere. No olvida, pasa en silencio de propósito otros muchos y señaladísimos beneficios, que en las ciencias, artes y profesiones de pura conveniencia ha producido el ingenio español.

FIN